AÑO IV--NUM. 23 BUENOS AIRES ENERO 1° DE 1882

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA APARECE LOS DOMINGOS ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, ENERO 1° DE 1882.

FACUNDO HEREDIA

—

Novela original de J. P. de Sagasta.

—

(*Continuacion.*)

—

—Pero qué es ello?

—Vá Vd. á saberlo, tenga la bondad de sentarse.

—Nó, esclamó Maria, salga Vd. inmediatamente, de lo contrario llamaré.

—Su amante ya no puede oirla, será inútil su grito.

—Lo oirá mi padre.

—Está durmiendo, y muy lejos.

—Pero en fin, qué quiere Vd. de mí?

—Saber si está Vd. resuelta á romper su compromiso conmigo.

—Se lo he dicho á Vd. el otro dia francamente, suponia que ni siquiera recordaba Vd. semejante compromiso.

—Se equivoca, las injurias no se olvidan y Vd. me ha inferido una que la va á pagar con su propia vida.

—Maria lanzó un grito, entonces se produjo una escena horrible, un pujilato sangriento y espantoso.

Nicanor enlazando con sus brazos el talle de la infeliz niña, oprimió la garganta de ésta con su mano.

María no exhaló ni un ay! se revolvió un momento y luego desplomándose cayó inerte, mientras que un chorro de sangre se escapaba de su pecho, yendo á salpicar la pechera de la camisa del asesino.

El grito agudo y prolongado de la jóven fué escuchado por Don Máximo, que de puntillas volvia á sus habitaciones despues de oido y presenciado la entrevista de los amantes. El pobre padre satisfecho é inmensamente dichoso se complacia en la estraña intuicion que lo hiciera espiar á su hija, porque de aquel modo habia conocido y visto en trasparencia el alma generosa y noble del amado de su Maria.

Es digno de ella, se decia, y cuando llegó á su oido aquel grito desgarrador, se volvió y de carrera subió al cuarto de la jóven; un hombre saltó por el balcon, Don Máximo apenas vió aquella sombra, por que un cuadro horroroso se ofreció á sus ojos y á su corazon.

La luz pálida é indecisa del amanecer iluminaba á Maria, esta yacia de espaldas en el suelo con los blancos vestidos empapados en sangre y el rostro pálido y cadavérico.

Mi hija! gritó el infeliz padre, hija de mi corazon, y luego dando un grito de asesino! se lanzó á fuera casi perdida la razon. Un minuto despues el desventurado padre volvió en sí y dando vuelta entró de nuevo, seguido de algunos peones y de Nicanor que á medio vestir decia, todo sorprendido:

—¿Pero, qué hay? qué es esto, Don Máximo?

—¡Ay! dijo este, ya no tengo hija, y lanzándose sobre el cuerpo inanimado de Maria lo levantó en sus brazos y lo tendió en el lecho.

Aquel miserable, aquel asesino alevoso y cobarde, ni siquiera se estremeció á la vista de aquel bellísimo rostro ensangrentado y empalidecido por la muerte.

Elisa apesar de la perversidad de su carácter, lloraba, y con mas serenidad que su padre, un médico! gritó al capataz que con el pañuelo en los ojos enjugaba sus lágrimas profundamente consternado.

—Pobrecita niña, decia sollozando Trinidad, mientras apretaba contra su seno infantil una mano yerta de Maria, y toda aquella gente que adoraba á la jóven por la dulzura y sencillez de su carácter, se lamentaba con muestras del mayor dolor.

Nicanor en tanto montaba á caballo y seguido de un peon salia á media rienda en direccion á la ciudad, en busca de un médico que él creia inútil, puesto que su víctima estaba bien muerta; pero obedeciendo al desgraciado padre y tratando de no infundir sospechas aparecia profundamente conmovido, haciendo volar su caballo, el mejor parejero del establecimiento.

Elisa desabrochó el corsé que oprimia el cuerpo de su desventurada hermana, y Pedro el capataz, entreabriendo la finísima camisa empapada en sangre, buscó con energia la herida y apartando la sangre que aun manaba, distinguió los bordes violados de una profunda herida que cruzaba el costado sin tocar el corazon.

—Señor, gritó casi con júbilo, patron venga, vea Doña Maria, no está muerta, creo que el puñal del asesino se ha resbalado y en lugar de entrar al corazon solo le ha cruzado el costado izquierdo, mire, señor, agregó conduciendo al desesperado padre hácia la jóven, mire, ponga la mano, verá como le late el corazon. Y en efecto, el corazon de Maria latia débilmente. Un rayo de esperanza animó el rostro pálido de Don Máximo, en tanto que Pedro corria á su rancho volviendo en seguida con una botella de un cocimiento balsámico elaborado por él con yerbas medicinales y astringentes, bálsamo bien conocido de los paisanos y usado por ellos en casos análogos. Pedro restañó con su propio pañuelo la sangre, y casi limpia la herida, se inclinó aun mas, y cual reconocen los médicos, reconoció Pedro el mal y casi se convenció de que no era de muerte: el cuchillo habia penetrado en direccion al corazon, porque un puntazo sangriento, pero leve, se veia en aquella region, pero estaba demostrando que el puñal habia resbalado por efecto sin duda de alguna ballena del corsé y desviándose, engañó la mano criminal, yendo á internarse hasta vadear el costado de Maria. Algunas venas habian sido cortadas y la herida era profunda y ancha.

Pedro, con una prolijidad y destreza que asombraban á todos, aplicó sobre la herida un puñado de hilas, hechas en el acto por Trinidad, y luego vendó el costado de la jóven.

Ahora, Doña Elisa, dijo volviéndose á

aquella, es preciso que la desnuden, la acuesten y la calienten bajo la ropa. Todos salieron; y Elisa con su padre que no cesaba de llorar, acostó á Maria ríjida y fria como la muerte: un papel cayó de las ropas de la jóven, Elisa lo alzó, estaba salpicado de sangre y decia así: «me has engañado y te mato.» »Facundo.»

Elisa lanzó un grito y alargando á su padre atónito el papel:—lee, papá, ese gaucho Facundo es el asesino de Maria.—Don Máximo leyó y luego dijo á Elisa, guárdame ese papel. Nó, Facundo no ha muerto á mi hija, la amaba demasiado.—La jóven miró aterrada á su padre, lo creyó loco. Ah! el dolor te estravia, le dijo.—Nó, hija, no, esclamó Don Máximo, Facundo morirá de pena cuando sepa que su Maria está en el cielo.—Elisa escuchó á su padre y luego se encojió de hombros, no lo comprendia.—Don Máximo se inclinó sobre la frente de su hija, un hálito débil pero tibio se exhaló de aquella boca helada, sus lábios se movieron y murmuró entrecortadamente:—Facundo!

—Maria! gritó Don Máximo, mi hija! mi vida!

—Ay! dijo Maria, ay! ta. . .tita, y quiso llevar una mano á la herida, pero no pudo; dejó caer el brazo y quedó profundamente desmayada.

—Corre Elisa, dijo, corre y manda un chasque á la estancia de Facundo, quiero verlo, quiero que la vea respirar aun y tal vez su amor me vuelva esa vida tan querida.

Elisa no se movió.

—Elisa, gritó su padre, viendo la estraña indecision de la jóven, Elisa, lo quiero, lo mando.

La jóven salió. Dos horas despues Facundo pálido como la muerte entraba en la habitacion de su amada, de donde tan pocas horas hacia habia salido dichoso, dejando á su Maria enteramente feliz.

Don Máximo abrió sus brazos y Facundo enlazando el cuello del anciano con los suyos se retuvieron recíprocamente. Quintanilla sollozando amargamente y Facundo con el rostro contraido y sus ojos enjutos por un dolor supremo: despues se acercó al lecho, miró á su amada, y un grito de desesperacion se exhaló de sus lábios.

—¿Quién te ha muerto, mi vida? dijo, quien ha sido tan bárbaro que ha despedazado tus carnes virginales? y luego, cayendo de rodillas, no puedo! esclamó. Oh! yo te seguiré, mi Maria, mi blanco lucero, juntos, como me decias anoche, emprenderemos el camino de la eternidad, pero antes yo buscaré á tu asesino y le arrancaré el corazon.

San Martin, Diciembre de 1881.

(Continuará.)

RICARDO GUTIERREZ

—

(Continuacion.)

III

Si Gutierrez estuviera dotado de un poco mas de flexibilidad en el espíritu, seria un viajero inimitable. En cualquier punto en que se encuentre, cuando viaja, su primer preocupacion es conocer á fondo el carácter local y las costumbres de aquellos entre quienes debe vivir algunos dias. El terror de Ricardo en Italia, eran los Hoteles Franceses: recuerdo que cuando llegamos á Nápoles, en una noche memorable en que Juan Cruz Varela combatió como un héroo de Ossian, con una maleta en cada mano, contra una turba de napolitanos que en su dialecto quejumbroso pedian ser favorecidos para el transporte de los bagajes, Ricardo se nos desapareció.

Pasamos la noche en conjeturas mas ó menos positivas: unos creian que habia ido á pernoctar sobre la roca de Virgilio, otros al pié del Vesubio y no faltaron algunos espíritus escépticos que recordaban, haciendo gala de erudicion histórica, que Petroneo consigna que el antiguo Neapolis y la brillante Pompeya, eran los jardines de placer del imperio romano: en consecuencia, suponian que Ricardo se encontrase indagando si esa prerogativa persistia á través de los siglos.

Errores y calumnias todas! Al dia siguiente, cuando nos echamos á la calle, nos encontramos á Ricardo, apoyado en el afeizar de la única ventana de una pobre casita, perdida un *vico* ignorado, en sabrosa plática con un viejo napolitano, de enorme gorro colorado y que parecia dignificado por su condicion de huésped.

Ricardo nos invitó formalmente á entrar y nos comunicó con bastante sigilo, porque temia divulgar la noticia, que aquel viejo napolitano, tan sencillo en apariencia, y que al primer aspecto parecia reñido con las glorias mundanales, era el *ave fénix* de los *macarroni*. Que nadie como él sabia dar sabor á la salsa que envuelve la pasta, ni comunicar á la masa la suave consistencia que caracteriza á los grandes maestros del arte. Ricardo tenia razon y el enorme consumo de macarroni que hicimos en ese dia memorable, basta para colocar al anciano, en el panteon de mis recuerdos, como benefactor de mi humanidad.

En sus ratos perdidos, cuando no estaba metido en algun hospital ó en algun museo, Ricardo solia dedicarse á hacer descubrimientos. Fué de esa manera que reveló al mundo (que entónces para nosotros se reducia á los amigos que estabamos reunidos) el famoso vino del Pausilipo, encontrado al salir de la bellísima gruta del mismo nombre y en una suave colina desde la cual se ven las deliciosas playas de la Merghellina, las risueñas riberas de Torre del Greco, el poético peñasco de Virgilio y ese claro y profundo Mediterráneo, que ha sido y será el eterno vehículo de la civilizacion universal.

Fué tal el éxito obtenido por Ricardo en su descubrimiento, que uno de los amigos que entónces se encontraba con nosotros, tentó la introduccion de una gran parte de vino del Pausilipo á Buenos Aires. Debo confesar que el éxito fué desastroso; pero los honrados vecinos de esta ciudad encontraron malo ese vino, por la misma razon que el rey persa encontró detestable el manjar de los espartanos; no se habian bañado en el Eurotas, es decir, no lo habian tomado despues de caminar tres horas entre montañas y bajo la accion de un sol de fuego que ilumina hasta el lecho en que reposan las cristalinas aguas del golfo de Nápoles. . . .

VI

Una noche estaba yo en cama, en Florencia, allá por el año 1870;—es historia antigua, puedo hablar libremente.

Ricardo estaba sentado á mi lado y. . . charlábamos.

Hacia una hora que me fatigaba inútilmente por traer la conversacion á un terreno que parecíame monstruoso fuese antipático á Gutierrez: literatura.

Por fin, me resolví á jugar mi capital en una sola carta y formulé una pregunta hasta cierto punto indiscreta, porque nada averigua de una madre cual es el hijo predilecto y me lancé:

—Cual es, Ricardo, de todo lo que escrito, el verso que mas le gusta?

Si yo hubiera tenido los cuatro ó cinco años mas que hoy gravitan sobre mi, estoy casi persuadido no hubiera hecho esa pegunta.

Hoy sé muchas cosas que antes ignoraba; sé, por ejemplo, que Salvator Rosa despreciaba sus batallas por sus vírgenes (que eran detestables); sé que Gounod tiene enormes aspiraciones de versista y que Alejandro Dumas sonrie de placer cuando, en vez de quemarle incienso literario, se alaban sus talentos culinarios. Entónces hubiera supuesto que Ricardo obedecia á ese mismo fenómeno y no habria preguntado nada, temeroso de oir un verso descriptivo, allí donde esperaba una de esas estrofas profundas, que sintetizan una pasion del alma.

Y me hubiera engañado

Con alguna dificultad, Ricardo accedió y luego de meditar un momento, recitó, sin declamacion, con grave acento, estos versos inimitables, que tengo desde entónces grabados en la memoria:

Para subir un tramo de la tierra
Sobre mi corazon pisó tu planta!
Cain, Cain, que has hecho de tu hermano?
Adonde duerme tu conciencia ingrata?
Ay! del que un palmo de la tierra sube,
Porque otro palmo de los cielos baja!
Pregúntalo á ese Dios, que está mirando
El fondo de tu alma!

Eso es poesia; eso es grande, eso levanta el alma, como el trueno, como el espacio, como la luz!

Y mientras oia á Ricardo, cantaban sus versos en mi oido. Uno tras otro como ondas sonoras, venian á dignificar ante mi alma aquel espíritu de primer órden, que cruza hoy la vida, en medio á una sociedad positiva, que lo desconoce y no lo honra, como deben ser honrados los poetas!

Pregúntalo á ese Dios que está mirando el fondo de tu alma! decia Ricardo y ese fué el punto de partida de una larga conversacion, interrumpida solo, cuando las primeras claridades de la mañana,

Y cuando el rayo del albor primero
entra por el cristal de la ventana,
á encender, bajo el párpado que duerme.
el fuego de la vida en la mirada,

vinieron á traernos á la realidad.

Esa noche hablamos de Dios, del alma, del destino, de la Providencia, de todas esas cuestiones ardientes que solo se acojen al cómodo amparo de la fé. Oía en silencio, mientras Ricardo hablaba con una elocuencia soberbia, irresistible.

V

Yo era entónces, como casi todos los jóvenes de esa edad que han recibido una educacion análoga, un dechado de escepticismo, hasta cierto punto inconciente. No tenia ideas fijas, por que mis estudios habian sido vagos y superficiales. Habia estudiado filosofia casi del mismo modo que se estudia derecho internacional, esto es, pasando revista á las opiniones de las autoridades consagradas por el juicio universal.

Voltaire y los enciclopedistas me parecian irrefutables, y las doctrinas materialistas no me presentaban duda ninguna. No comprendia el deismo y no me asustaba el ateismo. Hubo un tiempo en que me incliné decididamente al budismo, solo porque habia leido un artículo de Barthelémy Saint Hilaire en que critica esa religion, por la ausencia de Dios.

Esas ideas, que forman hoy y formarán siempre la conciencia de los estudiantes de medicina, habituados á luchar constantemente contra la materia y que por lo tanto solo creen en la materia, creí encontrarlas en Ricardo Gutierrez.

Fué para mi una decepcion entónces encontrarlo persuadido profundamente de la existencia de un principio divino, regularizador de la armonia universal y que, por la vaguedad de su concepcion, se acercaba muchísimo al panteismo aleman.

Tengo la idea de que en el espíritu de Ricardo combaten constantemente dos tendencias profundamente opuestas: una de ellas es la razon, clara, irresistible, tenaz; la otra es el vago sentido poético, si puedo espresarme así, que lo empuja á todo lo misterioso, á todo lo que puede engendrar una creencia íntima, un sentimiento caloroso.

Serian un motivo de estudio curioso, digno de la potencia analítica de Quinet, las opiniones religiosas de los grandes poetas que han cruzado sobre la tierra. Pocos de ellos escapan al misticismo, porque si bien ese sentimiento es condenable si se juzga á la luz implacable de la filosofia positiva, el hecho es que no puede ménos que hacerse simpático á las imaginaciones poéticas que solo ven en él, el lado inmaterial, el vínculo etéreo del espíritu humano con una causa pri-

Gutierrez no es místico, ni mucho ménos: ha venido muy tarde á un mundo muy viejo, como dice Musset. Pero á mi juicio hay en él la tela de un sectario, y mas de un arranque impetuoso, de un estallido formidable que he observado en sus manifestaciones íntimas, me han hecho meditar sériamente en la obra que una fuerza de ese género podria llevar á cabo, aplicada á un solo objeto.

Ricardo tiene en el alma bastante energia para ser ateo y habria comprendido sin asombro el gigante sentimiento de Hegal, cuando éste manifestaba que para él, el hombre era Dios. Sin embargo es deista; creo que no se puede exigir mas de una inteligencia clara. . . .

MIGUEL CANE.

(Continuará.)

NIEBLAS

—

(XXXI)

I

Como las flores de nieve y grana
Le dan sus hojas al raudo viento,
Y al rayo de oro de la mañana,
Le dan su aliento:

II

Como las nubes de Ópalo, bellas,
Sobre las flores caen en rocio,
Y por la noche, dan las estrellas
Su luz al rio:

III

Como la luna pálida y triste,
Su luz derrama sobre la fosa,
Y del cupullo que la reviste,
Nace la rosa:

IV

Asi mi lira te dió sus notas,
Mi pensamiento, su inspiracion,
Mi llanto ardiente te dió sus gotas
Y sus latidos mi corazon! . .

LEOPOLDO DIAZ.

Buenos Aires, Diciembre de 1881.

EL ÚLTIMO ADIOS! . . .

—

A mi querida amiga y hermana de corazon
E. M. de A.

I

Las últimas notas del órgano se perdian bajo las inmensas bóvedas de la abadia ***, cuando las profesas, graves y silenciosas, abandonaban sus reclinatorios seguidas de novicias y jóvenes pensionistas, intimadas por las severas miradas de sus maestras.

Pero no bien habian franqueado el umbral de la capilla, cuando esa juventud juguetona, se desparramó, cual pájaros, en el espacioso jardin de recreo.

Solo dos jóvenes se tomaron del brazo y se encaminaron hácia un lugar retirado.

La mayor parecia contar 18 años.

Era de rostro risueño; cabellos negros y lustrosos, ojos negros y vivos; mirada ardiente, y una sonrisa jugaba continuamente en sus rosados lábios.

Se llamaba Elvira Ragel; era una expensionista, que pronto debia abandonar el convento para brillar en el mundo.

La otra, de rostro triste, de hermosos cabellos castaños y ojos negros, era Elena Dormal, la que contaba 17 abriles.

Caminaron silenciosas hasta el fondo del jardin.

Allí, sentadas en uno de los bancos de piedra, Elvira oprimiendo la mano de su amiga dijo:

—Con que te dejo, querida Elena; tú te quedas, yo me voy! Vuélveme á repetir que te quedas de buena voluntad; dime que no deseas conocer el mundo... que no quieres enloquecerte en ese bullicio... que prefieres quedar ignorada en este claustro, dime...

—Querida Elvira, interrumpió Elena, te juro que es de buena voluntad que me quedo.

Te veré partir con pena, porque en tí pierdo una amiga... mas que una amiga, una hermana... pero no envidio tu porvenir. Tú me contarás tus triunfos, tus sufrimientos, tus alegrias, para que los parta contigo! . . .

—Elena, aun es tiempo, ven, serás mi hermana... mi madre será la tuya...

—Es imposible, Elvira, dentro de algunos meses pronunciaré mis votos, y si hoy estoy fuera de mi lóbrega celda, es solo por decirte adios... solo por despedirme de tí! . ,.

En ese momento una religiosa apareció y acercándose á Elvira, la dijo:—vuestro padre os espera, señorita.

—Me olvidarás, Elvira? murmuró sollozando Elena.

—Olvidarte? . . puedes creerlo, hermana mia? Mi memoria es fiel. Tu recuerdo vivirá siempre en mí... Pero toma Elena, guarda este anillo en nombre mio, lo ha usado mi madre.

—Elvira, olvidas acaso el voto de pobreza? Mas nó, lo recibo, lo llevaré colgado al cuello, y tú, buena amiga, recibe este otro, del que nunca me he despojado.

Las dos amigas cambiaron de anillos.

—Adios Elvira, acuérdate de tu Elena, que mi nombre no huya jamás de tus lábios!

—Adios! es preciso separarnos, mañana al despertar no te veré... pero valor!

Acuérdate de nosotros! decia Elena llorando.

—Siempre, Elena, adios! exclamó Elvira sollozando.

Y despues de abrazarse, Elvira se alejó enjugándose los ojos.

Elena cayó sollozante, en el banco de piedra. . . . . .

II

Feliz Elena! ha creido encontrar en el claustro un refugio... un apoyo.

Sin padres, huérfana aunque rica, ¡rica! cuantas probabilidades de dolores morales!

La vida es tan ruda é incierta para una jóven! . . .

Como sostenerla en medio de tantas ocasiones de caida? . . .

Y si se cae, como levantarla en el seno de este órden de cosas en que con tanta dureza y crueldad se toma en cuenta y se echa en cara cada falta?..

Como vivir ileso en este mundo en que todo es farsa, donde solo la vanidad reina?

Ha llegado el dia en que Elena profesa.

Un gentio inmenso llena las espaciosas naves de la iglesia.

El órgano ha dejado oir sus tristes acordes.

Entre las compañeras que presencian el acto se halla Elvira.

Llega la hora.

Elena vestida de blanco pronuncia sus votos; su hermosa cabellera cae bajo el filo de unas cortantes tijeras.

Ah! ya se encamina hácia la reja, que cerrada detrás de ella no se volverá á abrir jamás! . . .

Vuelve la cabeza; sus ojos se cruzan con los de Elvira.

Estiende los brazos y exclama con acento desgarrador:

—Adios! . .mi amiga. . .mi. . . hermana!!..

Un ¡ay! fué la contestacion. Elvira se habia desmayado!

El ruido seco que hizo la puerta al cerrarse, resonó en todos los corazones!

Pobres criaturas! . . dos ángeles que teniendo inclinaciones diferentes tronchan su felicidad.

. . . . . .

Durante cinco años, una es alabada por sus triunfos mundanos, sin acordarse que otra aislada y olvidada en el fondo de un lóbrego y triste claustro, llora amargamente su amiga perdida!! . . . . . .

III

Han pasado cinco años.

En una mañana de otoño, esa estacion de la tristeza, llegaba una jóven á la puerta del viejo convento.

Con mano temblorosa llamó.

Contestóle al poco rato la voz triste y apagada de la hermana portera.

—Que se os ofrece?

—Ver á la madre abadesa.

—Pasad. La casa del Señor os abre sus puertas.

Nuestra desconocida entró, cerrándose la puerta detrás de ella.

Despues de haber atravesado un corredor oscuro, llegó á una especie de celda en donde habia por adorno una imágen del Cristo, una cruz y algunas sillas viejas. La jóven quedó de pié.

Cuando la madre abadesa apareció, dos gritos resonaron en la pieza.

—¡Elena! mi hermana!

—¡Elvira! mi amiga!

Y las dos amigas de infancia se abrazaron.

—Ingrata, murmuró la superiora, habias olvidado tus promesas, tanto tiempo sin tener noticias tuyas. . .

—Ay Elena, si tú supieras todas mis penas... hoy vengo á tu lado para no abandonarte mas, quiero tomar hábito...

—Tú, mi Elvira! tú tomar hábito! que alegria! . . pero nó! no es posible. . .

—Sí, Elena, sí, he venido aquí para que la casa de Dios sea la mia. . .

—Pero tú tan joven, encerrarte aquí?.... tú no podrás soportar tantas privaciones, tú puedes brillar en el mundo elegante.... tú eres rica. . .

—Ah! Elena, de qué sirven las riquezas?.. ¡La felicidad no se compra! . .

—¡Cielos! tú no eres feliz, Elvira?

—¡Ay! desgraciadamente.

—Cuéntame tus penas, te consolaré.

—Tú consolarme? exclamó Elvira sonriendo tristemente, tú no comprendes mi dolor. Tú no conoces, tú no has sentido un fuego que sin piedad quema el corazon. . .

Tú no comprendes un sentimiento del alma que se llama amor! . . .

—Ah! tu amas?

—He amado!

—Pues qué, tu amor habrá muerto?

—Mi amor morir? . . Elena, tú deliras! . . mi amor vive aun en mi corazon. . . solamente, continuó Elvira sollozando, solamente ha muerto. . .

—¿Quien?

—Mi amador! . . . exclamó Elvira con acento desgarrador, lanzándose en los brazos de su amiga.

Un profundo silencio sucedió á estas palabras.

La abadesa estrechaba á su amiga, en sus brazos, mirando la imàgen del Cristo; sus lábios se movian como si pronunciáran una plegaria.

—Elvira. . . murmuró al cabo de un momento, Elvira, no llores. . . sé fuerte, el Señor te consolará. . .

—Sí, Elena, sí. . . quiero tomar hábito, quiero alejarme y olvidar el mundo. . . pero mi amor. . .

—Olvidarlo tambien. . . .

—Olvidarlo! exclamó Elvira, deshaciéndose de los brazos de su amiga, olvidarlo! tú pierdes la razon, Elena, yo olvidar mi amor. . . mi único consuelo! . . Pídele al triste preso encadenado, que olvide el recuerdo de su hogar, que olvide el ánsia de respirar en el florecido prado el aura matinal! . . Pídele al estraviado caminante. . . pídele al náufrago infeliz, pronto á exhalar el suspiro postrimero, pídeles, Elena, que olviden el recuerdo de sus dulces dias. . . que olviden el recuerdo de sus familias!!! . . . . . .

Un año despues, en el Convento de***, se recibia de religiosa la Señorita Elvira Ragel.

No era la Elvira risueña y alegre de otro tiempo! nó, era la Elvira triste, silenciosa y humilde: era ahora la hermana Maria. . .

De vez en cuando, el recuerdo de su amor viene á turbar sus oraciones haciendo núblar su blanca frente.

De vez en cuando, cruzan su pensamiento, el recuerdo de sus dulces horas; el recuerdo de su querida y abandonada madre.

Algunas veces interrumpe sus rezos y compara su pasada aurora con la triste y sombria tarde del porvenir que la espera! . . . . . .

Pero sus recuerdos se adormecen cada vez que alza sus hermosos ojos hácia el Cielo, ese bálsamo que mitiga los dolores, esa fuente que derrama sin cesar, la esperanza en el corazon humano! . . . . .

ELVIR CAROL.

Diciembre de 1881.

EL ANGEL

—

«Cada vez que muere un buen niño, un ángel de Dios baja á la tierra, coje al niño muerto en sus brazos, abre sus anchas alas, recorre todos los lúgares que el niño ha preferido y coje un puñado de flores. Esas flores las llevan los dos á Dios para que él las haga reflorecer allá arriba, mas hermosas que en la tierra. Dios pone las flores sobre su corazon, y en la que prefiere deposita un beso. Este beso la dá una voz y la hace mezclarse á los coros de los bienaventurados.»

Esto decia un ángel de Dios llevándose un niño muerto al cielo, y el niño le escuchaba como en sueños. Y volaban por encima de los sitios donde el niño habia jugado y de los jardines sembrados de hermosas flores.

«¿De cuales llevaremos para plantar en el cielo? preguntó el àngel.

Inmediato á ellos habia un rosal magnífico; pero una mano malvada habia roto el tallo; de manera que las ramas cargadas de botones á medio abrir, colgaban y se secaban á un lado y á otro.

—Pobre árbol dijo el niño; cójele que allá arriba, junto á Dios, él florecerá de nuevo.

El ángel cogió el rosal. Abrazó al niño, que entreabrió los ojos, cogieron muchas más flores, todas muy buenas, sin despreciar la diente de leon, tan desdeñada frecuéntemente, ni los pensamientos silvestres.

—Ya tenemos bastantes flores, dijo el niño; y el ángel hizo una señal de asentimiento, pero no volaron aun hácia Dios.

Hacíase de noche y por todas partes reinaba el silencio mas profundo; pasaban por encima de una calle oscura y estrecha, llena de un monton de pajas viejas, de cenizas y barreduras. Era un dia de mudanza de casa; los platos quebrados, los pedazos de estátuas de yeso y los andrajos ofrecian un aspecto poco agradable. El ángel enseñó al niño, en medio de estos restos, algunos fragmentos de un tiesto de flores; un pedazo de tierra se habia separado de él y contenia aun algunas raices de una flor silvestre marchita y arrojada á la basura.

—Llevémosla dijo el ángel; cuando vayamos volando te diré por qué.

Se elevaron por el aire y el ángel hizo la siguiente relacion:

—Allá abajo, en esa calle sombría, en una especie de cueva vivia un pobre muchacho enfermo. Desde su mas tierna edad estaba en la cama. Sin embargo, cuando se encontraba mejor daba algunos paseos por la habitacion con ayuda de muletas y esto era todo lo que podia hacer. En verano los rayos del sol venian á alumbrar de vez en cuando esta miserable morada, y entonces el muchacho se calentaba al sol, miraba circular la sangre roja por sus dedos delicados y diáfanos, y decia: «Hoy, á Dios gracias, he podido salir.» No conocia el magnífico verdor de los bosques sino por una rama de haya que el hijo del vecino le habia dado. Conservaba esta rama encima de su cabeza y le parecia que de este modo descansaba bajo los grandes árboles, teniendo en perspectiva al sol y por música el canto delicioso de mil pajarillos.

Un dia de primavera, el hijo del vecino le llevó tambien algunas flores del campo, de las que una por casualidad conservaba las raices. La plantó en un tiesto que colocó en la ventana cerca de su cama. Plantada por una mano inocente, pronto retoñó y produjo cada año nuevas flores. Era este el jardin del niño enfermo y su único tesoro sobre la tierra; le regaba, le cultivaba con cuidado y le colocaba todos los dias de manera que no perdiese ni uno solo de los rayos de sol que penetraban al través de la lumbrera. Asi la flor se desarrollaba y embellecia con sus cuidados; florecia para él, para él derramaba sus perfumes y por él estaba orgullosa. Cuando Dios llamó á sí al niño este se inclinó hácia ella antes de morir. Hace ahora un año que el niño está con Dios y hace un año que la flor quedó olvidada en la ventana y se ha secado. El dia de la mudanza la han tirado entre las inmundicias á la calle y es esta pobre flor marchita que hemos recogido en

nuestro ramillete porque ha causado mas alegría que la flor mas hermosa del jardin de una reina.

—¿Pero cómo sabes tú eso? preguntó el niño.

—Lo sé, repuso el ángel porque era yo ese muchacho enfermo que andaba con muletas. Reconozco perfectamente mi flor.

Y el niño abriendo todo lo que podia los ojos, miró el rostro iluminado y magnífico del ángel. En el mismo momento entraron en el cielo del Señor, donde la alegría y la felicidad son eternas. Despues que Dios hubo apretado al niño muerto, contra su corazon, le dió alas como al otro ángel, y cogiéndose los dos por la mano volaron juntos. Dios apretó tambien sobre su corazon todas las flores; pero besó á la pobre flor de los campos marchita, y tan pronto como fué dotada de voz, cantó con los ángeles que flotan alrededor del Señor formando círculos hasta el infinito, todos igualmente dichosos. Sí, cantaban todos, grandes y pequeños, el buen niño bendito y la pobre flor de los campos que habia sido arrojada, ya marchita, entre las basuras en la callejuela oscura y estrecha.

ANDERSEN.

PLUMADAS

—

—Para mi no es difícil escribir—me decia un jóven literato—sabe Vd., lo que es difícil?—encontrar tema sobre que escribir.

—Y añada Vd.—le contesté—el trazar algo digno de leerse. Vd. cree que todo lo que se dá á los vientos de la publicidad merece que le dediquemos nuestra particular atencion?

—No ciertamente, porque pienso como aquel poeta español que dijo:

«Hay cosas impresas que no están escritas.»

Aquí tienen Vds., pues, señoritas lectoras, á la honorable persona de *Doña Yo* apuradísima por no saber de que tratar en su modesta crónica.

¿Hablaré de la *Noche Buena?*

—Nó, porque para mi fué *noche mala.*

Figúrense Vds., que pensaba ir primero á la misa del gallo y despues hacer cabriolas y piruetas como una de tantas ciudadanas que les agrada el *bailable.*

Y, mire Vd., lo que es la suerte mia!

El tiempo se *descolgó* con una lluvia torrencial, que segun mi respetable vecina misia Policarpa Cabo de Vela, presentaba *síntomas* (!) de un segundo diluvio universal.

Este contratiempo me afirma mas y mas en la opinion que tengo formada de mi, y ella es: que si me pusiera á vender sombreros, los hombres sacarian la moda de andar en cabeza!

Y querrá Vd., creer que apesar de los *descalabros* sufridos aun tengo sueños y esperanzas?

Y querrá Vd. creer que el mundo me parece una mansion de ángeles sin... álas—se entiende—y que creo en la amistad, en el amor y.... en varias otras cosas que por su mucha estension no detallo?

Confieso que soy una criatura original, un ente raro, que rio, charlo y me divierto á mi manera, sin importárseme un comino que los demas lo hagan á la suya.

El mundo, queridas compatriotas mias, es el entremés del sainete de la vida.

Mientras que media humanidad anda á cachete limpio con la suerte, la otra media vive en la opulencia.

Mientras que unos lloran, otros rien.

No creo en el Walhalla de la mitologia sajona, ni menos en la felicidad que nos aguarda en otro mundo mejor.

Que nos ha de aguardar!

Desengáñese Vd., sí es que ya no lo está.

Aquí tiene Vd., el Paraiso con todos sus encantos, el Infierno con todos sus horrores y el Purgatorio con todas sus angustias!

Y si lo duda Vd., eche una ojeada en torno suyo y se convencerá de lo que digo.

Al lado del paisaje sonriente de la felicidad mas envidiable, el cuadro sombrio de la desgracia.

El lujo insultando los harapos del pobre; el vicio paseándose en coche y la virtud arrastrándose trabajosamente por el fango del mundo!

Se ha detenido Vd. alguna vez ante uno de esos *establecimientos* de viejo que la fuerza de la costumbre ha bautizado con el nombre de cambalache?

Pues si lo ha hecho, habrá visto Vd., que un cambalache es un mundo en pequeño, es decir, una mezcla heterogénea de lujo y de miseria.

Allí encuentra Vd. de todo.

Desde el rico chapin de terciopelo bordado que aprisionara un aristocrático pie-cecito de armiño, hasta el ordinario chanclo de cuero de la modesta obrera.

Desde el vestido de gró blanco adornado de blondas, hasta el humilde traje de percal de la pobre de solemnidad!

Desde el entorchado uniforme del general, hasta la mugrienta gorra del soldado raso.

Desde el elegante frac de paño negro, hasta la raida chaqueta del hijo del pueblo.

Y mire Vd., me place mas, me es mas simpática la distincion que se hace de los objetos comprados en estas casas de usado, que la que se observa en la mansion de los muertos.

En las primeras, la diferencia se reduce á cuestion de precios, en la segunda, la vanidad está por encima de todo.

El que tiene fortuna, descansa bajo un gótico panteon y el que no posee nada, es arrojado al carnero.

Y luego, atrévase Vd., á sostenerme, que la muerte es la igualdad, la que nivela las clases sociales.

Mentira! el orgullo separa al rico del pobre, en la vida como en la muerte!

Se rie Vd.? pues dese una vuelta por el cambalache AL SOL DE ORO y luego, estire Vd. un poco mas las piernas y llegue al Cementerio.

Mientras Vd. regresa de su paseo, yo repitiré: el orgullo separa al rico del pobre en la adversa como próspera suerte, en la vida como en la muerte!

Bienaventurados los que desnudos salieron del vientre de su madre, porque ellos pasarán su vida durmiendo á pierna suelta!!

—

Antes de poner punto final á estas mal pergeñadas lineas, saludo á mi noble amiga *Tijerita* y á toda la familia *menuda*, deseándoles un feliz año nuevo.

Y á vosotras, queridas compatriotas mias, que encontreis un nóvio buen mozo y con pesos.

Hasta la vista se despide

LUCIERNAGA.

Diciembre 28 de 1881.

ARCO-IRIS

—

Uno de los poetas á quienes el sentimiento estético de la humanidad ha discernido mayor número de lauros—por

mas que su obra jefe, segun Lamartine, no son mas que un abstruso tratado de teologia dogmática puestò en versos admirablemente puros y correctos—opina que no hay amargura semejante al recuerdo melancólico de la felicidad en medio de la desgracia.

Nessun maggior dolore
Che ricordarsi dal tempo felice
Nella miseria. . . !

Hé aquí un pensamiento que ha pasado á la posteridad con toda la fuerza y el vigor de un verdadero axioma de metafísica trascendental.

Ha sido escrito por la misma mano que trazó los cuadros homéricos del conde Ugolino y de Francesca de Rímini—sublime de horror el primero y de pasion el segundo—y esto basta y sobra para darle carta franca de naturaleza en el mundo de las verdades filosóficas.—Apesar de todo, yo, el microscópico *Tormentas*, bachiller en ergotismo especulativo por la muy noble *Bonaurensis Universitas*, me permito disentir de aquella opinion—y pienso que no hay para el alma humana mayor fruicion que acariciar las dichas del pasado, aun en aquellas horas de suprema desolacion que dejan en nosotros huellas semejantes á las del caballo de Atila.

Nessum maggior piacere
Che recordarsi dal tempo felice
Nella miseria. . . !

—○—

Admiramos frecuentemente la estupenda escena de la naturaleza, inmenso laboratorio de vida donde la fuerza y la materia generan maravillas colosales, desde la gota trémula de rocio que se balancea en el cáliz de una flor, hasta el *quid divinum* que nos hace vislumbrar el infinito de los cielos al través de una mirada quizás traidora.

Pero estudiamos poco el mundo interno de nuestras propias pasiones, donde se ofrecen cuadros y se desenvuelven dramas mil veces mas atrayentes y curiosos.

Entre todas las tituladas facultades de cuya posesion inconsciente y mecánica se pavonéa la débil criatura humana, ninguna tan bella y al mismo tiempo tan triste como la memoria, diosa de dos caras que permite recordar la felicidad pasada, pero que obliga tambien á conservar eternamente grabado en el alma el cuadro de amarguras desgarradoras.

—○—

Lo repito, sin embargo.

Muy especialmente en materia de amor—pasion que domina por su intensidad y naturaleza el campo de todas las pasiones humanas—las almas de sensibilidad esquisita gozan siempre con la evocacion de los recuerdos tristes.

—○—

Asi como el génio de Cuvier sabia reconstruir mundos extinguidos con solo fragmentos aislados de animales giganteseos, la memoria despierta poco á poco los recuerdos dulces ó amargos del pasado, y puebla la mente de mil imágenes largo tiempo dormidas en las celdas misteriosas del cerebro.

A veces un detalle insignificante basta para saturarnos de algo que no sabemos si llamar dolor ó alegria, porque el alma se abisma tanto en sus quimeras soñadoras que concluye por confundir el pasado con el presente.

Una botita diminuta con que la mirada distraida tropieza por casualidad tras un escaparate de la calle Victoria; el perfumado jabon de Oriza con que satinaba el terciopelo de sus manecitas encantadoras; la cancion que tantas veces interrumpimos en sus lábios con un beso furtivo; el color favorito de sus ropas; una señal de libro entre las páginas de Becquer; cualquier palabra pronunciada al azar por cualquier indiferente, pero que hiere las fibras mas delicadas del corazon; la horquilla tosca con que trabajaba en horas inefables su tegido de *mignardi;* una hojita de jazmin del pais conservada bajo las tapas del reloj; una figurita de los cigarrillos del *Aguila* con su adorable inscripcion en el reverso; una nota perdida de *i due Foscari, del Miserere del Trovador ó del Fausto;* el rumor de voces amigas que acaricia los oidos en el silencio de la noche,—cualquiera de estas reminiscencias vagas es el primer soplo de vida que agita en lo hondo del corazon el universo infinito del recuerdo.

—○—

Aquel ramito de jazmines marchitos, coquetamente sujeto con un lazo de cintas azuladas, trae consigo la imágen gallarda de la que un tiempo fué dueña y señora de mis pensamientos.

Era bella como un sueño de Becquer. Nos amamos con delirio. Pero como todo en la naturaleza nace, crece, se desarrolla y muere, ha llegado ya el momento de mirarnos como gentes desconocidas, y de pasar el uno al lado del otro sin la caricia suprema de un saludo.

Será de otro. Pero su recuerdo me pertenece y no hay poder humano que haga desaparecer el mio de su memoria. Parece una estátua y tiene la magestad inerte de un astro apagado; pero el fuego de otros dias vive aun bajo la fria ceniza del presente. Siento aun aquí la presion de sus manos, el latido tumultuoso de su corazon, la fragancia de sus cabellos, la luz ardiente de sus ojos y la suave carica de su dulcísima sonrisa.

Bajo el punto de vista de la realidad innegable, el cuadro está viejo y empolvado; pero revive y se colora con tintes bellos de ilusion al fresco soplo del recuerdo.

¿Quien podrà negarme la fruicion inefable de este purísimo golpe de ternura?

Oh bachiller. . . . tú que blasonas de tener el corazon amortajado, no cambiarias este recuerdo triste por mil realidades alegres de la vida!

—○—

Tengo á mi lado un libro abierto—las últimas cartas de Jacobo Ortiz, por Hugo Foscolo—poema volcado en el argumento del Wherter de Gœthe, pero mejor y mas filosóficamente escrito.

Entre sus páginas hay una señal, recuerdo de una alma pura, cuya imágen bella duerme lánguidamente allá entre las brumas oscuras de lo pasado.

Hoy media entre los dos mayor distancia que entre el cielo y la tierra.

El dolor tiene tambien sus voluptuosidades celestes.

Por eso hay almas que necesitan sufrir para gozar.

Oh Constanza! ¿Qué habria sido de nosotros sin el ala negra del cuervo que enlutó la blanca página de nuestros amores?

—○—

Persisto, pues, en mi manera de ver las cosas, y contra la opinion del divino Alighieri, pienso que para las almas templadas al calor de las grandes pasiones, no hay placer comparable á la tristeza desolada del recuerdo.

—○—

Pero. . . . basta de metafísica y pasemos á otra cosa.

He tenido la dicha de contemplar de cerca los peregrinos encantos de las bellezas que ostentan sus cuerpos de sílfides en la márgen opuesta de nuestro caudaloso rio.

Confieso paladinamente que las orientalas son encantadoras, armaditas, retrecheras y sobretodo cariñosas.

Sus palabras de ternura vibran en el

corazon como una melodia de los cielos.

El que quiera dejar su corazon en Montevideo, no tiene mas que dar una vueltecita por la plaza Independencia ó en el tramway que conduce á los Pocitos.

A mi no me fué posible dejarlo, porque no lo llevaba conmigo.

Apesar de todo, con el permiso de vuestros respectivos novios, recibid, bellas orientalas, el beso de un porteño que tiene motivos fundados para quereros de veras.

PRIMERA SONRISA DE LA PRIMAVERA

A JULIA

Ya del tétrico invierno desolado
Desparecen los últimos vapores,
Y allá en el horizonte sonrosado
Brilla el sol con purísimos albores.
Sus cálices las flores
Abren al nuevo sol, de hojas repletas,
Resplandecen sus multiples colores,
Exhalan dulce aroma las violetas,
Cantan himnos á Dios los ruiseñores.
Del campo ayer sombrío
Sobre la agreste y pálida llanura
Al influjo de plácido rocío
Gérmenes brotan de feraz verdura;
Suspira en la espesura
Céfiro blando que en la selva anida;
La fuente que murmura
Canta las excelencias de la vida.
Ya del almendro la abundante rama
Florece perfumando el verde prado;
Canta el jilguero en la tupida grama
Con trino enamorado.
Rompe la tierra el refulgente arado,
Despiertan los pastores,
Renueva el campesino sus labores:
De la fragante acacia ayer dormida
Brota la flor que infunde en nuestra vida
Blando, exitante, embriagador aroma:
Ya la gentil paloma
Tiende su vuelo por el aire puro,
Y el ancho espacio hiende
Para llegar al tapizado muro,
Donde el fresco rosal sus ramas tiende,
Y en el que aguarda el casto compañero
Que al dulce amor primero
Despierta palpitante,
Viendo llegar la tierna esposa amante.
Del húmedo fresal las verdes hojas
Abren su cárcel al gentil capullo;
Tímidas de rubor despuntan rojas
Las temblorosas fresas, y al murmullo
De la brisa de Abril que las orea
Tiemblan, y al soplo que su pié cimbrea.
La verde clavelina
Renace al sol que amante la engalana;
La rosa alejandrina
Rica en fragancias mil se iergue ufana;
Diáfano y claro el bullidor arroyo
Se desparrama en la floresta umbrosa,
Y el rio en su corriente melodiosa
Cantando de los campos los primores,
Brinda esperanzas y difunde amores.
¡Oh! sol! ¡Oh luz! ¡Oh flores!
Oh Silvia idolatrada,
Mi dulce compañera!
¡Gocemos de la brisa embalsamada
Que esparce la naciente primavera!
La dulce y placentera
Senda apartada que á vagar convida
Sea nuestro camino,
Dejándonos llevar por el destino
Que nos manda gozar la edad florida.
Y, pues, hoy nuevo sol al mundo vino,
¡Vivamos para amar! ¡Bella es la vida!

EUSEBIO BLASCO.

MISCELÁNEA

—

La semana transcurrida ha sido de duelo para esta sociedad.

No repuesta aún de la dolorosa impresion que la embargó al tener conocimiento de la prematura muerte de la virtuosa y noble señora de Hernandez, otro golpe despiadado vino á arrancarle nuevas lágrimas.

Era Florencio del Mármol que pagaba muy temprano el tributo que todos debemos á la tierra; espíritu escogido, siempre dispuesto al entusiasmo y al sacrificio por las causas nobles, no es estraño que su muerte haya dejado un vacio en su hogar y en el corazon de los que lo conocieron, imposible de llenar.

Paz y siemprevivas para estas tumbas que guardan los restos inanimados de dos séres que honraron con sus virtudes la naturaleza humana.

—

«La Patria Argentina» está publicando una interesante novela histórica titulada *La vida de Rosas.*

Recomendamos su lectura.

—

Entre los dos únicos diarios españoles que se publican en esta ciudad, se ha originado una discusion personal de las mas ágrias.

Ambos cólegas han demostrado conocer en infinidad de ocasiones, cual es la mision del periodismo, elevándose á las mas serenas regiones del pensamiento y lidiando por causas las mas nobles.

Por esto es doblemente doloroso presenciar ese pugilato.

En esta clase de cuestiones nadie tiene razon y todos son culpables.

Al órden! al órden! distinguidos compañeros.

—

En nombre de nuestro Director agradecemos una composicion poética que le ha dedicado el señor Torcelli y que no publicamos en este número por falta de espacio.

—

El señor Alvear ha sacado á licitacion dos mil toneladas de alfalfa para forraje de las bestias municipales.

Con razon no se muere ninguna de hambre.

—

Grande es el interés que ha despertado en el público la novela que estamos publicando con el título de «Facundo Heredia.»

Nos lo prueban las muchas personas que diariamente ocurren á la Administracion de este periódico en busca de los números que la contienen.

Felicitamos por ello á su autora.

—

Brillantes estuvieron los exámenes dados en la Escuela Infantil de la catedral al Sud, dirigida por la inteligente señorita Edelmira Billabrilla; las niñas todas, aunque de muy corta edad, contestaron satisfactoriamente á las variadas preguntas que se les hicieron. La señorita Billabrilla, como su compañera de labor, la señorita monitora, debén estar altamente satisfechas del éxito obtenido en los exámenes que nos ocupan; ambas merecen toda clase de encomio por la contraccion con que se dedican á la ingrata tarea del profesorado.

Adelante, jóvenes educacionistas.

—

El año se fué.

Ingrato!

Pero à rey muerto, rey puesto.

Ha venido á reemplazarlo uno nuevito, jóven y seductor.

En buena hora que se marche el viejo achacoso, con todo su séquito de esperiencia y desencantos y sea bien venido el adolescente henchido de risueñas promesas y tegiendo guirnaldas de ilusiones y esperanzas en los alborozados corazones.

Feliz año nuevo, bellas y simpáticas lectoras del *Album!*

AÑO IV--NUM. 24 BUENOS AIRES ENERO 8 DE 1882

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA APARECE LOS DOMINGOS ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, ENERO 8 DE 1882.

FACUNDO HEREDIA

—

Novela original de J. P. de Sagasta.

—

(*Continuacion.*)

—

Maria abrió los ojos, conoció en medio de su letargo la voz del amado de su alma. ¡Facundo! murmuró débilmente.

—Vives, mi Maria, esclamó Facundo inclinándose sobre el cuerpo de su amada, oh! ¿quien te ha herido, dímelo, conoces al asesino?

—Sí, articuló la jóven, lanzando un gemido doloroso.

Don Máximo escuchó ávido la voz de su hija idolatrada.

—No puedo hablar, volvió á decir la jóven, y llevó la mano al costado herido.

—Yo no quiero que hables, dijo Facundo, solo dime el nombre del asesino, si sabes quien es.

Maria hizo un esfuerzo, luego movió los lábios, alzó los ojos y no dijo una sola palabra.

Facundo y Don Máximo tambien callaron. . . . . .

María ya no habló mas aquel dia ni aquella noche, que la pasó presa de un delirio espantoso, en medio del cual se le oia con frecuencia el nombre de Nicanor.

Dos dias pasaron para Don Máximo y Facundo, como no pueden espresarse sinó sentirse; una desesperacion infinita concluia hora por hora la existencia de Quintanilla, que no se movia del lado de su hija sino para asomarse al balcon, divisando con el anteojo hácia la ciudad: esperaba el médico, es decir, la vida; veia á su hija moribunda y casi abandonada en poder de un curandero ignorante.

¡Pobre padre! en su inmenso dolor acusaba á su destino, reneguba de Dios y maldecia su viaje: buscaba en su mente quien podia odiar á aquella santa y tierna criatura y no hallaba el recuerdo de una sola antipatía para ella: la idea de robarla no podia ser, puesto que aquel crímen tenia un sello especial de venganza. Aquel papel, la hora y el no faltar ni un anillo de los dedos de su hija. . . Don Máximo pensó en Nicanor y un frio glacial estremeció sus miembros—él habia visto un hombre saltar por el balcon. Aquel hombre no llevaba chiripá y mucho menos poncho, era una figura ágil y libre de este traje del gaucho. Luego, rechazaba la idea, y sus pensamientos, así como su desgracia, parecíanle un sueño de la fiebre.

Por fin llegó Nicanor, y con él el Doctor; una palidéz mortal cubrió el rostro del asesino, cuando le dijo Elisa, ¡vive Maria! Nicanor no dudó, el traje claro de Elisa aseguraba sus palabras.—¿Y ella ha dicho quien la ha herido? articuló el infame, temblando cobardemente.

—No, no ha dicho su nombre, despues no ha hablado mas.—Nicanor acarició un frasquito que traia, diciendo para sí: mañana habrá enmudecido para siempre; esta noche yo velaré, y en la primera medicina que tome, verteré el contenido de esta redomita.

Elisa habia notado algo estraño en la espresion del rostro de su amante, pero no supo á qué atribuirlo, ella estaba inocente de los planes y crímenes de aquel malvado, asi es que se alejó y entró pensativa en el cuarto de su hermana.

Maria deliraba: el médico, en tanto, reconocía la herida y consolaba al padre y al amante diciéndoles:

—Puedo asegurar á Vds. que esta niña se salvará: la herida es profunda, ha podido ser mortal, una línea mas arriba y hubiera espirado sin decir ay!—pero el golpe ha sido errado, y solo ha penetrado la hoja en la carne, interesando algo el vacio, pero no de mayores consecuencias.

Don Máximo, loco de contento, abrazó á Facundo diciéndole:

—En cuanto esté sana mi Maria será tu mujercita.

Una lágrima de gratitud humedeció los ojos hermosísimos de Facundo, se arrojó en los brazos de Don Máximo y le llamó padre, pronunciando por vez primera en su vida tan dulce nombre.

Volvamos á Nicanor. Este, profundamente contrariado, como saben nuestros lectores, supo la noticia de que su víctima aun vivia. No importa, se dijo, si mi puñal no fué certero, esto lo será, y sin dejar rastro, y el doble asesino guardó su tesoro y se encaminó ya de noche al cuarto de la enferma.

Don Máximo al ver á Nicanor corrió á su encuentro.

—Se ha salvado, le dijo tendiéndole la mano con efusion.

—Era mi mayor deseo, contestó Nicanor, no puede vd. figurarse lo que me ha costado conseguir médico.

—Ah! interrumpió Quintanilla realmente agradecido, cuánto que agradecer á vd. tengo yo y mi desgraciada hija!!

—¡Que ocurrencia! señor D. Máximo; yo he hecho lo que cualquiera haria en mi caso.

—Sea como vd. quiera, se lo agradeceremos toda la vida.

—¿Y qué dice el Doctor?

—Que la herida es leve: y Don Máximo contó al miserable matador de su hija las palabras del médico; y aquel mónstruo no sintió remordimientos, no rechazó el negro crímen que fraguaba en su alma de demonio y por el contrario dijo á Quintanilla:

—Esta noche velaré á la pobre Maria.

—Con mucho gusto, pero sepa vd. que ella tiene un enfermero.

—Ya lo sé, contestó Nicanor, en la creencia de que aludia á Pedro. Entró en el aposento de la enferma y se detuvo en medio de la habitacion como asombrado, luego se restregó los ojos y avanzó volviendo á detenerse.

Facundo estaba de pié al lado del lecho y una mano de Maria oprimia entre las suyas.

—Buena noche, dijo Nicanor queriendo

cerciorarse de si era ilusion ó realidad aquella aparicion inesperada.

Facundo se volvió.

—Buena noche contestó volviendo toda su atencion á la jóven.

Maria se estremeció y de nuevo comenzó á disvariar. Facundo, Facundo, decia fijando espantada sus ojos vagos y desmesuradamente abiertos, Facundo, defiéndeme, mira allí, me vuelve á matar, no me tiene lástima; no ves que me duele, nada te he hecho, ay, ayl y Maria delirante parecia querer saltar del lecho. La voz impregnada de ternura de Facundo, calmaba aquel desvario, diciéndole:

—No, mi vida, nó, nadie te tocará un cabello, aquí estoy, aquí á tu lado, esclamaba el pobre amante, profundamente consternado.

Pero Maria creciendo en agitacion siguió desvariando y pronunciando con frecuencia el nombre de Nicanor.

El criminal estaba en ascuas.

—Vá vd. á pasar aquí la noche? dijo á Facundo.

—Toda la noche y toda la vida si es necesario, contestó Facundo, volviendo la espalda á su interlocutor.

San Martin, Enero de 1882.

(Continuará.)

RICARDO GUTIERREZ

—

(*Continuacion.*)

VI

Pedro Goyena ha escrito admirables páginas sobre las poesias de Ricardo Gutierrez: Macaulay juzgando á Byron.

Pero Pedro Goyena no ha conocido á Gutierrez y de esa falta de comercio intelectual ha nacido cierto error de apreciacion, que al par que envuelve un cargo gratuito á Gutierrez, es completamente injusto.

Goyena busca, no solo la filiacion literaria de Gutierrez en la escuela byroniana, sino que encuentra en el *Infiel*, en el *Lara* y el *Corsario*, el modelo del *Lázaro* y el *Ezequiel*.

No desconozco la influencia ejercida en el espíritu de Ricardo por la lectura de Byron; pero creo sinceramente que si el poeta inglés no hubiera existido ó si Gutierrez no lo hubiese conocido, su índole literaria habria sido tal cual se presenta hoy.

Byron es (y eso lo sabe perfectamente Goyena) la espresion de un estado especial del espíritu humano. No es una individualidad aislada, que bebe en su ser íntimo todas sus inspiraciones y que no pertenece á ninguna época.

Los poetas son siempre la espresion de su siglo; en los grandes dias de la Grecia, Esquilo, Euripides y Sófocles: en la decadencia, Lucius y Apuleyo. Ese fenómeno se ha repetido en todos los paises que cuentan con civilizaciones seculares. Sin necesidad de esponer las causas fundamentales de ese fenómeno persistente en todos los tiempos, bastaria acaso citar grandes nombres que son pruebas vivas: Dante, la Edad-Media, Voltaire, el siglo XVIII.

Byron en Inglaterra, Goethe en Alemania (que son Werther, Wilhem Meister y Goetz de Berlichingen sino los precursores de Lara y Childe-Harold?) Leopardi en Italia, Musset en Francia, Espronceda en España, qué son, sino la espresion de ese sentimiento vago, indefinible, de eterna duda, de desaliento constante, que caracteriza nuestro siglo?

Han variado acaso tanto las causas en cincuenta años, para que se juzgue exótica una planta de la misma familia, solo porque haya aparecido sobre el suelo de la América?

Esa montaña en el alma que pesa en nuestro tiempo sobre los hombres de espíritu, ese grito de duda, lanzado desde la aurora del mundo, de lo alto de la roca maldita, por Prometeo y desde el fondo del cenagal por Job y que ha venido á estallar en el siglo XIX, gravita aun hoy sobre todos aquellos que, como el mismo Goyena, ven en los horizontes del espíritu algo mas que el materialismo de la vida.

Que estraño, pues, que Gutierrez, desde el fondo de su celda de estudiante, haya reflejado en sus versos admirables el sentimiento íntimo de su alma?

Todo es lúgubre allí, todo respira muerte y desolacion, se dice. Hola! Quereis raudales de armonias en las horas de amargura? Dadme un mundo en que los dioses se paseen sobre la tierra, poblad de ondinas y náyades los lagos y los rios, dadme guerras titánicas por la conquista de una muger, amarradme el ideal aquí en el suelo, y yo os daré Homeros é Iliadas y Odiseas!

Reproducid en el tiempo y el espacio los momentos solemnes de la resurreccion del espíritu humano, trás la larga noche de la Edad-Media, evocad un nuevo Renacimiento, dadme una corriente de ideas infantiles henchidas de esperanza, una juventud inagotable y tendreis David y Perseos levantándose en las plazas públicas, Madonas arrancando á los cielos el tipo de su belleza, estrofas del Tasso y cúpulas del Burnalesco.

Pero si creis que los poetas son hombres y como tales sujetos á las influencias fatales de todo lo que les rodea, no os asombreis que en un mundo oscuro, materialista, descreido, sin fé, sin grandes pasiones, los poetas sean sombrios como las tumbas y tristes como la noche.

MIGUEL CANE.

(Concluirá.)

ESCRITO EN UN ABANICO

—

¡Tú que sobre la onda de su seno
haces jugar el aire y mis suspiros,
y los perfumes de la flor dormida,
y el ala de Cupido;

Que juegas en el cielo de su frente
con el negro torrente de sus rizos,
mientras sus ojos pensativos besan
el párpado tendido;

Tú, que recibes la caricia tierna
de sus pequeñas manos; y el latido
de su agitado corazon sorprendes,—
venturoso abanico;—

Balanceándote en dulce arrobamiento,
en alas del deseo, en leve giro,
como mi amor, se tú la mariposa
de aquel hermoso lirio!

E. E. RIVAROLA.

Diciembre de 1881.

ESTATUA DE.... ¿ALSINA?

—

¡Oh tiempos menguados los de mi abuelo! ¡cuán profunda lástima me inspiran!

¡Oh mísero padre de mi padre, abuelo mio infelice! ¿Qué hacias en tu época? ¿Cómo pasabas el tiempo? ¿Habia, podia haber entonces algo digno de ocupar

un hombre? .... y no te tiraste un tiro, desgraciado abuelo, valiente abuelo mio?

—○—

La mirada límpida y observadora de los modernos no puede abarcar ese próximo pasado sin que una perla de compasion empañe el brillo fascinador de la pupila.

Entes ridículos é ignorantes, aves nocturnas del claro dia de la civilizacion,—parece imposible que nos hayan engendrado. Misterio insondable La tiniebla produciendo la luz. Seres desprovistos del anhelo de la gloria dando una posteridad de artistas, de sábios y de seres de tan brillante imaginacion que tan pronto conciben una nueva forma de gobierno como que el mecanismo portentoso de los mundos no lo tiene.

Y mi abuelo rezaba el rosario!

Era antiguo.

Yo soy ateo, lo proclamo con orgullo y en nombre de la ciencia.

Un *rosario* es útil inservible para mí No conozco mas *cuentas* que aquellas que no pago.

Soy moderno!

—○—

Bestia de mi abuelo.

Usaba yesca para prender el cigarro.

A los artistas que componian la dentadura les llamaba saca muelas.

A una plaza que hay en esta ciudad, el hueco de ña Engracia.

—○—

¿Por qué, porque he nacido en esta época?

¿Qué alto merecimiento he alcanzado para que mi alma goce hasta desfallecer ante el espectáculo de tanto progreso?

Panteléfonos, fondas á cuatro reales el plato, docenas de retratos á seis pesos mjc, teatros nacionales, individuos que viajan tres mil leguas para decir estas palabras: compra papas, ... oh! es demasiado y mi gratitud no encuentra palabras para agradecer los hados benéficos que soplaron á mi padre la idea de casarse.

Nacer en un siglo que es desconocido el dolor y moneda corriente la modestia y la buena fé: ¿no es acaso la suprema felicidad á que puede aspirar el hombre en el sendero de flores de la vida?

—○—

¡El progreso! Palabra mágica y milagrosa, á cuya influencia se transforman las tribus nómades en pueblos de artistas.

Tal ha sucedido con el nuestro.

El hueco de ña Engracia se ha convertido en plaza de la Libertad y el domingo pasado se ha inaugurado en ella la estátua de Adolfo Alsina.

No hay regla sin escepcion.

Es por esto que algunos le han encontrado defectos á la mencionada estátua.

Con dolor consigno esta pequeña salida de tono que revela al estrangero que no todos los argentinos somos entendidos en cuestiones de arte.

Es preciso comprender el arte moderno. Ha crecido tanto que ha superado á la misma naturaleza.

Su concepcion hoy es tan vasta y múltiple que se pierde en los arreboles del ideal. Solo las cabezas esquisitamente conformadas pueden abarcarlo en su conjunto.

¿Cómo fuera posible que Fidias y Praxiteles ejecutaran obras verdaderamente hermosas si en sus tiempos aun no se habian publicado la Metafísica de Kant y la vida de Bertoldo?

El señor Millet, autor de la estátua Alsina, es moderno, y por lo tanto, ha tenido ocasion de prepararse para ejecutar obras acabadas.

El señor Millet, pertenece á esa escuela de verdaderos artistas que buscan el ideal antes que todo y que se inspiran en la filosofía para y no en el modelo como los escultores de pacotilla.

¿Qué hubiera conseguido el señor Millet ejecutando con notable parecido al Doctor Alsina?

Vaya una gracia: á la primer ojeada cualquiera lo habiera reconocido,—no que estando como está, artísticamente confuso, el pueblo que lo mira se intriga, discute y piensa y así las facultades intelectuales de las masas con este ejercicio continuado se perfeccionan y desarrollan.

Este es el arte moderno cuyo mas genuino representante es el señor Aime Millet: verdadero arte, filosófico y práctico, con aplicaciones á la instruccion pública.

—○—

Entro ahora de lleno á la prueba en defensa del artista Millet.

Supongamos, lector, que la estátua se pareciera á Alsina.

¿Qué sucederia?

Que el curioso se acercaria y diria inmediatamente: es Adolfo Alsina,—retirándose acto continuo.

¿Y qué sucede ahora?

Precisamente todo lo contrario.

El curioso se acerca, la mira, la vuelve á mirar y todo intrigado, le dice á otro curioso que tiene al lado:

—Compadre: ¿conoce Vd. á este tio?

—Vea Vd: lo mismo iba á preguntarle.

—Sabe que por la mano, parece Almonacid.

—O que está jugando á la *morra*.

—¿Y qué dice Vd. de las piernas?

—Que parecen de esos manequis de «Las tres bolas» rellenadas con viruta.

—Volvamos á la mano: parece que quisiera denotar una espresion enérgica.

—Es verdad.

—Pero en ese caso no se distienden ó se crispan como garras los dedos: en todo caso se cierra el puño.

—Tambien es verdad.

—Pero noto ahora que es la mano izquierda la que tiene levantada.

—¿Será zurdo?

—Pero, hombre ¿son alpargatas las que tiene?

—Parecen ojotas

—Observe Vd. la capa.

—Ya: una pequeña punta aparece por delante del hombro izquierdo y todo el resto le cae por detras hasta taparle los talones: esto es contra todas las leyes de la gravedad y aunque no fuera así bastaria el simple movimiento del brazo y el viento que azota la barba impeliéndola hácia atrás para que la capa hubiera venido al suelo.

—¿Será equilibrista?

—No hombre: que equilibrista ni que niño muerto: ya sé quien es. Y pensar que nos hemos devanado los sesos. estando tan cerca la esplicacion del enigma. Lea Vd. ese letrero que hay en el pedestal.

—Caramba! Si habia sido Adolfo Alsina. . .

—○—

¡Oh dolor! Todavia existen cerebros refractarios á la concepcion del arte moderno, uno de cuyos representantes mas conspicuos, es Aime Millet.

Todavia, todavia quedan reliquias de la estupida generacion de mi abuelo.

Como el lector habrá comprendido, la crítica á la capa es de las mas absurdas ¡vive Dios que es ser cretino pensar que pueda caerse cuando es de bronce!

Solo la mas supina ignorancia en cuestiones de arte puede llegar á confundir un escultor con un sastre: monsieur

Millet no hace capas de paño que son las que pueden venirse al suelo.

Respecto al parecido, no es estraño, que los compatriotas de Alsina no lo encuentren en la estátua. Cuatro años hace que ha muerto y monsieur Millet, artista del ideal, con la intuicion del porvenir en el alma, se ha adelantado á su época y lo ha imaginado á Alsina con mas edad y la barba crecida.

Es absurdo, tambiem, querer que un hombre no haya cambiado en cuatro años.

¡Qué diablo! Para opinar en materias de arte se requiere alguna preparacion: saber leer, por ejemplo: ¿quién que sepa deletrear ignorará que la estátua es de Adolfo Alsina?

—○—

Concluyamos lector, con la prueba.

La filosofía moderna aplica la observacion y el análisis á la investigacion de todos los problemas que interesan al hombre.

De los detalles se eleva al conjunto.

Es lo que ha hecho monsieur Millet y el suceso mas favorable ha coronado sus esfuerzos de titan.

En su estátua el observador analiza todos los detalles y ya cansada la vista se posa soñolienta en el letrero del pedestal, —Adolfo Alsina, se esclama, y hé aquí el triunfo de la nueva escuela, de la escuela filosófica, verdaderamente artística, con aplicaciones á la instruccion del pueblo.

—○—

El pùblico de América es artista por excelencia.

Somos bien conocidos á este respecto en Europa y saben que no es posible pasarnos gato por liebre.

Cuento al caso.

Cuando Carriu Beleuse hubo terminado la estátua de Belgrano, recibió en su taller la visita de un gran crítico en materias de arte, al cual acompañaban varios amigos. Examinó la estátua el crítico y calló.

Los amigos, por el contrario, no escasearon las pullas á la obra de Beleuse.

Uno de ellos decia:

—Yo lo perdono todo, ménos la cola del caballo: es detestable y no la ha tenido ninguno de su especie, desde Pegaso hasta Rocinante.

El crítico entónces le dirigió una mirada interrogadora á Beleuse y este le dió esta respuesta:

—*C'est pour l'Amérique du Sud, mon ami.*

—Ah! contestó el crítico con toda la espiritualidad francesa: entonces está irreprochable: para nuestro buen público de Paris hay que ejecutar mamarracho, pero tratándose de Sud-américa, pueblo de artistas, es menester hacer un *tour de force*, que todo esfuerzo artístico está suficientemente compensado cuando se le comprende y se le sabe valorar: la cola de ese caballo parecerá aquí grotesca, pero allá en las pampas agradecerán una cola que jamas han visto en caballo alguno, porque no todos los pueblos comprenden el ideal cuando el artista lo encarna en la prolongacion del coxis de un jamelgo.

Y es fama que Beleuse y el crítico, salieron á beber á la salud del pueblo artista!

BARBA-AZUL.

Enero 5 de 1882.

ENTRE EL CORAZON Y LA CABEZA

—

Diálogo.

LA CABEZA

¿No te lo habia dicho, pobre niño?

EL CORAZON

Es verdad. ¿Pero como era posible creerte? . . . Era bella y parecia tan noble. . .

LA CABEZA

No parecia noble: era tu candor y tu inocencia que asi lo imaginaba.

EL CORAZON

¡Oh desesperacion! quisiera haberme equivocado. . .

LA CABEZA

¿Vuelves á tus locuras? ¿Es posible que de nada te sirva la esperiencia?

EL CORAZON

Calla, calla, por favor: era mi última esperanza y todavia. . . todavia espero.

LA CABEZA

Demente! ¿Estás acaso en la situacion del náufrago que en su desesperacion creyendo asirse á un madero se abraza á un tiburon que lo devora?

EL CORAZON

La muerte. . . ¿habria mayor felicidad si ella me la diera?

LA CABEZA

¿Llamas á eso felicidad? . . . Divagas, pobre niño.

EL CORAZON

Yo asi la comprendo. Ella tendria un recuerdo para mi memoria, y en una noche callada y de luna, acudiria vestida de negro, como la imágen del dolor, á visitar mi tumba solitaria sombreada por los cipreses y los sauces. Allí daria espansion á toda la esquisita ternura de su corazon sollozante y huérfano. . . . Ah! quisiera, quisiera que ya el eterno sueño hubiera velado mis párpados cansados.

LA CABEZA

Cuánto valor le das á una gota de agua.

EL CORAZON

¡Gota de agua una lágrima de mujer! ¿Podria un químico valorar el mundo de sentimiento, el dolor y la ternura que encierra esa esencia del corazon?

LA CABEZA

Esencia del corazon! . . . si la mujer, niño inesperto, llora cuando quiere: esa misma que ha despedazado tus fibras mas sensibles llorará á tu muerte si se habla de tí y si el público que la rodea la satisface. La mujer no trata de ser tierna sino de que crean que lo es. Ah! tú ignoras muchas cosas. El hombre calcula con la cabeza,—y la mujer, con la cabeza, con el corazon, con todo lo que en ella piensa y siente.

EL CORAZON

Te tengo horror: aparta y calla: tus palabras son veneno y calumnia.

LA CABEZA

Eterno enigma: máquina de creer mentiras: salta y desespera en la cárcel del pecho: nadie oirá tus latidos y todo el perfume de tu sentimiento lo aprovecharán solo los gusanos de la tumba.

EL CORAZON

No quiero saber mas: si ella me envolviese en la suave luz de su mirada, y su sonrisa me hiciera entrever el cielo, no la amaria mas que ahora, que paso á su lado y no me reconoce: no la amaria mas porque es imposible. . . . porque mi amor es invariable, y desde el primer vuelo, se posó en la cumbre del sentimiento.

LA CABEZA

Cálmate y reflexiona.

EL CORAZON

¡La amo!

LA CABEZA

Es una coqueta.

EL CORAZON

¡¡La amo!!

LA CABEZA

¡Pero debes dejar de amarla!

EL CORAZON

Separa, separa si puedes, la sombra, del cuerpo que la proyecta, y el perfume de la flor que lo exhala. Sí, dejaré de amar. . . . cuando la muerte me detenga.

y su brazo de fierro impida que palpite como ahora, llamándola siempre, siempre!

LA CABEZA

¡Insensato! ¡mil veces insensato!

IGNOTUS.

Enero de 1882.

MODAS

Los trajes de esta estacion requieren simplemente buen gusto y elegancia. Con un vestido de muselina de bajo precio, guarnecido con voladitos y una berta de puntillas, está una jóven perfectamente vestida.

Voy á señalar un precioso traje de muselina color damasco: la pollera está cubierta en el delantero de volantes plegados, sobre los cuales pasa al sesgo una banda guarnecida con blonda de algodon, que cubre casi todo el lado derecho del delantal. Por detras hay dos paños rodeados de la misma blonda y elegantemente abullonados. Dos voladitos rodean la estremidad de la pollera. La bata es una chaqueta española con los delanteros redondeados, dejando ver un chaleco de blondas, que se abrocha por el medio, del modo menos aparente. La trasera está adornada con un gran moño de muselina cuyos lazos se pierden en las ondas de la pollera. Esta chaquetilla debe estar perfectamente ceñida al cuerpo. Manga al codo guarnecida con una blonda, y un buche en la costura del hombro.

Este otro vestido de raso de algodon verde mar y percal floreado es tambien elegantísimo. Hélo aquí: el delantero de la pollera es de raso de algodon, tableado desde los costados. Estas tablas penden de un ancho bullon formado de pequeñísimos buches, que va cosido en la cintura. La falda trasera es de percal floreado y se recoje en ondas hasta el cinturon. La bata es larga, de percal, corte de cadera; del mismo costado de la bata nace una quilla que cubre la costura que une los bullones con la falda delantera. En cada una de estas quillas se coloca una cartera con un moño. Un fichú de los dos géneros concluye el adorno del traje.

Os daré algunos detalles de las últimas modas para luto.

El crespon inglés se emplea mas que nunca. Pasado el rigor del luto de los primeros meses se adornan los trajes con esa tela.

El siguiente, es un vestido de buen gusto y de una severa elegancia.

La pollera es de merino, tableada. La sobrepollera de crespon, larga y sin pliegues, abierta en la délantera y en los costados en forma triangular. En las aberturas de los costados lleva un moño de cinta de faya, formado con cuatro recojidos. Los paños de atras de la sobrepollera se colocan formando grandes pliegues. La bata es de merino, con cotilla adelante y faldetas atras. Un gran cuello de crespon la guarnece.

El peinado largo empieza á generalizarse. El cabello se recoje en dos trenzas, con un moño. No obstante esta moda, hay muchas elegantes que siguen favoreciendo el rodete. El cabello alzado en forma de jopo es muy antiguo; ninguna niña de buen gusto debe usarlo.

El zapato es el calzado de última moda; el botin y la media-bota han caido completamente en desuso. Aconsejo á mis lectoras que adopten la cabritilla bronceada; es lindísima y está muy en boga.

BLANCA.

Enero de 1882.

VIOLETA

En el album de la distinguida autora de «Lirios Silvestres,» Sra. Josefina Pelliza de Sagasta.

Poetisa americana, en cada lirio
De los que orlan tu frente despejada,
Hay una límpia y tembladora gota
Del rocio purísimo de tu alma.

La dulce inspiracion, que tú has bebido
En el aroma de esas flores pálidas,
Nos la regalas en el suave verso
Con que arrullas la mística esperanza.

Es un rayo de luna que se quiebra
Blando y risueño en el cristal del agua,
Cada nota que arrancas á tu lira,
Cada mágica y viva pincelada.

Al leer tus *«Lirios»*, solazado admiro
Del Uruguay las poeticas barrancas,
Que se ierguen bañadas en efluvios
De la luz celestial de la alborada.

Veo el suelo fecundo en que creciste
Al rumor de los besos y plegarias,
Que te daban las aves á su paso
Y te enseñaba á modular el aura.

Veo las islas y tortuosos riachos
Dó tú feliz y alegre navegabas
Soltando el remo, por cojer ansiosa
Los nidos que colgaban de las ramas.

Contemplo tapizados de mil flores
Los campos con sus verdes hondonadas,
Donde vehemente, perseguir solias
A las inquietas mariposas blancas.

Veo en fin, al través de la arboleda,
Como palomas, blanquëar las casas
De una jóven ciudad, (1) amante hija
De nuestra grande y floreciente pátria.

Allí naciste tú—allí aspiraste
Aire de inspiracion—allí, las alas
Por vez primera desplegando al viento,
El idilio empezaste de tus ánsias.

Allí bebiste, en la fragante copa
De los pálidos lírios de tu infancia,
La miel que prestas al alado verso
Que fluido y tierno de tu boca exhalas.

. . . . . .

Es la dulce armonia de tu lira
La gota de ambrosia regalada
Que dejas caer de paso por el mundo
En las sombrias y llorosas almas.

Por eso viene á deponer la mia,
Que hoy sollozante y moribunda se halla,
En el templo zahumado de tu gloria,
Esta humilde violeta de alabanza.

ALEJANDRO V. MURGUIONDO.

Octubre 19 de 1881.

(1) *El autor se refiere á la ciudad de Concordia, donde nació la laureada poetisa.*

ARCO-IRIS

Aqui donde me vés, lectora bella—tú que iluminas esta página con el vívido destello de esos ojos que debieran estar presos en la cárcel, por asesinos—aqui donde me vés ¡oh fúlgida estrella de los cielos! pertenezco al número de los que creen, con Alfredo de Musset, que los sueños de felicidad constituyen la única felicidad posible de esta vida miserable.

Esto, amiga mia, podrá parecerte profundamente desconsolador, escéptico y triste. Pero.... qué quieres...! no puede ser de otro modo.

Hemos empezado hablando del sublime autor de *Rolla*—y desgraciadamente no puedo olvidar que, como él, he nacido en un siglo demasiado viejo para permitirme el lujo de creer, sentir y pensar como jóven.

—

Consecuente, pues, con esta conviccion irrevocablemente arraigada en el fondo de mi ser microscópico, trato de pasar el mayor número posible de horas soñando.

Asi vivo mas feliz, ó mejor dicho menos desgraciado.

—

Despierto, dejo cabalgar mi espíritu errante sobre el Clavileño de la fantasía.

Dirijo yo mismo los acontecimientos, como podria hacerlo cualquier autor dramático jugando con los personajes de su comedia, preparo artísticamente los preludios y soy dichoso protagonista de todos los desenlaces.

Oh lectores y lectoras.... soñad despiertos.... y habreis resuelto un problema mil veces mas difícil que el silencio de los tontos ó la fidelidad de las mujeres!

—

En la noche callada y solemne, cuando Morfeo toca suavemente mis párpados con sus dedos impalpables, la loca de la casa, puebla tambien el *microcosmos* de mi cerebro con aventuras suceptibles de dar tema para escribir cincuenta millones de volúmenes *in fólio*.

Sin ir muy léjos, recuerdo que las otras noches, habiendo caído en mi lecho desvencijado previa ingurgitacion de una razonable dósis de Oporto, sentí que pocos momentos despues mi espíritu sonámbulo paseaba por el mundo esplendoroso de la *reverie*.

—

Soñé que me hallaba en un salon de baile, á su lado, sintiendo sobre el mio la suavísima presion de su brazo, bebiendo con ella mil notas de armonía y sintiendo el alma prisionera en la caricia celeste de sus ojos.

Si habeis amado, no exijais de mi pluma lo que no es susceptible de ser traducido á ninguna modulacion del lenguaje humano, lo mismo cuya espresion en sílabas fantásticas no habria cambiado Becquer por la fama y el génio del mas excelso poeta de la tierra.

Ideas sin palabras, palabras sin sentido .... miradas inefables, transportes indescriptibles, sagrados anhelos de sacrificio que brotan de nuestro ser en cada latido del corazon y en cada palpitacion de la vida!

—

Como los luchadores antiguos, los dos nos buscábamos el corazon al través de la coraza, no para suspender sus latidos en la tierra, sino para templarlos en el acorde supremo del ideal.

Si quereis formaros un pálida idea de esos minutos en que se condensa un siglo en cada segundo, dejadme dilatar los pulmones á todos los soplos sonrientes de la vida, repitiendo con Teodoro en la comedia de Lope de Vega:—oh fortuna.... detén el giro de tus ruedas con un clavo de oro!

—

Nos separamos un momento.

Ella contaba los instantes que faltaban para volver á mi lado; y yo, como ave perdida en un desierto donde no hubiera para posarse mas que un árbol que todavía no distingue la vista fatigada, giraba incesantemente mis ojos sin saber donde fijarlos en medio de las mil bellezas espléndidas que poblaban los salones.

Tan cierto es que fuera de *ella*, el amor nos hace insensibles á todas las cosas bellas del cielo y de la tierra!

—

Un grito de sorpresa y de terror hirió de repente mis oidos.

Me volví en el acto hácia el punto de donde habia partido, porque hubiera reconocido aquella voz entre el clamor de millones de gritos humanos—era la suya, la suya que no habia podido contener una esclamacion ante la injuria de un pretendiente desairado.

Soy enemigo de las escenas violentas—y mucho mas de los pugilatos innobles de la palabra.

Prefiero dar ó recibir un balazo que una bofetada.

Cambiamos, pues, nuestras tarjetas—y quedó convenida la hora y todas las demas formalidades de esa estúpida costumbre que las sociedades llaman duelo, sin duda porque es una de las causas que hacen vestir permanentemente de luto al sentido comun.

—

No creo que el valor sea una cualidad típica y nativa de ciertos animales humanos.

Yo no soy valiente, pero sí orgulloso y profundamente amante de mi mismo.

Por vanidad me retorceria el corazon perdiendo todas mis afecciones mas queridas—y por eso tengo la seguridad de que una vez puesto en jaque mi amor propio, seria capaz de atropellar á mano limpia la boca de un cañon defendido por ejércitos de suegras y solteronas de artillería.

Otra de las particularidades que caracterizan mi pequeña humanidad, es que mas me afecta observarme yo mismo una debilidad que hacerla conocer de los demas.

Talvez por esto ronqué como un canónigo la noche anterior á la tragedia.

—

Hénos aquí, por fin, frente á frente, sobre el campo del honor—donde todos los que concurren debieran comer alfalfa—rigorosamente vestidos de negro y con una pistola en la mano.

Los testigos presencian más pálidos que nosotros esta escena funeraria.

La suerte quiere que yo dispare primero (la pistola se entiende!)

Levanto el brazo, apunto, hago fuego... y mi adversario—que es un hombre sereno y valeroso, queda inmóvil y sonriente... La bala le ha rozado los cabellos.

Dispara él á su vez y siento que su proyectil se clava en mi corazon.

Consumatum est!

—

Lectora bella:—héme aquí perdido para los bacanales de esa cascarilla de nuez que rueda inconscientemente en el vacío.

Si no estuviera muerto, diria con Lamartine, que al separarme de *ella*, sufro todo lo que puede sufrir un corazon humano sin romperse.

Pero hay una compensacion amarga en medio de esta tristeza desolada:—siquiera he conseguido morir en paz, léjos de médicos y boticarios!

—

Como no es propio que simples mortales se formen ideas definidas sobre la naturaleza del alma, continuaré hablando de mi persona, presentándola como la de cualquiera de los transeuntes pacíficos que caminan por los cementerios de vivos que en el mundo se llaman ciudades.

—

Mientras se hacian preparativos para sepultar mi quijotesco armazon de huesos y pellejo, sentia que mi alma etérea se alzaba llena de luz y de vida con rumbo directo al firmamento.

Volaba muy apesar mio, contra todo el torrente de mi voluntad, porque toda la elocuencia de Ciceron no habria sido suficiente para hacerme renunciar á la tierra donde quedaban sus trenzas queridas y sus manecitas idolatradas.

—

Perdona, gentil suscritora de *El Album*, si no te describo mi viaje por el espacio infinito de los mundos planetarios.

Hé muerto—y un difunto puede hacer á un lado la puerilidad de copiarse un libro de astronomía para sentar plaza de sábio.

—

Por fin me hallé delante de San Pedro.

Dios no daba audiencia ese dia y

forzoso entenderse con su primer Ministro

—Bien venido seas, Bachiller amigo—me dijo con tono afable—debes ser muy querido del Señor cuando llegas tan jóven a su presencia.—¿Como perdiste la vida?

Alcé los ojos radiantes de fiereza.

No lo hubiera hecho con mayor magestad el mismo Koscíusko, despues de caer legendariamente glorioso bajo la bandera sagrada de la Polonia moribunda

—Señor, le dije con la solemnidad severa de un conscripto Romano—he muerto en duelo leal, batiéndome con un hombre que habia cometido la infamia de insultar á mi amada!

Tenia la mirada erguida y noté que una sonrisa indefinible, casi volteriana, *plegaba* maliciosamente los celestinos lábios de San Pedro.

—Has muerto por tu novia, generoso bachiller!—esclamó.—En recompensa de tu noble sacrificio, te permito que la veas desde aquí todas las veces que quieras.

Volví á mirar los lábios del Apóstol y entonces me parecieron verdaderos nido de arpas eólicas.

Verla cuantas veces quisiera!

Mirar su corazon, para contemplar la imájen de su amor perdido temblando en el fondo, como en el pensamiento del poeta!

Al oir aquellas palabras cuya vibracion saturaba de entusiasmo todo mi ser, sumergí mi espíritu alborozado en la inmensidad estupenda del infinito, bendije mil veces la bala que me habia destrozado el corazon, y tuve tentaciones de levantar un himno soberbio de gratitud á la madre naturaleza.

Inmediatamente dos bellos querubes alados me tomaron en sus brazos, y pocos momentos despues me sentia cómodamente arrellanado en el seno radioso de una nube tornasolada.

—

Dios mio!

Con qué claridad se ven las cosas desde estas alturas!

En verdad os digo que sino fuera por *ella*, maldito el deseo que tendria de volver á la tierra.

La Europa cava su propia fosa con las cóleras insensatas de sus muchedumbres socialistas.

El Asia, cuna de la civilizacion, vegeta petrificada en forma de cangrejo.

El Africa duerme la beodéz idiota de un cretinismo crónico.

becerro de oro, ó besa las plantas enlodadas de caudillos que ni siquiera tienen la grandeza del crímen.

Pobre humanidad!

Sinó fuera porque entre tus filas está mi mundo y mi cielo, tendria vergüenza de haber sido una molécula perdida de tu escoria.

Allá todos los hombres gruñen y se pelean por hambre, por vanidad ó por amor, que son los tres móviles exclusivos de sus acciones.

Me canso de mirar.... A la verdad que Darwin no habria visto mas.... es todo lo que se puede ver.... la lucha por la existencia.....

Oh Neron!—al desear en un momento de hastio que la humanidad no tuviese mas que una cabeza para segarla de un solo golpe—fuiste sin saberlo el primer poeta y el primer filantropo de la tierra!

—

Al fin, con todo mi ser palpitante de fiebre y de ansiedad, concentré mi atencion en aquel rinconcito querido de la tierra que sintetizaba todos mis recuerdos.

La vi pálida y con la mirada triste.

Solo hacia veincuatro horas que yo faltaba—y por eso rodaba *todavia* por sus mejillas una lágrima de dolor.

—

Volvi á mirar mas tarde.

Su rostro se habia serenado—y solo una ligerísima nube de melancolia empañaba el brillo de aquellos ojos soñadores, que tantas veces me habian prometido un cielo mil veces mas bello que el mismo cielo de Dios.

Oh tiempo.... gran moderador de las pasiones humanas!

—

Miré por tercera vez.

Era una magnífica mañana primaveral, en que todas las voces soberanas de la madre naturaleza parecian hablar de amor.

Su seno palpitante rebosaba de esperanza; sus ojos brillaban con el tierno fulgar de otros dias y sus lábios húmedos parecian aguardar ansiosos la sintesis suprema de todas las caricias.

Su memoria de mugor lo recordaba todo, menos la pequeña tumba solitaria del Cementerio que en aquel momento se estremecia de dolor al soplo helado de su ingratitud.

No tuve necesidad de mirar mas para adivinar el resto.

Hasta llegaron á mi oido palabras moduladas en momentos inefables!

se me ha permitido contemplar lo que pasa en la tierra!

Ahora comprendo aquella sonrisa....

En aquel momento tuve la vanidad de creerme poeta.

Como rodaron sobre mi alma las palabras desoladas de Musset:—*harmonie, harmonie.... fille de la douleur!*

—

Tomé de nuevo la direcion de los altos alcázares y volví al lado de San Pedro.

—¿Qué buscas, Bachiller?—me dijo con su tono siempre afable.

—Oh señor.... vengo á renunciar mi tristísimo privilegio de mirar las cosas de la tierra!

—¿Como...? .... no quieres verla ya ...? ... ¿despues de haberle sacrificado la vida?

—No, señor.

—Pues bien. Concedido. No la veras mas.

Sentia que mi alma se impregnaba de tristeza y agregué:

—La última gracia, señor!

—¿Todavia pides mas?... Eres muy exigente, Bachiller!

—Por piedad!

—Habla.

—Renuncio á la inmortalidad *consciente*, señor! Prefiero ser la mas modesta piedrecita de los mares, el mas humilde ladrillo de la última choza, cualquier bagatela, señor, cualquier cosita que no tenga corazon!

—

En vez de la ansiada contestacion del apóstol, oi una vocecita infantil y una manecita negra que me ofrecia el mas sabroso mate criollo que haya puesto jámas en contacto lábios humanos con una reluciente bombilla de plata.

Me hallaba en el muy noble puerto de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, en mi cama y entre mis libros.

—

Oh amigos.... comentad y comprended la frase tristísima del poeta latino, que sintetiza la vida desde la cuna hasta el sepulcro.

Sant lacrymæ rerum....!

MISCELANEA

—

Hasta que el señor Mendez se mejore de la enfermedad que actualmente no le permite ocuparse de trabajos intelectuales, queda á cargo de la direccion de este

quien está autorizado para aceptar ó rechazar las producciones cuya publicacion le sea solicitada.

***

En breve aparecerá un folleto conteniendo una interesante fantasía en verso de la tan hermosa como inspirada poetisa Josefina Pelliza de Sagasta.

Se titulará «El César.»

***

Se fué el año 1881, viejo achacoso y huraño, siendo sucedido por el risueño 1882, que viene rebosante de ilusiones y esperanzas, las cuales, desgraciadamente, han de desvanecerse pronto al influjo torpe de los desengaños.

¡Así es la vida de los años, y como la de los años la nuestra!....

El jovencito recien llegado ha sido recibido con mimos y caricias que tienen tambien que morir para dar lugar á las duras increpaciones — No obstante, y porque no todo ha de ser tan prontamente mutable, quien esto escribe ha recojido esta vez impresiones que no á muy leve impulso han de desaparecer.

En la casa del Sr. Don Joaquin Romero tuvo lugar una doble fiesta; se trataba de dar la bienvenida á 1882, y mas que de ello, de celebrar el aniversario del natalicio de su señora esposa.

Con el último rayo del sol poniente, que despues de juguetear en su despedida con las movibles hojas de los árboles y besar las torres y los altos edificios de la ciudad, se hundia en occidente para bañar con su luz de oro al otro hesmisfério; con el último rayo y al empezar esa lucha secreta de «luz que muere y de nacientes nieblas» digo, los invitados dejaban sus asientos de la sala para ocupar gustosos los del vasto comedor que ostentaba una gran mesa, sobre la cual se erguian incitantes ramilletes y ramos del mejor gusto. Ya instalados todos y cada uno, empezó el cambio de miradas, sonrisas y bromas imprescindibles en estos casos, hasta que comenzaron á circular los suculentos platos.

El distinguido Dr. D. Saturnino M. Laspiur ocupaba una de las cabeceras de la mesa, teniendo á su derecha al Dr. D. Anjel Pizarro y á la izquierda á la señora esposa de este último, hija del señor Romero.

Los platos se sucedian muy variadamente y cada vez mas la espiritualidad iba apoderándose de los alegres invitados.

Los que se hicieron notar desde un principio por su verbosidad, que á todos tocaba, fueron: la señorita Lucia Reynolds (de El Pres) y el jóven Cárlos Sosa, quien parece que tenia muchas cosas que decirla á hurtadillas.

El Dr. Laspiur y el Dr. Pizarro con sus saladas bromas, fueron los héroes de la *jornada*.

En la entretenida conversacion de la señorita Dalinda Laspiur hemos tenido ocasion de apreciar su sólida educacion y la flexibilidad de su carácter siempre amable.

A la preciosa Eloisita Romero, la notamos poco comunicativa y un tanto meditabunda durante la comida. La picarona guardaba para mas tarde su alegria; ¡cómo se conoce que algo le faltaba!—Margarita Rebollo reia mucho con Arturo Romero; no nos fué dado saber de qué hablaban.

Clotilde y Alcira Valiente Noilles parecian muy preocupadas: es que no estaba *él*, (de cada una.)

La señorita Dalinda Laspiur debe estar aun aturdida con la prolongada conversacion de Leon Rebollo. ¡Cuánto hablaron! Alejandro Murguiondo, aunque atendia mucho á su derecha, dirijia incesantes miradas al frente.—¡Qué desencanto para mas tarde!...

Tomás Rebollo estaba sério, pero como él tiene por norma que la risa y el contento no siempre deben traducirse con palabras ni con alegria en el rostro, de seguro que estaba *interiormente* muy divertido.

Se tomaron los postres, y llegó su turno al té; el Sr. Romero cedió su puesto al jóven Sosa para que fuera él quien sirviera. ¡Ay de los que deseaban tomar té! Tenia razon el Sr. Romero en negarse á ser sucedido por tan indigno sucesor en materia tan delicada. El caso es que entre preguntas de si con leche ó sin ella se pasó el tiempo, y los concurrentes pasaron á las respectivas piezas de *toillete* para en seguida ir á la sala.

Los acordes del piano, arrancados por la suave mano de la señorita Alcira Valiente Noilles y esparcidos en ondas sonoras por el recinto, empezaron á incitar á los asistentes á rendir culto á la diosa *Tersicóre*.

Despues de algunas vueltas de paseo por el salon, dió principio el baile. Vienen aqui las temporadas. La llegada de mas concurrentes cambió en parte el aspecto de los que habian ocupado asientos en el comedor.

Entra el Sr. Van-Gelderen con sus dos lindas hijas, Celina y Rosa, acompañadas tambien por su hermano Manuel, y en seguida las señoritas Faustina y Pepita Reynal, y Nieves y Justa Villanueva con sus respectivos padres.

Se baila, y se baila con entusiasmo.

La señora dueña de casa, con su acostumbrada amabilidad atiende galantemente á todos.

Margarita Rebollo dá mucha preferencia á Manuel Van-Gelderen, á despecho de Navarro.—Eloisita Romero, cambia por completo su mutismo de la mesa y está muy contenta; decididamente pasó una buena temporada con Eduardo Passo.—¡Dichoso Eduardo, si lo supieras, cuánto castillo vino al suelo con tu presencia!..

Pepita Reinal nos dejó sumamente complacidos con su amena conversacion. Es una niña muy bien educada.

Faustina es verdaderamente una poetisa. Conoce muchos versos y sabe juzgar bien. Idolatra á Mendez por su *Mendigo* y *El jazmin*, y habla de Gutierrez como de Dios, por su *Lázaro*. Con disgusto de Lucia Reynolds, Cárlos Sosa bailó muchas piezas seguidas con Faustina. No hay que tomarlo á mal, graciosa Lucia, ya sabe Vd. que *está seguro*.

Justa Villanueva cantó dos lindos trozos, que mucho gustaron. Indudablemente tiene esta niña una voz muy educada.

El Dr. Pizarro Lastra prestaba preferente atencion á Rosa Van-Gelderen, no obstante que como nos lo dijo su hermanita, recien se conocian.

Al último, pudimos apercibirnos que la simpática Lucia Reynolds no desoia las pláticas amorosas del festivo Arturo Rosan. ¡Qué temporada!..

Cárlos Chennaud, Ricardo Lavalle, Márcos Flores, Marcial Quiroga, Tagle, Aubone, Gimenez, Navarro y Damian Torino completaban el número de la concurrencia *barbuda*.

En resúmen, el baile, de familiar que se creia, pasó á espléndido (como lo decia uno de los concurrentes.) La mesa, tanto en la comida de la tarde cuanto en la cena de las dos de la mañana, no dejó nada que desear.

Cuando Febo empezaba á bañar con su luciente luz la parte oriental del horizonte, para en seguida mostrarnos su cabeza de fuego, recien se dió por terminada la reunion. La familia del Sr Romero puede estar muy justamente contenta del éxito de la fiesta, segura de que han salido todos muy agradablemente satisfechos. Es de desear que se repita pronto. ¡Ojalá que, como algunos lo piensan, pueda efectuarse otra en Abril!

Hasta entónces!

Yonis Multkay.

AÑO IV--NUM. 25 BUENOS AIRES ENERO 15 DE 1882

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA APARECE LOS DOMINGOS ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, ENERO 15 DE 1882.

FACUNDO HEREDIA

—

Novela original de J. P. de Sagasta.

—

(*Continuacion.*)

—

Este no halló que contestar: sus planes fracasaban. ¿Cómo llevar á efecto su doble crimen? La única medicina que la jóven tomaba eran pequeñas cucharadas que vaciaba y llevaba á los lábios ardientes de Maria la mano de Facundo. Este sentado á la cabecera del lecho, no se apartaba ni un segundo. Elisa y su padre tambien velaban.

Una desesperacion inmensa devoró el alma de Nicanor:—estoy perdido, pensó, mañana pasará su delirio y dirá, he ahí mi asesino! y yo iré á la cárcel. Dios mio! Dios mio!—y el miserable se mesaba los cabellos invocando un Dios que sin duda lo habia maldecido desde el cielo. Aquella noche Nicanor buscó de todos modos aproximarse á su víctima, pero la mirada de Facundo, siempre fija en él, lo hizo desistir.

Amaneció, y Maria abrió los ojos, reconociendo á su padre, á su amante y á su hermana. La fiebre habia desaparecido y la mejoria ya era un hecho.

El médico entró, pulsó á la enferma y declaró despues de haber examinado la herida, que si seguia asi estaria fuera de peligro en algunos dias mas.

Cuando la jóven vio á Facundo á su lado, el amor la ayudó á vivir, y comprendió todo lo que habia pasado entre su padre y aquel, bendijo el fatal suceso de que era víctima y halló en su alma, en lugar de ódio y venganza para su asesino, piedad y olvido. . . . . .

Algunos dias despues, cuando la cabeza de Maria pudo resistir un interrogatorio, su padre y Facundo le pidieron una

Don Máximo, tomando una mano á su hija, dijo:

—Es preciso, hija mia, que nos cuentes con todos sus detalles el suceso espantoso de que has sido víctima, el criminal está aun envuelto en las sombras del misterio y tu quizá arrojes alguna luz que la autoridad aprovechará.

La jóven se estremeció.—Yo nada puedo decirte, tatita, me he sentido herida de pronto y solo una sombra he percibido á través de una nube que oscurecia mis ojos: no sé quién es, tal vez un ladron!...

—No, un ladron no mata á una niña indefensa, la hace enmudecer por cualquier medio mientras hace su botin, pero aquí, el golpe ha sido para tí directo, y mas bien parece una venganza que otra cosa.

El rostro de Maria estaba mortal, la recordacion de aquel suceso le hacia daño.

—Y dime, hija mia, volvió á decir Quintanilla, no oiste siquiera la voz del asesino, no viste su rostro ó algo que te hiciera reconocerlo?

—Nada, en silencio sin duda llegó hasta mi y cuando sentí el golpe dí un grito que tú escuchaste; si no hubiera sido esa casualidad quizá se habria cebado dándome veinte puñaladas mas.

—Sin duda, dijo Facundo, mientras que Maria aterrada creyendo ver á Nicanor se asia de su padre, diciéndole:

No me hables mas de esto, por Dios!

Todo fué, pues, inútil, la jóven se negó á decir una sola palabra mas del horrible suceso y su padre tuvo que conformarse, asi como Facundo.

CAPÍTULO VII.

El secreto de un ángel.

Dos dias despues, Maria, siempre en el lecho, llamó á Elisa:—siéntate hermana mia, le dijo, voy á hacerte una revelacion.

Elisa miró á su hermana, el tono y la espresion de Maria la asustaban.

—Primero, quiero saber si amas á Nicanor, dijo.

—Sí, contestó Elisa cada vez mas sor-

—Está bien, ahora quiero saber si renunciarias á ese amor?

—No te comprendo.

—Vas á comprenderme: el nombre de mi asesino está aun envuelto en el mas profundo misterio; mi padre, Facundo y todos me han interrogado, desesperados de no descubrir el criminal para entregarlo á la justicia. Yo he negado todo, he dicho que ni siquiera sé como he sido herida, que nada he visto y que ignoro quién es mi asesino.

Esto es mentira, sé quién es el criminal cobarde y alevoso que ha intentado contra la vida de una débil criatura, sé quién es y podia denunciarlo ahora mismo, pero no lo he hecho, ni lo haré.

Elisa espantada oia á Maria sin acertar á comprender del todo lo que pasaba en el alma de esta.

—No lo he dicho á nadie, prosiguió la noble niña, pero á tí te lo voy á decir.

Elisa se estremeció.

—Sabes quien es mi asesino, quién mofandose de mis súplicas, de mi dolor, clavó en mi cuerpo el puñal? sabes quien? . . . ¡Nicanor!

—Ay! gritó Elisa cubriéndose el rostro con las manos.

—Nicanor, repitió Maria pálida y contraida. Yo nada le habia hecho á ese miserable, no lo amaba y ese era mi crimen, y luego, buena y cariñosa protegí la simpatia que creia deveras se despertaba en su alma de demonio hácia tí; ese fué mi delito, y se vengó como se vengan las fieras.

—Ay! volvió á esclamar Elisa, que desgraciada soy!

—No, dijo Maria, no eres desgraciada, porque tú tendrás valor para despreciar al asesino de tu hermana.

Ahora mismo le dirás de mi parte que huya de esta casa, que no lo perdono, pero que sí lo olvido, que se aparte siempre de mi vista, porque la emocion de mi corazon quizá descubriera lo que el lábio quiere ocultar. Vé, Elisa, hermana mia, tu sacrificio es necesario, ese miserable

nuestros millones; vé, hermana mia, dile lo que te digo.

Elisa enjugó sus lágrimas, salió en silencio, pero temblando, del cuarto de María y fué en busca de Nicanor. Este, inclinado y con el rostro oculto entre ambas manos, ni siquiera sintió los pasos de Elisa.

—Nicanor, dijo Elisa mirando con horror á su amante.

Este alzó el rostro.

—Nicanor, repitió la jóven.

—¿Qué dice vd, Elisa? dijo Nicanor poniéndose de pié.

Elisa retrocedió un paso, se alejaba con repugnancia y temia el contacto del asesino de su hermana.

—Traigo para vd. un recado de María.

—Recado de María! balbuceó confuso y azorado.

—Sí, oiga vd., y la jóven dijo á Nicanor: María manda decirle que huya de esta casa inmediatamente, que no perdona, pero que sí olvida, que se aparte siempre de ella, porque quizá la emocion de su corazon descubriera lo que el lábio quiere ocultar. . . . . .

Nicanor, lívido y tembloroso escuchó á la jóven, luego le tendió una mano.

—Adios, articuló.

Elisa se hizo atrás horrorizada.

—No, yo no puedo estrechar esa mano, le dijo: que Dios perdone su crímen como lo perdona María, y la jóven echó á correr.

Nicanor siguió con la vista á Elisa, hasta que se perdió en las grandes avenidas de árboles que cubrian el patio de la casa, y luego murmuró:—Su nobleza me humilla pero me salva, la obedeceré, porque de lo contrario, soy perdido y luego añadió: si pudiera darle las gracias y pedirla perdon! . . Ah! pero no, ella me manda que me aparte, tiene razon, obedeceré,—y el cobarde abandonó aquella casa despues de despedirse de Don Máximo amigablemente.

Cuando María supo que Nicanor no estaba ya allí, respiró con fuerza y dijo para si:—gracias, Dios mio! porque me habeis dado valor para ocultar su nombre, para casi perdonar su crimen, gracias, Dios mio! y la generosa criatura alzó agradecida sus ojos al cielo.

La revelacion que escuchara Elisa de los labios de su hermana habia obrado en ella una estraña trasformacion; se la veia triste y muchas veces con los ojos bañados en lágrimas, sola y aislada en medio del jardin: otras veces en la noche, despertarse sollozando, presa de horribles pesadillas, en medio de las cuales pronunciaba, huyendo delirante, el nombre de Nicanor. El cambio que se habia operado en el carácter duro y díscolo de Elisa alarmó á Don Máximo, que se propuso interrogarla.

—Hija mia, le dijo un dia que la seguia hasta el jardin, donde la jóven preferia pasar la mayor parte de su tiempo.

Elisa se volvió asustada.

—Soy yo, volvió á decir Don Máximo.

—¡Ah! que quieres?

—Quiero que me digas porque estás triste, qué tienes? por que lloras?

Elisa se cubrió el rostro con ambas manos.

—Vas á contestarme la verdad, insistió su padre, vas á decirme que ha podido cambiar tu caracter hasta el estremo de sorprender á todos.

—Yo no sé, dijo Elisa, mirando á su padre trémula, yo nada puedo decir.

—¿Luego tienes un secreto?

—Sí, pero no me pertenece.

—Don Máximo palideció intensamente, pensó con horror que talvez su hija era cómplice en el asesinato de María, y alentando apenas, murmuró en el oido de su hija: dime tu secreto, soy tu confesor, si eres culpable, encontrarás ignorada del mundo, un espiatorio á tu culpa: si eres víctima, encontrarás mi amor y mi indulgencia.

—Elisa se abrazó á su padre: júrame le dijo, que jamás sabrá mi noble hermana lo que voy á revelarte.

Don Máximo tuvo que apoyarse en el banco para no caer, lívido miró á su hija y contestó esforzándose por parecer sereno:—te lo juro.

San Martin, Enero de 1882.

(Continuará.)

NUESTRAS ALMAS

—

«Morir es dormir.»

Shakespeare.

Allí, donde los écos de la vida
Se estinguen cual las ondas en la playa,
Bajo la sombra de cipreses mústios,
Yo dormiré bien pronto, mi adorada.

Tú, que sabes amar y que has leído
De mi existencia las oscuras páginas;
Tú, que has unido á mi dolor tu suerte,
Levantando mi fé sobre tus álas;

Tú, que sabes amar, sobre mi fosa
Doblarás la cabeza desolada,
Asi como las húmedas violetas,
Para darme el rocio de tus lágrimas! . . .

Y al confiarme tus penas, con sigilo,
Del cementerio en la estension callada,
Apoyando tu frente sobre el mármol
Me diràs: «ni la tumba nos separa!» . . .

Despues los dos, al acabar tu vida,
Viageros que persiguen otra pátria,
Dejaremos la noche de la tierra
Por la risueña luz de otra alborada. . . .

Todo nos dice: mas allá! . . . las flores
Que por la tarde su perfume exhalan,
El lucero que alumbra los abismos
De los espacios, como inmensa lámpara

Y nosotros, sonámbulos eternos,
Llegaremos al fin de la jornada
Sin sentir ¡oh ternura! tus caricias,
Sin oír ¡oh consuelo! tus palabras?

Aunque la muerte, mensagera fúnebre,
Estienda sobre mi sus negras álas,
No puede separarnos ¡nunca! nunca! . . .
No puede separar á nuestras almas!

Nacieron juntas para amarse siempre,
Juntas caen y juntas se levantan,
Que si el soplo de Dios las ha ligado,
Solo el soplo de Dios puede alejarlas! . .

Son dos hebras de luz del mismo cielo
Que atraviesan unidas la borrasca:
Son dos hojas gemelas, que nacieron
Para la dicha ó el dolor hermanas!

Como van las palomas hasta el nido
Que flota acariciado por las ramas,
A nuestro corazon, las afecciones
Van anhelantes de frescura y calma.

Si el infortunio las besó en la cuna
Y si bebieron en la copa amarga,
Jamás el ódio despertó en su seno
Con su tumulto de secretas ánsias.

¿Quién podrá desunirlas? . . el sepulcro? . .
Nol. . mentira! . . No hay noche sin mañana:
Hasta la tumba misma es un capullo
Y el dolor es fecundo en esperanza! . .

Nacieron juntas para amarse siempre,
Juntas caen y juntas se levantan,
Que si el soplo de Dios las ha ligado,
Solo el soplo de Dios puede alejarlas!

LEOPOLDO DIAZ.

Enero de 1882.

RICARDO GUTIERREZ

—

(Conclusion.)

Por mi parte, no entiendo de otra manera la poesia: perdido entre la muchedumbre, mi humildad no me sustrae á la accion general y como los poetas, porque el aire envuelve á las águilas como á los insectos, sufro tambien la influencia de la época.

Leemos aun las obras maestras de las literaturas desvanecidas; nos inclinamos ante Virgilio y Horacio y todavia se encuentran algunos intrépidos que conocen las tragedias de Séneca; pero lo que el mundo moderno busca allí con preferencia, es el dato histórico, porque muchas veces un verso de Juvenal arroja mas luz sobre los dias del Imperio que un libro entero de Suetonio.

Pero acaso esos libros responden al ideal misterioso, perdido vagamente en el fondo del espíritu, que cada uno de nosotros lleva en si y que dá vida á las emociones que el espectáculo de la belleza puede despertar?

No; necesitamos sensaciones fuertes, tremendas, porque en la apatia constante de la vida moderna, la sensibilidad se embota y es necesario herir para impresionar.

Shakespeare mismo empieza á parecernos tímido. Shakespeare, á quien el siglo XVIII llamó «el gran salvaje:» si quereis gozar hoy en el drama, necesitais que se desarrolle ante vuestros ojos una de aquellas pasiones brutales, arrancadas de la vida íntima para arrojarlas sobre la escena á la voracidad de un público ávido de emociones fuertes.

Y quereis que los poetas canten idilios, sigan el curso de la luna á través del espacio, recostados muellemente en la popa de un barquichuelo, modulen cantares dulces, al pié de los balcones ó describan las plácidas escenas de la tarde, cuando la luz moribunda se disuelve entre los celages nacarados del horizonte!

No, el poeta es el pelícano, como ha dicho Musset, que arroja al mundo como pasto su propio corazon y que muere en un amor divino.

De esa escuela gigante es Ricardo Gutierrez, y por eso es grande entre los poetas! .....

VII

He hablado del hombre y del poeta; no puedo olvidar al médico, sintiendo que los límites restringidos de un artículo de este género no me permitan presentar ese carácter bajo todos sus aspectos.

Gutierrez salió de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, con la fama de un hombre de inmenso talento, pero de un estudiante poco aplicado.

Su tésis hizo época, porque todos, profanos é iluminados, se arrebataban esas páginas soberbias, inspiradas por un altísimo sentimiento de caridad y escritas con una elevacion de estilo desconocida entre nosotros.

Conocí á Ricardo en Paris, poco tiempo despues de su llegada á Europa á completar sus estudios. Ignoro si tenian razon los que impugnaban en la Escuela de Medicina su poca aplicacion, pero puedo asegurar que ningun estudiante de Paris era mas asiduo que Gutierrez á los cursos y á las clínicas de los hospitales. Ricardo ha llevado esa vida durante años, en los dos viajes que ha hecho á Europa, profundizando sus conocimientos en una especialidad que transforma al médico en un agente divino, las enfermedades de niños.

Casi todos los dias, despues de haber recorrido tres ó cuatro hospitales en las horas de la mañana, se reunian á almorzar en un pequeño restaurant del barrio latino, frente al Odeon, Ricardo Gutierrez é Ignacio Pirovano, ese otro predestinado á dar gloria á su patria en el campo de la ciencia. Allí cambiaban sus observaciones, discutian sus dudas y se cimentaba esa amistad estrecha que solo se desarrolla vigorosa al amparo de la estimacion recíproca.

Cuantas veces Pirovano, á quien por cierto jamás se ha tachado de falta de constancia en el estudio, me hablaba de los profundos conocimientos de Ricardo!

Si Gutierrez, en vez de dedicarse á la vida de sacrificios, que es la parte del médico en la tierra, hubiera seguido otra direccion cualquiera en las letras ó en las artes, siempre habria sobresalido, porque hay espíritus que se ahogan en la mediania y que se consumen en el anhelo de una curiosidad implacable.

Gutierrez ha conseguido, con una constancia admirable, adivinar en los niños hasta el mas leve sufrimiento escondido en esos cuerpos débiles como el tallo de una flor. Mas de una vez lo he visto observar el quejido de un niño y por él deducir que dolor lo mortificaba; sin embargo, Ricardo sostiene que en esas adivinaciones, los médicos quedan muy atrás de las madres.

VIII

Creo sinceramente que si Ricardo hubiera muerto, todos los argentinos tendrian su nombre incrustado en la memoria para repetirlo en los momentos en que se habla de las glorias nacionales.

Tengo fé en la sinceridad de mi entusiasmo, porque antes de conocer al hombre, veneraba al poeta. Hoy me liga á Gutierrez uno de esos vínculos que solo puede desatarlos el cansancio de la vida ó el olvido eterno de la muerte. Pero cuando recuerdo que ántes de ver en él un hermano, veia solo un espíritu luminoso que subyugaba al mio, lo dominaba con el despotismo irresistible del génio, siento henchirse de orgullo mi corazon, porque he sabido despertar en el alma del gran poeta un afecto sincero y leal.

Dedo confesar mi impotencia; cuando empezé á escribir este artículo, destinado á la vida efímera y fugaz de un diario, pensé hacer un retrato de Gutierrez, venciendo mi pasion por el escritor y mi amistad por el hombre. No lo he podido conseguir: á medida que esa fisonomia noble, franca como la mirada de un niño, leal como el cariño del hermano, se ha ido desarrollando ante mí, la idea preconcebida, la forma, el estilo elegido, se han desvanecido y solo he visto como fuente, mi corazon palpitante de afeccion y mi espíritu entusiasmado!...

Ricardo Gutierrez es una gloria argentina y cuando cantan en mi oido algunas de sus estrofas, pienso en el porvenir, la patria eterna de los espíritus elevados y pienso en mi patria que será grande en el mundo de la inteligencia, solo por el esfuerzo gigante de esa alma iluminada.

MIGUEL CANÉ.

UN BESO

¡Un beso! emocion divina
Que en la vida disfrutamos:
Cita que se dan dos almas
Para encontrarse en los lábios.

G. GUTIERREZ GONZALEZ.

UN SUSPIRO

Si las almas se dan cita
Para encontrarse en un beso,
En un suspiro se aplazan
Para juntarse en el cielo.

J. M. VERGARA Y VERGARA.

UNA LAGRIMA

Si un beso á las almas cita,
Y un suspiro las aplaza,
Lo que deveras las une
Para siempre, es una lágrima.

J. M. LLERAS.

EL SECRETO

—

(FANTASIA)

—Apuesto doble contra sencillo—dijo Edmund, escanciando una copa, á que ese pillo de Bantz, se va á quedar dormido cuando estemos en lo mejor del festin.

—Ha bebido un barril de cerveza—profirió Crowford—sin contar con la botella de *gin* que se ha echado entre pecho y espalda.

—En todo Limerick—añadió Bertall, no hay un admirador mas ferviente de Baco que él. Y es fuerte como un *londinense*, jamás le he visto ébrio.

—Pues es preciso que esta noche ruede debajo de la mesa—murmuró George—será divertido verle borracho. Que gestos hará!

—Lo ois camarada? Es preciso que bebas.

Bantz, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillon, parecia entregado á profundas reflexiones.

Ni un gesto, ni un movimiento que revelara que habia escuchado las últimas palabras.

Crowford se le acercó con un jarro de cerveza.

—Eh! Bantz!—le gritó al mismo tiempo que le daba un golpecito en el hombro, en que demonios piensas?

Bantz se enderezó y dirijió á todos lados miradas estrañas.

—Ah! ah!—dijo riendo como un idiota no ha terminado la orgia? Y debe ser tarde, muy tarde. Tal vez la hora en que aparecen los espectros, los horribles espectros rojos ¡ah! ah! y soltó una convulsa carcajada.

—Déjate de espectros y bebe.

No se hizo de rogar y apuró el contenido del jarro, de un trago.

—Bebed á mi salud, rey de los beodos! le dijo Edmund presentándole un vaso de rom.

—Otra copa, valiente Bantz.

—Otra!

—Otra!

—Otra!

—Sí, sí, dadme de beber. Quiero olvidar el recuerdo de aquella noche de sangre. Dadme de beber! Dadme de beber! Me abraso . . . . mis piernas se niegan á sostenerme. Ah! ah! miserables, me habeis emborrachado para arrancarme el secreto de mi crimen! De mi abominable crimen! Pues bien sabed que yo fuí el asesino de Margaret!

—Tù! exclamaron todos retrocediendo un paso ante el aspecto siniestro de las facciones de Bantz.

—El alcohol, es la voz de la verdad! El borracho no es otra cosa muchas veces que un instrumento de que se vale el demonio de la *Fatalidad*, para revelar crímenes que solo han tenido por testigos las sombras de la noche. Ah! ah! ois el ruido de sus pasos? La hora de la expiacion ha sonado en la eterna clepsïdra del tiempo.

Vedlos ahí, á los espectros, á los horribles espectros rojos.

Paso, miserables, paso á los mensajeros de la muerte!! y Bantz con los cabellos erizados y los ojos espantosamente abiertos, estendió los brazos como si quisiera estrechar á alguien entre ellos.

Despues vaciló y cayó al suelo sin sentido.

Todos se inclinaron sobre el cuerpo del infeliz Bantz.

Habia muerto.

MATILDE ELENA WILL.

Enero de 1882.

SUELTOS

—

Muchas damas intelijentes en el manejo de la aguja aprontan sus trabajos para la próxima Exposicion. Entre estos llamará notablemente la atencion una obra magnífica de la señora Josefa Aguirre de Vassilicós.

Supera en mérito y en belleza á la mayor parte de los trabajos debidos á la delicada mano de esta señora.

Sabiendo esto puede juzgarse si será digno de admiracion el que mencionamos.

—

Por gusto de variar de tema voy á poner en estos sueltos una cartita en verso que encontré dias pasados en el muelle de pasajeros.

Supongo que la habrá perdido algun viajero.

Dices que no me quieres,
Pero es mentira;
Lo leí de tus ojos
En la pupila,
Cuando á mi hermana
Le dijiste sonriendo
Una patraña.

¡Jesus! porque unas flores
Le di á un amigo
Te muestras enojado?
¡No seas niño!
Mira, los celos
Cuando son infundados
No tienen crédito.

Asi que estas cuestiones,
Señor Don Nécio,
Nunca deben tratarse
Tan á lo sério,
Pues da vergüenza
Ocuparse un momento
De estas zonceras.

Pero quiero decirte
(Entre paréntesis)
Que no muestres enojos
Cuando haya gente,
Y si lo haces,
Te juro que en mi vida
Volveré á hablarte.

Dices que no me quieres,
Pero es mentira,
Lo leo de tus lábios
En la sonrisa;
Mira, te vendes,
Y muy mal desempeñas
Esos papeles.

Sé franco, tú conmigo
Nunca te enojas,
Porque te es imposible
Hacer tal cosa,
Así, te ruego
Que vengas esta noche
Souriente y bueno.

Formaremos castillos
Con luz de cielo,
Aunque ellos los disipe
Lijero el viento.
Dirás «te adoro»
Y verás un poema
Sobre mis ojos.

No es eso mas amable
Que hacerse el sério

Y marcharse temprano
Como un zopenco?
¡No seas niño,
Y al toque de oraciones
Ven hoy, bien mio!

BLANCA.

—

Una porteña hábil pinta actualmente un precioso cuadro que representa «Un entierro en los bosques.» Si lo concluye á tiempo lo veremos en la Exposicion.

Segun opiniones competentes, es una obra notable.

—

Cuentan las crónicas sociales que un viudo acaudalado y con setenta inviernos, contraerá matrimonio en estos dias con una verdulerita del mercado del Plata, de diez y seis primaveras, muy graciosa, muy ñata y muy rosada.

Hace bien.

—

Hay ocasiones en que es mas fácil fabricar un vestido con una tela araña que cuelgue del techo, que escribir un párrafo *medio* digno de leerse, y en tal caso lo mas sensato es poner punto final.

Lo pongo.

LEONOR.

Enero de 1882.

RAFAGAS

—

He llorado mucho desde aquel dia.

Te acuerdas, A..? ... ¡Oh! la suerte ha sido implacable! ... separó nuestros cuerpos, tus lábios de mi frente, y mi mano de tu corazon. Ella nos separó en aquella hora bendita.

Y bien ¡oh dolor, no has podido completar tu obra, porque nunca podrás separar nuestras almas! ..

***

Un dia vagaba sin rumbo.

La noche estendia sus álas como una inmensa ave negra.

Las golondrinas se despedian de la luz y los árboles del jardin se agitaban en la sombra....

Una azucena cubierta de chispas de rocio alzaba su naciente capullo.

Yo me incliné á besarla y del fondo de sus hojas pálidas como tu frente salió volando una mariposa blanca.... Voló un instante y se perdió á lo léjos...

Y mi alma me dijo entónces: «yo soy esa flor, abandonada y huérfana. Yo no tengo álas, para volar á su lado siempre! siempre!

Para volar al lado de su alma: la mariposa blanca!» ...

***

Muchos dias han pasado desde entonces: muchos y largos dias!

El tiempo, peregrino que marcha sin reposo, ha dejado una arruga prematura en mi frente y muchas tristezas en el fondo del cáliz de mis sueños! ...

Marcho, marcho siempre....

A veces me detengo un instante y vuelvo la cabeza fatigado y anhelante para contemplar por última vez los árboles del camino ... Me detengo y miro...

Una fuerza me empuja con su brazo desconocido y un acento que no es de la tierra me dice: «¡anda! ... ¡anda!» ...

Ya percibo la voz.... escuchas? «Anda! ... ¡anda!» ...

Ya inclino la cabeza agobiada por el peso tremendo y sigo.... Adios! ...

ACHAVERUS.

Enéro de 1882.

DON PABLO DE JÉRICA

—

Nació en Vitoria el dia 15 de Enero de 1781. Sus padres, que habian adquirido con su industria y comercio un caudal regular, le dieron una educacion correspondiente á su clase, confiándole al cuidado de los mejores maestros de primeras letras.

Acabada la gramática, estudió la filosofía con los frailes de Santo Domingo de Vitoria, y los primeros años de las leyes romanas en la universidad de Oñate. Negóse empero con resolucion á proseguir sus estudios fundándose en que, siendo hijo primogénito de una viuda, era mas natural seguir en su casa el comercio que hacerse clérigo ó abogado. Así pues pasó algun tiempo dedicado al comercio, pero entretenido, á hurtadillas, cuantos ratos podia, con la lectura de obras españolas y francesas, y en especial de los poetas castellanos de mejor nota, así antiguos como modernos. Este estudio le indujo á probar sus fuerzas, y á hacer poco despues algunos ensayos en varios géneros de poesía, en los que descubrió en sí mismo una gran facilidad para hacer versos. Tradujo en romance endecasílabo la mayor parte de las Heroidas de Ovidio. Los aplausos con que fueron recibidos esos primeros ensayos y traducciones acabaron de fijar su aficion á la poesía, y le estimularon á salir de Vitoria adonde pudiese ver y aprender mas. Con este motivo pasó á Cádiz, pretestando dedicarse al comercio marítimo. En aquella ciudad fué desde 1804 testigo de grandísimos acontecimientos, á saber: de una epidemia horrorosa y de la funesta batalla de Trafalgar. En estas circunstancias tan contrarias al comercio, se gozó de un tiempo que daba mucho campo á su imaginacion, y le permitia dedicarse al estudio. Se dedicó pues en aquella época al ingles, al italiano y al portugues; y compuso algunas de las poesías que conservó é imprimió despues.

En 1808 la invasion de Bonaparte originó en España una revolucion que condujo á la isla Gaditana una gran parte de los literatos españoles. Jérica aprovechó esta ocasion para darse á conocer, desde el principio de aquella época, en muchos artículos, y no pocas composiciones poéticas que hizo insertar en los periódicos publicados allí en gran número, y para entablar relaciones literarias que despues le ayudaron mucho á formar su gusto.

Los sucesos favorables de la guerra de la independencia le permitieron ir á la Coruña, en donde permaneció hasta que la Península se vió libre del yugo frances; y publicó igualmente en los periódicos de aquella ciudad muchos artículos y algunas composiciones en verso. Fué secretario de la junta de censura de Galicia.

En la persecusion que sobrevino contra los constitucionales en 1814, cuyo partido habia abrazado con calor, fué sentenciado á destierro y presidio. Ya para entonces se hallaba refugiado en Francia en compañia de otros muchos amigos y deudos suyos. Esta larga emigracion le restituyó al trato de las Musas el tiempo que pasó en Bayona y Burdeos, y le proporcionó la ocasion de traer á la memoria y trasladar al papel algunas composiciones que se le habian estraviado, añadir otras que le inspiraba su situacion, y limarlas todas. Pero la persecucion que en el año de 1815 suscitó en Paris el embajador español contra algunos emigrados de su nacion, le fué á buscar tambien á Jérica á su retiro:

fué conducido de cárcel en cárcel por los gendarmes hasta Pau, donde de órden del prefecto pasó tres meses en una prision. No bien recobró su libertad cuando se aprovechó de ella para ir á Paris, en cuya capital permaneció por espacio de tres años, aplicado á oir á los mejores profesores y asistir á las bibliotecas.

Su vuelta á España en el año de 1820 no le valió ningun empleo del gobierno. Queriendo seguir en una vida independiente, se mantuvo en su casa. Fué nombrado sucesivamente comandante de los voluntarios constitucionales de Vitoria, individuo de censura y de la diputacion provincial de Alava, y en 1823 alcalde constitucional de Vitoria. A la entrada de los franceses fué puesto preso. Libre de esta persecucion, tomó el partido de permanecer en su casa, aplicado al estudio, y no quiso emigrar á Francia ó á Inglaterra, por estar harto de emigraciones y por no dar con eso á sus enemigos la ocasion de hacer embargo y confiscacion de sus bienes. Pero amenazado con una nueva y mas poligrosa persecucion, se determinó á sacar pasa-porte, como lo verificó para ir á Francia.

Desde que se vió en Francia, pensó seriamente en recoger sus fondos y darles una segura colocacion, cuyo proyecto vino á facilitar la muerte de su madre. Compró hacienda cerca de Dax, y se casó con una francesa, despues de haber obtenido del rey de Francia carta de naturalizacion con todos los derechos anejos á la calidad de frances.

Sus composiciones poéticas salieron á luz, reunidas por primera vez en Valencia, año de 1814, bajo el título: *Ensayos poéticos*: se reimprimieron despues en Paris en 1817; y hallándose ya muy escasas estas dos primeras ediciones, se publicó la tercera con el título: *poesías; nueva edicion, corregida y considerablemente aumentada sobre las anteriores*, Burdeos 1831, 18°, y en cuyo prólogo se han dado algunas noticias de la vida política y literaria del autor, de las cuales nosotros hemos estractado los presentes apuntes biográficos.

Ademas de sus poesías, Jérica ha publicado una *Coleccion de cuentos, fábulas, descripciones, anecdotas, diálogos*, etc, *sacados de comedias antiguas españolas.*

La mayor parte, á la par que la mejor de sus composiciones poéticas, consiste en *fábulas, cuentos jocosos y epigramas.* Su ingenio fácil, festivo, libre y mordaz se brindaba de buen grado a estos géneros de composicion, en los que supo lucir gracia, soltura, malicia y agudeza, aunque es forzoso confirmar lo que ha advertido, al publicar sus poesías, el mismo poeta: «que no aspira al mérito de un autor original.»

UNA CONTESTACION DE QUEVEDO

—

Sabido es que este eminente escritor satírico habia sido siempre enemigo del matrimonio, enemigo implacable y mordaz.

Su *sátira contra el matrimonio* y otro trabajo suyo intitulado *El siglo del cuerno*, no seria posible publicarlos, sin que se levantase una griteria infernal.

¿Querrá decir esto que los modernos son mas morales que sus antepasados?

¿O simplemente que son mas hipócritas?

Averígüelo Vargas y...vamos al asunto.

Mordacidad tan sin ejemplo exasperó por fin al bello sexo y se tramó una conspiracion femenina para casar á Quevedo.

Tanto se hizo que se consiguió comprometer al soltero recalcitrante y burlon.

La condesa—duquesa de Olivares, doña Inés de Zúniga, que encabezaba esta conspiracion le pidió á Quevedo que señalase las dotes que habian de adornar á la presunta nóvia.

Quevedo, batiéndose en retirada contestó:

—«Ahora diré como quiero que sea la mujer que Dios me diere en suerte: noble, virtuosa y entendida; ni fea, ni hermosa (entre ambos extremos prefiérola hermosa, porque es mejor tener cuidado que miedo, y tener que guardar que de quién huir.) Ni rica, ni pobre; que ni ella me compre á mí ni yo á ella. La apetezco alegre; que en lo cotidiano y en lo propio no nos faltará tristeza á los dos. No la quiero niña ni vieja, que son cuna ó ataud; porque ya se me han olvidado los arrullos, y aun no he aprendido los responsos. Daria infinitas gracias á Dios si fuese sorda y tartamuda. Pero despues de todo, estimaré en mucho la mujer tal como la deseo, y sabré sufrir la que fuese como yo la merezco.—Bien podré ser casado sin dicha, pero no mal casado.»

Se casó en efecto Quevedo á la edad de cincuenta y dos años con la señora de Cetina, pero poco tiempo duró la union, pues su esposa murió á los cuantos meses.

Talvez no dejó de ser parte de este fin prematuro algun epigrama del mordaz escritor.

El que refiere á los lectores de *El Album* este episodio de la vida de Quevedo opina en esta materia lo mismo que él; empero, hay dos cosas en que disiente.

Si alguna vez lo casan, no la desea sorda y turtamuda, porque asi se complica lo que trata de remediarse: una turtamuda habla doble y una sorda es causa de muchos gritos, por cuyo se contentaria el pobrecito que esto escribe con que solo le faltara la lengua: de esta guisa habria silencio en el hogar y buenas reputaciones en el barrio.

En cuanto á que ni rica ni pobre, protesta, porque es mejor que ella lo compre a uno, que no un tercero á ella por ser pobre; y ademas, lo que abulta no daña y entonces llegando la ocasion seria bien natural y verdadera aquella expresion tan comun en los casaditos de vicios:—«*¡Tan rica, mi negra!*»

IGNOTUS

Enero de 1882.

ROSA

Jornada Primera

—

ESCENA PRIMERA

Los dos miedos

Julio.—Rosa.

I

Al comenzar la noche de aquel dia,
Ella, léjos de mí,
«¿Por qué te acercas tanto? me decia
¡Tengo miedo de tí!»

II

Y despues que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí:
«¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí!»

ESCENA II

A rey muerto rey puesto

Julio.—Rosa.

Murió por tí; su entierro al otro dia
Pasar desde el balcon juntos miramos;
Y espantados tal vez de tu falsía,
En tu alcoba los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiescat* se oia. Al verte triste,
Yo la trenza besé de tus cabellos,
Y «¡traicion! ¡sacrilegio!», me dijiste.
Seguia el *de profundis* y gemimos.
El muerto y el terror fueron pasando.
Y al ver luego la luz, cuando salimos,

«¡Qué vergüenza!» exclamaste suspirando.
Decias la verdad. ¡Aquel entierro!...
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...
Despues ¡la oscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traicion! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

ESCENA III

La última palabra.

El amante olvidado.—Rosa.

Cuando yo con el alma te queria,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaria
En tí y por tí la humanidad entera?...

ESCENA IV

Hastío

Julio.—Rosa.

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavia
La soledad de dos en compañia.

ESCENA V

Las dos copas.

Un médico.—Rosa

I

Le dijo á Rosa un doctor:
«Se curan de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral.
«Yo, aunque el método condene,
Lo dulce en lo amargo escondo:
Esta copa es la que tiene
Dulce el borde, amargo el fondo.
«Y por si quiere esa boca
Cumplir una vez mi encargo,
Tiene esta segunda copa
Dulce el fondo, el borde amargo.
«Dios, sin duda, así lo quiso,
Y esto siempre ha sido y es:
Tomar lo amargo es preciso,
Bien ántes ó bien despues.»

II

Rosa luego, de ánsia llena,
Dice en su amoroso afan:
«Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo van.
«Merced á doctor tan sabio,
Ve, aunque tarde, mi razon,
Que aquello que es dulce al lábio
Es amargo al corazon.
«Yo que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera,
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.
«Fuí dejando, por mejor,
Lo amargo para el final,
Y esto, segun el doctor,
Sabe bien, mas sienta mal.
«Cumpliré una vez su encargo;
Tú, copa segunda, ven,
Pues tomar ántes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bien.
«¡Oh, cuán sábio es el doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral!»

ESCENA VI

Un drama de familia

Julio—Rosaura—Rosa (*oculta*).

I

Siendo Rosa Valdés, segun mi cuenta
(Si bien por escepcion un poco rara),
Una mujer hermosa de cuarenta,
Que no tiene veinte años en la cara,
Casi es su otoño una estacion florida,
Lo mismo que lo fué su primavera,
Que es mas bella tal vez que la primera
La juventud segunda de la vida.
De Rosa la hermosura es tan cumplida,
Que cual si fuese un velo
Cuando lo suelta al viento, toda entera
La oculta la madeja de su pelo,
Pelo que todavia
Un torrente sería
Del ébano mas puro, si no fuera
Porque á veces, si lo ata ó lo desata,
Tiene ¡oh dolor! que eliminar severa
Unos hilos de plata
Que matizan su negra cabellera.
Lozana como un fruto ya maduro,
De buena fe aseguro
Que si á los quince Abriles encantaba
Y á los veinte admiraba,
Seguia á los cuarenta mereciendo,
Pues toda la ciudad aseguraba
Que Rosa (y es verdad) más bien ganaba
Que solia perder, envejeciendo.

II

Pero la pobre Rosa
Es mas que desgraciada, está celosa;
Y ya á la languidez de sus miradas
Se une de dia en dia
En su rostro de madre una sombría
Palidez de facciones fatigadas;
Pues de cierta ilusion roto ya el prisma,
Su pena, más que pena, es un martirio,
Y vive en una especie de delirio
En que duda de todo y de sí misma.
La idea de su edad la atormentaba,
Pues aunque nunca se la oyó una queja,
Por momentos notaba
Que el amor de los otros la dejaba;
Aunque el que ella sintió jamas la deja...
¡Nada á madama Sevigné curaba
Del inmenso dolor de hacerse vieja!

III

Mas como ya sabemos
Que los años que cuenta,
Aunque parecen veinte, son cuarenta,
Haciendo Rosa de dolor estremos,
Asegura que Julio es un infame
Porque la va olvidando.... Mas ¡Dios mio!
Despues de mucho tiempo, áun cuando se ame,
En el fondo de todo ¿no hay hastío?
¡Sí y por eso, á pesar de sus traiciones,
Es, ha sido y será Julio Montero
Un gentil y cumplido caballero,
Que vive segun Dios y sus pasiones.

IV

Como es Julio una débil criatura,
Que en sus varios amores,
Gustando del amor por sus favores
(Como hombre q' cree sólo en la hermosura,
Como se cree en la esencia de las flores),
Olvida despues que ama,
Y ama despues que olvida.
Mudar, siempre mudar, ¡ley de los seres!
Dulce ley que fue el norte de su vida,
Pues poco escrupuloso en sus deberes,
Practicando esa máxima sabida
De que es fuerza adorar á las mujeres,
Despues que á Rosa amó con fanatismo
Adoró de Rosaura los encantos.
Mas ¿fué en Julio cinismo
Hacer lo que hacen tantos?
No lo creo, sabiendo por mí mismo
Q' á quien más tienta el diablo es á los santos.
Por eso, aunque la madre es tan hermosa,
Ve Julio que es la hija hasta divina,
Y, en consecuencia, á Rosa
Con Rosaura reemplaza,
Pegándose aquel hombre á aquella raza,
Como se pega el muérdago á la encina.

RAMON DE CAMPOAMOR.

(Continuará.)

MISCELANEA

—

Hoy tienen lugar en el pueblo de San Martin las fiestas cuyo programa vá en seguida:

A las 11 de la mañana, funcion religiosa.

A las 3 de la tarde, rifa de valiosos objetos, á beneficio de la obra del nuevo altar mayor para la iglesia parroquial.

A las 6, corrida de sortija.

A las 9 de la noche, retreta en la plaza.

—○—

De ochenta relojes que se rematarán **en el Monte** de Piedad, en los dias 16, 17 y 18 del corriente, setenta y ocho pertenecen á literatos.

—○—

Hé aquí los párrafos de una carta en que se anuncia la aparicion de un interesante libro cuyo autor es el notable escritor italiano Minghetti:

—«Entre las novedades político-literarias de esta quincena, merece ser mencionado un escrito que acaba de ser publicado por el diputado Minghetti sobre un asunto que, como se acostumbra decir, es de *palpitante actualidad.* El libro fué escrito para la Italia, pero puede ser aplicado á todos los paises en que hay parlamento, pues el peligro á que el escrito alude es mas ó menos grave en todos los Estados regidos por el sistema representativo. El libro se titula: «*Los partidos políticos y su ingerencia en la justicia y en la administracion.*»

«El Sr. Minghetti, además de notable estadista, es un elegante y valiente escritor de economia política y de derecho público, y el libro de que hablo tiene por fin conjurar el gran mal que ya se va infiltrando tambien en Italia,—la indebida y perniciosa accion de los partidos políticos en las órbitas de la justicia y de la administracion pública. Dice el escritor, que uno de los grandes cooperadores de esa abusiva degeneracion, es el diputado, cuando, dejando en olvido la noble mision de ser el intérprete de los intereses generales, se convierte en órgano de intereses locales, en protector, defensor ó agente de las conveniencias particulares de los que le dieron un lugar en el seno de la representacion nacional.

«El ministerio que no tiene mayoria segura que sustente sus ideas, trata de suplir esa falta granjeándose uno por uno el voto de esos diputados, distribuyéndoles honores, favores y valimento. De ahi una indebida ingerencia del diputado en las diversas reparticiones del Estado, y por fin, en el propio santuario de la justicia, y de ahí la corrupcion en las instituciones, la inmoralidad y el descrédito de los agentes de la autoridad pública. Muchos hechos podria el escritor especificar para probar esa tésis, pero ha preferido dar á su libro un aspecto de generalidad, sugiriendo al final algunos medios de obstar á esa invasion partidaria.»

—○—

De los cuatro mil ejemplares de que constaba la última edicion del «Almanaque Sud Americano,» no han quedado ni cincuenta en los estantes de las librerias.

Aunque muy de tarde en tarde, suele probarnos el público que, en la adquisicion de los libros, no siempre *hay gustos que merecen palos.*

—○—

El 29 del corriente darán principio las fiestas que anualmente tienen lugar á beneficio de la Sociedad filantrópica francesa.

—○—

Ha fallecido en Roma el cardenal Borromeo uno de los príncipes mas conspícuos de la curia romana.

Es el vigésimo cardenal que muere desde la consagracion de Leon XIII.

—○—

Muchos acontecimientos conmueven diariamente los cimientos en que se apoya la moral de nuestra sociedad.

Un reciente suceso ha venido á poner de manifiesto esta asercion.

Trátase, nada menos, que de una gavilla de pequeños ladronzuelos que, favorecidos por su edad, se lanzaban sin temor en busca de objetos que pudieran satisfacer su sed de apoderarse de lo ageno.

Asi lo hacian pues, dirigiendo sus tiros, no protejidos por las sombras, sino bañados por la esplendente luz del sol, y teniendo por gefe á una pudorosa doncella de 60 años, que con la esperiencia de la edad y las mañas de su carácter aventurero les infundia un valor á toda prueba y una audacia sin límites.

—

Para distinguirse—á manera de los antiguos *tomadores del dos* y siguiendo el vuelo de los progresos modernos en el arte de la *rapiña*, se llamaban por medio de diversos apodos, entre los que sobresalian: *Presidente, rascabuche, lechuza,* etc.

Luchas titánicas se han sostenido en esa *institucion* desde sus primeros albores, con el objeto de nombrar su correspondiente Director, quien debia llevar el título de *Gobierno.* Ultimamente apareció en la escena y contuvo el furor de la contienda un jóven de 11 años que, por su bravura y atrevimiento, obtuvo los honores de aquel título.

Badia, que asi se llama nuestro héroe, seguia con viento próspero sus propósitos, cuando una imprudencia hizo que la Policia tomara cartas en el asunto.

Hoy se encuentran en el Departamento central todos los miembros que componian la asociacion de los pequeños cacos.

—

No entraremos á hacer comentarios de este hecho, porque seria cansar demasiado la atencion de nuestros lectores; vamos simplemente á agregar dos palabras, con el laudable fin de mostrar á los padres desnaturalizados el abismo en que caerán sus hijos sino cortan de raiz las tendencias funestísimas de los primeros años, librándolos de los malos ejemplos que corrompen su tierno corazon.

A los padres corresponde velar por el porvenir de sus vástagos para evitar los malos resultados que cada dia estamos palpando y que son consecuencia del olvido criminal de sus deberes.

Es necesario que se penetren bien de la conveniencia que hay en educar á los niños en la escuela de la virtud y del trabajo que los preserve de los vicios que se adquieren sin su auxilio, pues el abandono en que viven contribuye poderosamente á hacer de un jóven de buenos sentimientos y de corazon sano un hombre completamente perjudicial á los demas.

—

Tenemos innumerables Establecimientos de Educacion que el Estado costea para que las familias pobres puedan, sin erogacion alguna, poner á los suyos en condiciones de ser útiles á la sociedad.

—○—

En breve aparecerá un nuevo diario con el título de «El Comercial de Buenos aires.

Será dirijido y redactado por el señor Lowe.

Segun el prospecto, dará un sumario general y completo de las noticias del mundo, ocupándose con preferencia de todo aquello que afecte al comercio, la marina y la industria.

—○—

Se ha resuelto que la bandera oriental que se use en la futura Exposicion sea tejida con capullos de seda uruguaya.

Es una excelente idea.

AÑO IV--NUM. 26 BUENOS AIRES ENERO 22 DE 1882

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA APARECE LOS DOMINGOS ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, ENERO 22 DE 1882.

FACUNDO HEREDIA

—

Novela original de J. P. de Sagasta.

—

(*Continuacion.*)

—Yo he sido muy mala, prosiguio Elisa, yo siempre he tiranizado á Maria, primero, por que tu la amabas mas, despues, por que era mas bella que yo y sus triunfos me envenenaban el alma, y por último, por sus amores con Nicanor á quien yo amaba: la jóven respiró. Su rompimiento con este, prosiguió Elisa, y su inclinacion á mi me hicieron feliz: me creí amada, y te confieso, pero te confieso con vergüenza, con remordimiento, di pábulo con mis palabras al ódio que nacia en el alma de Nicanor; yo afée el proceder de Maria diciéndole, es una coqueta sin corazon, y cuanto la malignidad del alma puede sujerir. Nicanor oia mis palabras como oia Eva las tentaciones del demonio; comenzó á odiar á Maria, haciéndome creer que se moria de amor por mí. Yo no aborrecia á mi desgraciada hermana, pero me era absolutamente indiferente, habia logrado el cariño de Arévalo y estaba satisfecha mi ambicion. Un dia, padre mio, prosiguió la jóven conmovida, desperté aterrada, mis ojos vieron á mi hermana empapada en su inocente sangre: el asesino quedó burlado, erró el golpe y Maria tornó á la vida, entonces durante el largo martirio de la víctima, sentí despertarse en mi corazon un sentimiento de ternura y compasion hacia ella: sin esplicarme la causa, sentí repugnancia de mi amor: el asesino de María aun permanecia oculto, la noble niña se obstinó negando haber conocido á su matador, y sin embargo, padre mio, bien cierta estaba de su nombre y de quien era.

—Oh! su nombre! su nombre! gritó Don Máximo fuera de sí asiendo á su hija por un brazo, dime su nombre, para arrancarle á ese mónstruo el corazon.

—Sí, sí, te diré su nombre, pero no te vengarás, por que Maria no lo quiere...y Elisa pronunció el nombre de Nicanor, con voz destallecida.

—El! murmuró Don Màximo, estupefacto.

—Sí, él, articuló la jóven dejando correr sus lágrimas libremente.

—Mil veces lo pensé, murmuró Qintanilla, mil veces lo pensé, pero luego rechacé la idea, era espantosa: aquella figura de muñeco era increible que abrigara un corazon tan perverso, y Don Máximo, sin cuidarse de la presencia de Elisa se alejó murmurando: mónstruo cobarde, que caro vas á pagar tu crimen! No tendré clemencia de tí, eres una fiera, y como tal, morirás. Yo nada he prometido á mi Maria, soy, pues, libre para ejecutar; mañana estarás en la cárcel, y Quintanilla frenético, casi demente, entró á su cuarto, se sentó delante de su mesa de escribir y comenzó á redactar una nota para la autoridad competente, con el objeto de que inmediatamente se constituyera en prision á Nicanor Arévalo por tener en su poder la prueba del asesinato frustrado en la persona de su hija....

Don Máximo selló el oficio y lo remitió á la ciudad.

. . . . . .

CAPITULO VIII

La nobleza que salva.

Dos meses habian transcurrido despues de los últimos sucesos.

Nicanor yacia en un oscuro calabozo de la cárcel; el remordimiento, las privaciones y el encierro absoluto habiando concluido de una manera increible, era casi un espíritu: estaba pálido como la muerte, un círculo oscuro velaba sus grandes ojos de color leonado: habíale crecido la barba y el bigote, variando por completo la espresion audaz é impertinente de otros tiempos.

Sentado en un rincon del calabozo, sobre un monton de paja que le servia de lecho, Nicanor, con el rostro oculto entre ambas manos, sollozaba. La causa, una vez iniciada por Don Máximo, fué vista; comenzaron las indagaciones, prestó declaracion Quintanilla, Elisa, y por último, Maria: la jóven confusa mintió, pero su lábio trémulo y su voz conmovida la delataron, y su noble pensamiento fué comprendido por todos, sin embargo, ella juró y volvió á jurar que no conocia á su asesino.

Don Máximo, Elisa y todos miraban asombrados á la generosa niña.

Durante el interrogatorio mil veces Maria tembló, y luego sin vacilar, volvió á decir casi serena:

—Él puede confesar todo lo que quiera, sí, está demente, pero yo no lo haré jamás, puesto que ya he dicho á estos señores y á vos, padre mio, que ignoro quien ha intentado contra mi vida: nada he visto y solo recuerdo el golpe que me aturdió y el grito que lanzé.

Ni una palabra mas agregó la jóven y todos, juez y Escribano, padre, hermana y amante, tuvieron que respetar y aceptar sin remedio lo que la jóven decia. La causa siguió instruyéndose y dos meses despues Nicanor convicto y confeso, fue condenado definitivamente en última instancia á seis años de presidio y trabajos públicos. Maria lo supo y su alma purísima, incapaz de la venganza, sufrió realmente.

Es mas desgraciado que culpable, se dijo, y comenzó á buscar un medio para salvar á su asesino. Un dia se levantó muy temprano y escribió un billete que decia así:

«Facundo mio:»

«Me voy á Buenos-Aires, dentro de algunos dias volveré para no separarme jamás de tí, piensa en tu Maria y ruega por ella; voy á salvar una alma que se pierde, una vida que aun puede ser útil y benéfica. Adios, solo tuya.»

Maria.

Entregó el billete á un peon, dispuso todo para la partida y dos horas despues se ponia en camino, resuelta y sublime, con su gran pensamiento.

Don Máximo estaba en la Ciudad é

ignoraba la venida de sus hijas, pues Elisa acompañaba á María.

Aquella noche las jóvenes durmieron en la estancia por donde les era costumbre pasar en todos sus viajes, y al dia siguiente ambas, resueltas, se despertaron al rasgar la aurora, se ató el carruaje y emprendieron de nuevo la marcha.

A las dos de la tarde llegaron á la ciudad. Don Máximo se sorprendió no poco, María y Elisa mintieron, dijeron á su padre que habian tenido miedo, que se hallaban solas, y el bueno de Quintanilla perdonó y casi creyó lo que sus hijas le decian.

Volvamos á Nicanor: sentado estaba en su miserable y fétido lecho, cubríase el rostro con ambas manos y gruesas lágrimas corrian de sus ojos. Aquel dia le habia sido notificada la sentencia, sin apelacion, que lo condenaba á seis años de presidio y sobre todo á trabajos públicos: esto era horroroso: un abatimiento inmenso se habia apoderado de él.

El miserable criminal habia sido fuerte con los débiles, y era, como todas las almas mezquinas, pequeño en la desgracia. El alimento traido por el carcelero estaba intacto sobre una desvencijada mesa y el presidario ni siquiera habia pensado en probarlo. Así pasó aquel dia, así, inmóvil, pasó la noche, y al amanecer del siguiente dia, el cansancio del alma lo rindió; se desplomó sobre las pajas y allí durmió casi tranquilo. Habia sufrido, habia llorado tanto, que sin fuerzas, enervado por completo, sintióse embargado por un sopor que dominó su cuerpo y su cabeza.

Las nueve de la mañana daban en el relox del cabildo, y en aquella misma hora, una muger cubierta de un tupido velo, bajaba de un carruaje en la puerta de la carcel.

Entró y presentando al oficial de guardia una targeta, entregue vd. al alcaide, dijo con la voz ligeramente temblorosa.

El oficial salió, dos minutos despues, la jóven era introducida en los húmedos patios de la cárcel; cruzó algunas fétidas y estrechas galerias y se detuvo guiada por el llavero en la puerta de un calabozo. El llavero introdujo las pesadas llaves, volvió los gruesos cerrojos y la puerta se abrió. La jóven penetró en el oscuro calabozo y se detuvo un instante desvanecida por las envenenadas exhalaciones que emanaban de allí; luego dió un paso. Donde está? dijo, volviéndose al conserje.

—En aquel rincon, contestó éste, tiene vd. que esperar un rato para distinguir bien.

El velo que llevaba la jóven, temblaba sobre su rostro como á impulsos de un leve viento. Un gemido llegó á sus oidos. Nicanor, despertado con el ruido de cerrojos, y despues, de pasos, abrió los ojos, vió una figura negra, inmóvil y creyó soñar, se restregó los ojos y volvió á fijarlos; aquella figura avanzó y se detuvo junto al preso.

—Nicanor! articuló con voz débil y tristísima.

Nicanor intentó ponerse de pié pero no tuvo fuerza y volvió á caer sobre el duro suelo, casi de rodillas.

—Perdon! gritó, perdon! piedad para mí! y miraba espantado á la enlutada sombra.

La jóven alzó el velo y Nicanor reconociendo á su víctima—¡María! volvió á gritar.

El ténue reflejo de una opaca claraboya alumbraba apenas el pálido rostro de María: la espresion de aquel rostro era el reflejo del mas vivo dolor, de un dolor intenso, indefinible, tenia las mejillas intensamente pálidas y empapadas en lágrimas silenciosas.

San Martin, Enero de 1882.

(Continuará.)

HOJAS DE ROSA

XIX

Allá, en la orilla del Aqueronte,
Caron los muertos del mundo espera;
allá, en la cumbre del alto monte
abre sus flores la primavera.

Aquí me muero de tanta ausencia,
de ánsia de verte desesperado;
allí,—contigo,—es la existencia
dulce suspiro, cielo estrellado.

E. E. Rivarola.

Enero de 1882.

ALBERTO LISTA

Pocos, acaso pudiéramos decir, ningun ingenio contemporáneo presenta tantos y tan justos títulos de aprecio y veneracion de los que actualmente se dedican en España al cultivo de las bellas letras y de las ciencias exactas, como el escelente poeta, el gran matemático, el consumado humanista, cuya biografía vamos á escribir si bien con la desconfianza que nos inspiran nuestras débiles fuerzas, y el sentimiento profundo de afecto personal y de bien fundada gratitud que, aun cuando quisiéramos evitarlo, ha de dirigir forzosamente nuestra pluma.

Dedicado este ilustre ingenio desde los primeros años de su vida á la santa mision de la enseñanza, con razon puede decirse que mucha parte le cabe en la gloria de casi todos los jóvenes que con tan brillante éxito cultivan en nuestra patria la bella literatura, y en especialidad las matemáticas. Los varios tratados que sobre los diferentes ramos de esta ciencia ha publicado el señor Lista, son los que en casi todos los pueblos de España, en colegios y en cátedras particulares, prefieren, y no sin fundamento, los profesores para la enseñanza de la juventud. Igualmente populares son entre los jóvenes estudiosos, por el tino y buen criterio con que estan dispuestos, los *Trozos escogidos de los mejores hablistas castellanos en prosa y verso*, que arregló en dos volúmenes don Alberto Lista para los alumnos del colegio de San Mateo donde rejenteó, durante los pocos años de su duracion, las cátedras de matemáticas, historia y humanidades latinas.

Nació don Alberto Lista en Sevilla, en 15 de octubre de 1775 de padres pobres (don Francisco Lista y doña Paula de Aragon) que se sostenian con una fábrica de telares de seda. Al mismo tiempo que aprendia aquella profesion, hizo sus estudios en la universidad de su ciudad natal, donde estudió filosofia y teologia, y se dedicó á las matemáticas, de cuya facultad sirvió de sustituto en la cátedra que está á cargo de la sociedad económica de la misma ciudad, á la edad de 13 años, al mismo tiempo que seguia sus estudios en la universidad y trabajaba en la fabrica de telares para sostener á sus ancianos padres y á su numerosa familia. De pocos ingenios en el mundo puede citarse un fenómeno tan estraordinario de aplicacion y precocidad.

En 1796 (á los 21 de su edad) fué nombrado profesor de matemáticas en el real colejio de San Telmo de Sevilla; y desde esta época se dedicó esclusivamente á la enseñanza. Fué en aquella época individuo de una academia particular de humanidades, donde se reunieron los hombres que se dedicaban en Sevilla á la amena lite-

ratura, y cuyo objeto era restablecer las ideas de buen gusto y la manera de nuestros escritores del siglo XVI, restaurados uno y otro en las poesías de Melendez, Moratin, Quintana, Jovellanos y otros literatos célebres de fines del siglo XVIII.

Arrojado á Francia por las tempestades políticas y restituido á su patria en 1817, obtuvo al año siguiente por oposicion la cátedra de matemáticas, erigida por el consulado de Bilbao; allí empezó el curso de esta ciencia que despues completó en Madrid, á donde se trasladó en 1820.

Publicó en 1822 su coleccion de Poesías, y en 1828 escribió el suplemento al Mariana y Miñana, que forma el tomo IX de la edicion de la *Historia de España* que comenzó á publicarse aquel año en Madrid. Convencido de la falta que hacia en nuestra literatura una *Historia Universal*, empezó á publicar en 1829 la traduccion de las obras históricas del conde de Segur hasta donde ese autor la dejó, con numerosas adiciones, y la continuó hasta nuestros dias. Este trabajo está ya concluido, y solo falta un apéndice de la historia de España que ha creido necesario en un curso de historia universal escrito en español.

El carácter distintivo de las composiciones de este poeta es, amen de las muchas buenas cualidades que las recomiendan, el gusto antiguo, el sabor Calderoniano, puro, rico y lozano que en ellas mas que en ningunas otras modernas se observa y que es causa sin duda de la inmensa aceptacion que hallaron en la época en que fueron publicadas, y que lejos de ir disminuyendo con el tiempo, tanto ha crecido que no se halla ya de venta un solo ejemplar de los primeros, por lo que ha tenido el autor que publicar recientemente una segunda edicion en dos tomos, aumentada con gran número de composiciones.

Don Alberto Lista recibió á los 28 años las sagradas órdenes. Es individuo de la sociedad económica y de la academia de buenas letras de Sevilla, y de las academias de la lengua y de la historia de Madrid; fué nombrado en 1822 para la academia nacional, en la clase de literatura.

En 1833 le condecoró S. M. con la órden de comendador de Isabel la Católica.

EUGENIO DE OCHOA.

INTRODUCCION A LA HISTORIA MODERNA

—

Hemos concluido la historia de los pueblos de la antigüedad. En la caida del imperio romano acabó enteramente *la vida del foro, la religion de los sentidos* y el sistema de la *libertad política* ilimitada; no porque algunos siglos antes no se hubiesen casi estinguido *de hecho* estos tres caractéres de la organizacion social de los pueblos antiguos, sino porque solo bajo el dominio de los bárbaros dejaron de ser *instituciones*, y dieron lugar á nuevas costumbres é ideas.

En el grande intervalo que hemos recorrido desde la ley escrita hasta la conquista de Italia por Odoacre, se notan las siguientes revoluciones principales: 1ª la conquista del Asia y el Egipto por los persas; último esfuerzo del principio despótico en la antigüedad: 2ª el esplendor de Atenas y Esparta; último esfuerzo del principio democrático: 3ª la conquista de Asia por los macedonios; triunfo definitivo del valor y la disciplina contra el número: 4ª la subyugacion del mundo por los romanos; victoria del gobierno mixto sobre las simples democracias ó monarquias: 5ª la ruina de la república romana y fundacion del imperio; efecto ordinario de la opulencia producida por las conquistas: 6ª la ruina del imperio por la invasion de los bárbaros del Norte; grande catástrofe que dió origen á las sociedades ó monarquias modernas. Hemos procurado, siguiendo el testo de nuestro original manifestar las causas y efectos de estas revoluciones políticas.

No nos hemos olvidado de la gran revolucion moral que produjo en el mundo la predicacion del cristianismo. El evangelio, proclamando una doctrina pura é interior, y buscando en lo mas profundo de los corazones los vicios para debelarlos, estableció un nuevo elemento de sociedad: es decir, la comunicacion del hombre con Dios, en la cual y por la cual adquirieron nuevo vigor las virtudes fuertes, nueva delicadeza las suaves; y el mortal cumplió los deberes de padre de familia, de ciudadano y de magistrado por un motivo mas sublime y activo que los de la ambicion individual ó nacional que hasta entonces fueron la única regla de su conducta. La igualdad de todos los hombres ante Dios; la sumision á las potestades legales, salvo el imperio de la conciencia; la ruina de la esclavitud doméstica; la emancipacion del bello sexo, en fin, una política mas humana fueron los resultados sociales del principio cristiano.

A la verdad estos resultados no se conocieron de una vez, ni pudieron lograrse sino paulatinamente bajo los emperadores de Roma, desde Constantino que dió la paz á la Iglesia, ni en el imperio griego. Como la autoridad imperial se componia de las diversas magistraturas de la república, siendo una de ellas la de sumo pontífice, los emperadores cristianos, sucesores de Constantino, se creyeron en virtud de esta dignidad con la facultad de inspeccion sobre los asuntos religiosos: inspeccion que algunos pretendieron estender hasta el dogma, á pesar de las reclamaciones de la Iglesia, que siempre insistió en que la proteccion del príncipe no destruyese la santa libertad del Evangelio. No bien deslindados los límites entre la autoridad temporal del emperador, y la espiritual de los ministros de la Iglesia, debió suceder y efectivamente sucedió que la intervencion de los emperadores impidiese al principio cristiano desenvolverse y producir sus efectos con la rapidez deseable, y aun, que degenerase adulterado en las heregías y cismas que han afligido la Iglesia de Oriente, desde Arrio hasta nuestros dias. Pero la observacion mas importante y que caracteriza esencialmente el cristianismo del imperio de Constantinopla, es que jamas llegó á ser en él un *principio político*. El sacerdocio estuvo sometido á los emperadores, como ahora lo está á los sultanes, aunque de diferente religion; y aunque en tiempo de príncipes cristianos era respetado, nunca tuvo una influencia *legal* y pública en los negocios del imperio. Al contrario, los emperadores intervinieron mas de lo justo en los negocios de la Iglesia. La causa de este fenómeno fué la parte de autoridad que los emperadores se atribuian desde la paz dada á la Iglesia por Constantino en los asuntos religiosos; y sus efectos, el gran número de heregías favorecidas y castigadas alternativamente por el príncipe secular, y sobre todo *las penas eclesiásticas*, usadas esclusivamente contra los dogmatizantes. Las crueldades ó castigos temporales impuestos por los emperadores, eran mas bien actos de arbitrariedad, que consecuencias de un sistema de legislacion: y la prueba es, que en tiempo de príncipes adictos á la heregía solian recaer estas persecuciones sobre los ortodoxos.

Muy de otro modo pasaron las cosas en el occidente europeo. Destruido el imperio romano, y establecidas las naciones bárbaras del Norte en sus diferentes provincias, no hubo, rigorosamente hablando,

ninguna organizacion social. Los vencedores fueron dueños de la mayor parte de las tierras, y quedaron obligados por ello al servicio militar: los antiguos habitantes, reducidos á cierta especie de esclavitud: las leyes eran favorables á los conquistadores: no se reconocian ni mas juicios ni mas derecho que el de la espada. Los reyes eran generales de los ejércitos y nada mas. Una aristocracia, opresora de los vencidos y turbulenta contra su monarca, no permitia que se oyese en ninguna parte la voz de la justicia ni de la razon. La luz de las artes y ciencias romanas se habia sumergido en las mas densas tinieblas: los crímenes mas horrendos se cometian con la mayor serenidad si el poder favorecia al delincuente. La monarquía electiva, la aristocracia tiránica á un tiempo y republicana, el pueblo esclavo, las costumbres feroces y corrompidas, la falta completa de administracion y órden en todos los ramos; y en fin, las contínuas guerras civiles manifestaban bien á las claras la ausencia absoluta de todo *principio político*, de toda *máxima comun* que ligase entre si las diferentes clases de las naciones.

Pero como no hay individuo ni sociedad alguna que no posea el instinto segurísimo de su conservacion, fué necesario que los pueblos, por no volver al caos de la anarquia, en defecto de los lazos *materiales* que unen hoy dia á los individuos y los unieron antiguamente en Grecia é Italia, adoptasen el único principio *comun* á reyes y vasallos, á conquistadores y á conquistados: esta era en aquella época la religion cristiana que profesaban los pueblos sometidos, y que adoptaron sus feroces conquistadores. *Erigióse, pues, el cristianismo en poder político y visible.* De aquí la autoridad temporal de los obispos y abades: de aqui la sumision de los reyes al sacerdocio: de aquí el derecho de asilo abierto en los monasterios á las artes útiles y á las letras: de aquí las *treguas de Dios:* de aquí la terminacion de muchas guerras sangrientas y devastadoras por la interposicion de un varon respetado por su santidad. Toda la influencia del principio *religioso* durante la edad media se esplica por la fuerza *política* que los reyes, grandes y naciones le dieron, no teniendo otras máximas ni otro motivo de union que las doctrinas del Evangelio.

El principio religioso fué el que sostuvo en España la larga lid de ocho siglos contra los mahometanos: él fué quien armó toda la Francia bajo Cárlos Martel para la batalla de Tours: él, quien libertó la Sicilia y la Italia del poder de los sarracenos: él, quien civilizó las provincias del norte de Europa y del Nuevo-Mundo: él, quien dió la primera idea de los parlamentos, modelados al principio por los sinodos, en que los obispos representaban sus iglesias y que en varios paises tomaron, como en España, el mismo nombre de concilios: él, quien difundió el estudio y aplicacion del derecho romano: él, quien creó la supremacia de los sumos pontífices sobre los reyes: él, en fin, quien impelió toda la Europa contra el Asia en las memorables espediciones de las Cruzadas, y quien descubrió á los pueblos de Occidente los elementos de la antigua civilizacion en los mismos paises donde la piedad los llevaba á morir en defensa de su religion.

Es imposible, pues, desconocer esta verdad: á saber, que en el Occidente europeo, invadido por los bárbaros, la religion fué una potencia política, cuando faltaban todos los demas principios protectores de la sociedad. Pues ahora bien, es imposible concebir *una fuerza política sin poder coercitivo.* Fué preciso promulgar leyes contra los transgresores de la religion, y estas leyes fueron severas; porque el delito de heregia fué un delito de alta traicion contra la primera autoridad del estado. Fué un deber hacer guerra á los hereges y á los idólatras por la misma razon que una potencia hace la guerra á sus enemigos. Estas hostilidades no las hacia por si mismo el cristianismo, que no reconoce mas armas que la persuasion; sino las naciones y los poderes civiles que tenian que defender en él el primero y el único vínculo de la sociedad.

Meditando sobre estas reflexiones, se podrá valuar el aprecio que merecen las diatribas y sarcasmos de los filosofos del siglo XVIII contra la supuesta intolerancia y fanatismo á que atribuyen las guerras religiosas, y los suplicios, destrozos y matanzas por delito de heregía. Si hubieran ascendido á la verdadera causa de esos tristes efectos, hubieran visto que fueron una consecuencia natural de haber elegido por principio politico el único que existia en la época en que se fundaron las sociedades modernas de Europa. El despotismo en el Oriente, la libertad en la antigua Grecia, la ambicion de los magnates en Roma, la autoridad militar de los sucesores de Augusto; y en fin las querellas de los reyes han hecho derramar mucha mas sangre.

Cuando al renacer las luces, la misma religion cristiana indicó las verdaderas bases del órden social en la justicia de los gobernantes, en el bien estar de los subditos, en la fuerza protectora de los príncipes y en los progresos de las ciencias y de la industria, fué poco á poco abdicando la autoridad temporal que habia ejercido como una dictadura necesaria, y reduciendose á la mision divina que recibió de su legislador, es decir, á ser el grande agente moral de las sociedades civiles.

Nos hemos estendido tanto en estas observaciones, porque ellas esplican el uso que las naciones modernas de Europa han hecho en sus principios del cristianismo, y porque ellas solas bastan para destruir las calumnias con que una filosofia, ó superficial ó mal intencionada, ha denigrado la religion y el sacerdocio. Mandaron el mundo cuando nadie sino ellos podian mandarlo; y se sostuvieron en el mando con el mismo medio que se sostiene toda autoridad política, esto es, con las leyes y con la fuerza. Esta observacion es dominante en toda la historia de los siglos medios.

En la antigua hemos podido seguir los sucesos sin gran dificultad por la correlacion que llevan unos con otros. Las antiguas monarquías de Egipto y Asia; luego Grecia, y últimamente Roma, fueron los grandes centros del poder, y cada uno atrajo á si todo el mundo civilizado de su tiempo. Asi que, no hemos tenido que hacer adiciones en esta gran division de la historia. No podremos seguir un órden análogo en la moderna; 1º porque en esta no ha habido ningun pueblo dominador: 2º porque la historia de cada nacion merece una atencion particular; 3º porque si bien el imperio griego y la Francia han sido dos centros de accion muy considerables, sin embargo casi todas las naciones en algunas épocas, y con independencia de otros centros, han tenido una influencia, ya mas, ya menos directa, en los negocios del mundo; y es indispensable que en una historia universal se fije la atencion sobre ellas en sus períodos gloriosos.

ALBERTO LISTA.

LA HOJA DE PERGAMINO

A. P. J. B.

I

Recuerdo que encontré un pedazo de

pergamino amarillento en uno de los rincones mas lóbregos de aquella casa misteriosa. No me llamó absolutamente la atencion algo que aparecia escrito en él con letra pequeña y casi ininteligible.

Sin duda hacia muchos años que habia sido arrojado allí, casual ó intencionalmente. No soy curioso y sin embargo obedeciendo á *algo secreto* me decidí á guardarlo con intencion de mostrárselo á mi amigo C. M. . . . muy aficionado á lo que reviste el sello de lo inverosímil ó maravilloso.

Pasó algun tiempo y no volví á acordarme de la hoja de pergamino. Una noche estuvo á visitarme M. . . y me leyó algunos fragmentos de sus cuentos, que parecen escritos é inspirados por la mano y el cerebro fantástico de Edgar Poe, de quien éramos decididos y ardientes admiradores. Leyóme el «Cuervo,» esa creacion estraña y tremenda del narrador y poeta Norte-Americano. Tarde ya, se despidió recomendándome que leyera sus cuentos «un instante despues de tomar una taza de cafe» . . . estas fueron sus palabras.

II

Sentado en el sillon de mi mesa de escribir, oí al reloj, que daba lentamente doce campanadas. Frente á mi tenia el retrato de la persona que mas he amado sobre la tierra. . . .

Me acordé en ese momento del pedacito de pergamino, y no miento al decir que me acometieron unos deseos formidables de conocer qué habian escrito allí, y quien lo habia escrito. Yo soy de un temperamento muy impresionable y muchas veces me he reido de mis temores supersticiosos, temores que, por otra parte, rechazaba mi razon.

Desdoblé la hoja lentamente y á la luz del gas que brillaba con estraña intensidad, leí estas ó parecidas palabras: «. . . . y entonces, ... cuando digan que amaron, . . . corazones decrépitos, ellos se embriagan con el ópio de la esperanza! . . . cobardes! inclinan la frente como los condenados del Dante, para no leer las palabras de la inscripcion funesta . . . . y bien, ellos morirán como vivieron, engañando al mundo y engañándose á sí mismos. . . porque ¡oh! felicidad! tú no eres mas que un sueño de mis horas de fiebre» . . . y no pude seguir leyendo, porque muchas palabras aparecian escritas en una lengua estrangera.

III

No sé porqué me causaron estas últimas frases tan honda impresion.

Me pareció que á mi rededor, todo se animaba y adquiria los perfiles de lo siniestro.

¿Quien habia escrito en la hoja estas cosas estrañas é incoherentes? ¿Una alma enferma, en un momento de desesperacion? ¿Un loco de esos que llevan toda una historia en los abismos de su pensamiento? Qué mano habia arrancado su corazon y traducido por palabras oscuras y sin sentido aparente, lo que acababa de leer?. . . .

Dejé caer pesadamente la cabeza sobre mis palmas y medité . . . . medité largo tiempo.

Mi frente ardia. Indudablemente yo era presa de unos de esos estallidos de la fiebre rápidos como el rayo, tan frecuentes en mi naturaleza enfermiza y débil . . .

Mi cerebro, como un kaleidoscopio jigantesco, reproducia y combinaba hasta el infinito mis agitados pensamientos. Y asi cruzaron por él, como figuras que un espejo reproduce sucesivamente: las horas de dicha sonrientes como ángeles con las álas abiertas . . . . despues cruzaron muchas sombras; amigas las unas, queridas de mi corazon las más, porque es verdad que hay dolores que llegan á sernos queridos . . . . .

Cruzaron despues ante mis ojos que miraban á las profundidades de mi alma: las esperanzas como flores marchitas; los sueños, tronchados en su primavera, como esas plantas de los tropicos que solo viven una mañana, pero que llenan de perfumes el aire que las rodea; las aspiraciones indefinidas de los 19 años, edad en que se ama y se llora en silencio; los ecos tranquilos de la infancia y por fin, la sombra de los séres queridos, que pasaron y duermen esperando!. . . .

IV

Asi permanecí largo tiempo, inmóvil, con el oido atento, creyendo ver y escuchar todas esas cosas del alma, dolorosas pero sublimes.

Sentí mis manos crispadas por algo que no era la influencia del miedo pero que revestia todos sus efectos galvánicos y poderosos. Me parecia que una llama impalpable me quemaba mis ojos, mis manos y mis fibras sacudidas como al contacto de una corriente eléctrica.

Miré . . . y el pedacito de pergamino estaba alli, alli, sobre la mesa; interrogándome con su silencio y pareciendo decir: eh? que tal, amigo mio: no digo la verdad?» . . .

No pude mas y agarrando con fuerza y estrujándolo entre mis dedos, me acerqué dando traspies como un ébrio, á la llama y con júbilo salvage lo reduje á cenizas diciendo en voz baja, como un loco: toma! . . . ya no me martirizarás!»....

L. D.

Enero de 1882.

ROSA

—

(*Conclusion.*)

V

Rosaura, hija de Rosa,
Como niña nacida entre las flores,
Ademas de ser bella, era graciosa,
Pues no sé en qué botánico he leido
Que una hermosa mujer, cuando ha nacido
En medio de un jardin, es mas hermosa.
Morena verdadera,
¡Cuán morena seria,
Que bien seguro estoy que pasaria
Por morena en Jerez de la Frontera!
Pecando en esta bella criatura
(Si se peca por eso)
Por demasiada gracia su hermosura,
Produce la dulzura
De su voz musical tanto embeleso,
Que el que la oye suspira,
Y, hermosa hasta el exceso,
En los labios de todo el que la mira
Casi se ve cómo palpita un beso.

VI

Perdidas y enterradas
En Rosa sus primeras emociones,
En la jóven Rosaura recobradas
Volvió Julio á encontrar sus ilusiones.
Mas cuando Rosa vió que él tiernamente
A Rosaura miraba embelesado,
Casándola de pronto honradamente,
La eliminó con honra de su lado;
Y asi fué la infeliz casada en frio
Con un jóven galan de mucho brio,
Que, como un Lord, de sus haciendas vive,
Que aunque se llama Blas es muy celoso,
Que toca, baila, canta y hasta escribe
Muy poco y mal como cualquier esposo;
Y con tal casamiento,
Rosa, aunque buena madre, amante artera,
Puso por el momento
Entre Julio y Rosaura una barrera.

VII

De todos los encantos
Que Rosaura tenía

Era el mayor, aunque tenía tantos,
Que á traves de sus ojos todavía
Sólo cruzaban pensamientos santos;
Y por eso, entregada
A nobles espansiones,
Aunque mujer casada,
Es una niña grande tan honrada,
Que no piensa en las malas intenciones;
Y de Julio Montero, que la amaba,
Ella el amor oia
Con un cierto candor que enamoraba,
Pues, casada de prisa, se creia
Libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII

Estándo Julio de Rosaura al lado
En una noche, al acabarse el dia,
Bajo el fresco rincon de un emparrado
Que entre la casa y el jardin habia,
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,
Poniendo en no ser vista un gran cuidado,
Se arrastró del jardin hasta la puerta,
Y dejándola á oscuras y entreabierta,
Se puso á oir en alevoso acecho.

IX

Y mientras Julio, que á Rosaura adora,
Con los ojos devora
Lo hermoso que nos causa calentura,
Muestra Rosaura, de abandono llena,
Aquel rostro en la flor de su hermosura,
Y ¡lo que es el amor! aunque es morena,
Salta de ella una especie de blancura.
¡Noche de amor en que el amor rebosa,
El la cual las ideas son pasiones,
En que ostentan las flores sus botones
Con toda su turgencia misteriosa!
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,
En la que en sombras, en rumor y flores,
Y en cánticos de amor de ruiseñores,
Se agota todo un Mayo en una hora!
Y cuando así los dos gozan unidos
De una dicha sensual y candorosa,
Encienden el ardor de sus sentidos
Los magnéticos ruidos
Que, electrizando la campiña toda,
En blando movimiento,
Pasando por los nidos,
Los va arrastrando y dispersando el viento,
¡Cantor eterno de la eterna boda!

X

Entre la sombra de la noche aquella
En que ambos frente á frente se miraron,
Y sus almas los dos se derramaron,
Ella en el pecho de él, y él en el de ella,
Se dijeron amores
Como se abren las flores,
Como un ave es cantora,
Como lo quiere, cuando se ama, el cielo,
Como en todo lugar y á cualquier hora
Alegre y bullidora
Coge el placer la juventud al vuelo;
Miéntras Rosa, escondida y desalada,
Oia cada frase
Cual si sintiese el frio de una espada
Que su pecho á traicion atravesase.

XI

Como hace amar á prisa, muy á prisa,
El ardor que circula por las venas,
Cuando se aspira una templada brisa
Que es en lo dulce un céfiro de Aténas,
Julio ciego y Rosaura placentera,
Bajan enamorados
La pendiente hechicera,
Por la cual nos empuja arrebatados
Lo noche, nuestro amor, la primavera....
¡Aquel dosel tan bello
Que forma lo gentil del emparrado! ....
¡La bruma de un lugar poco alumbrado!..
¡Lo oscuro y lo nupcial de todo aquello!..
¡Allá suspiros, ramas y dulzura,
Y acá fe y esperanza! ....
¡A una parte deseos y ternura,
Por otro lado el ódio y la venganza;
Y aquí y allí los débiles quejidos
Que murmuran los pájaros dormidos!...
¡Oh, imágen de la vida,
La dicha siempre á la desdicha unida!...
¡Vértigo que formaron combinados
La tierra, los abismos y los cielos,
Eternos remolinos encontrados,
Bien y mal, luz y sombra, amor y celos!...

XII

Viendo Rosa llegar el gran instante
En que á su fin camina
La audacia habitual de todo amante
Que conoce la ciencia femenina,
A un ruido de suspiros que hizo el viento,
Como el vago rumor de una arboleda,
Exhaló un rudo acento
Cual si en aquel momento
Se hallase en el suplicio de la rueda;
Y cuando Rosa con furor repara
Que ya llega el instante de la hora
En que se hunde aquel puente que separa
A Eva inocente de Eva pecadora,
Al pié de la vidriera
De la puerta que daba á la terraza
Mira mas.... mira mas.... se desespera,
Y cáe desmayada, cual si fuera
Una estátua que el rayo despedaza.

XIII

Cuando Rosa caía sin sentido,
Cual si hubiese sufrido
Un fuerte martillazo en la cabeza,
Rosaura ante la carne, con nobleza
Casta retrocedia,
Pues cuando ya perdia
Su corazon la calma
De un modo que no sé cómo aquel dia,
Sin saber lo que hacia,
No añadió el dón del cuerpo al don del alma,
Al corazon venció con su cabeza,
Pues, áun envuelta en fuego,
Sabía con certeza
Que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego
Para no vuelve á un alma la pureza.
Y siempre decidida
A hacer guardar del deshonor su vida,
Y sabiendo ademas que es mas seguro
Que arrostrar las pasiones
Poner en ocasiones
Entre el deber y el corazon un muro,
Se lanzó hácia la estancia,
Santuario de los juegos de su infancia.
Del jardin á la puerta se avecina,
Y, viendo que no cede, empuja airada,
Y encendida, jadeante, fatigada,
Pisar un bulto, se inclina,
Vuelve á erguirse, y camina
Como si el bulto aquel no fuese nada:
Y la enferma, que á su hija huyendo mira,
Siente, al verse pisada,
Unas ráfagas de ira
De toda madre al corazon estrañas;
Y, mas rival que madre, entónces Rosa
Al tocarla aquel pié, sintió celosa
El demonio del ódio en sus entrañas.

XIV

Cuando ve Julio que Rosaura, huyendo
Del fuego que la abrasa,
Corre ciega, y corriendo
Sobre su madre moribúnda pasa,
Al umbral de la puerta,
De sorpresa y terror petrificado,
«¡Rosa!», esclama espantado.
Mas Rosa, medio muerta,
La cabeza, que á intérvalos levanta,
Como cortada con un hacha gira;
Va á contestar, pero su angustia es tanta,
Que entre sus lábios la respuesta espira;
Vuelve á querer hablar y se atraganta;
Y al fin, más que decirlo, así suspira:
«Me asesinaste, adios; duerme si...» Muere
Y el «si puedes», que apénas lo profiere
Se le heló con la vida en la garganta.

XV

¡La luna indiferente entónces muestra
Su disco ensangrentado,
Y una espantosa lividez siniestra
Echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII

Mal de Muchas

El médico.—Rosaura.

«¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida
Rosaura preguntó con desconsuelo.

—Murió, dijo el doctor, de una caida.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.»

RAMON DE CAMPOAMOR.

UN ENTE ORIGINAL

—

Don Serapio Fernandez tuvo la debilidad de enamorarse de una vecina suya, jóven apreciabilísima, de grandes ojos azules, de cútis sonrosado y fino como el terciopelo, de talle esbelto y gracioso, pero algo coqueta, algo burlona.

Don Serapio era un solteron original, pues habia pasado esos deliciosos años de la juventud que todo hijo de vecino, contribuyente ó no, consagra al amor, á estudiar la enmarañada y trascendental y vidriosa cuestion de Oriente, con la particularidad de que todavia ignora por qué los rusos tienen tanta tirria á los turcos y por qué los turcos tienen tanta ojeriza á los rusos.

El pobre hombre es ya machucho; vive solo, come solo, pasea solo y habla solo. No se le conoce familia, y aun hay quien supone, suposicion aventurada, que no la ha tenido nunca. Nosotros creemos que hay en esto algo de exageracion. Cuando ménos pertenecerá á la de los hongos, familia apreciabilísima... y apetitosísima.

Un dia don Serapio vió á la vecina; su corazon palpitó con violencia, sus ojos relampaguearon y dijo para sí:

—Decididamente la guerra de Oriente es inevitable; me parece que los rusos van á llevar la peor parte: cuando menos los turcos podrán romperles el *bautismo*, cosa que los rusos jamás podrán hacer con los turcos, por la sencillísima razon de que los turcos no están bautizados.

La vecinita se fijó, á su vez, en don Serapio y una sonrisa burlona vagó por sus rojos labios de clavel.

Don Serapio era bajo y rechoncho; tenia el pelo negro, la nariz en forma de pico de cigüeña, los mofletes colorados, la boca enorme, el cuello corto y las piernas torcidas.

—¡Hermosa jóven! dijo por fin, olvidando por un momento á los turcos y á los rusos... me parece que me mira... que lástima! es necesario huir.... yo no puedo amar á esa jóven; he hecho voto de castidad y sentiria abrir una tumba prematura....

Y don Serapio se fué al café mas próximo.

La sed le abrasaba y pidió al mozo... noticias del turco.

—Ahí estaba hace un momento, le dijo el sirviente.

—¿Quién? ¿el turco?

—¡Pues! ¡el turco!

—¡Hombre! ¿Quiere usted gastar bromitas conmigo!

—Con que bromitas ¿eh? le digo á usted el evangelio.

Todos los dias viene en busca de terrones de azúcar. ¡Es un soberbio animal!

—No tan soberbio como tú, pensó don Serapio filosóficamente.

—Si se espera usted un poco, tal vez vuelva.

—¡Y luégo, dijo para sí don Serapio, hable usted de política internacional con estos bárbaros.... civilizados.

Y despues de mirar con espresion de lástima al mozo, pidió una botella de cerveza.

Pero ¡ay! pronto el recuerdo de la bella vecinita asaltó su mente, haciendo latir con violencia su corazon.

—¿Qué es esto? se dijo, pasándose la mano por la frente, como si quisiera alejar de si aquellos pensamientos de fuego que ardian en su cerebro, ¿por qué palpita mi corazon al recordar á esa deliciosa rubia? ¿me habré enamorado de ella? ¡Caspita! no estoy muy seguro... pero esta ansiedad que siento... ¡es extraño! cuando salí de casa mi corazon latia con regularidad, miéntras que ahora ¡cielos! ¡qué agitacion!

Y don Serapio se levantó de su asiento con un movimiento brusco.

—Es necesario que la vea, se dijo; la enfermedad ha hecho rápidos progresos en media hora; mi alma arde por sus cuatro costados... ¡voto al Czar de todas las Rusias! ¡á mis años enamorarme como un mozalbete!

—¡Señor! ¡señor! dijo en aquel punto el mozo, acercándose vivamente á don Serapio; ahí está.

—¿Quién?

—Lo que usted busca.

—¡Diablo! ¿ella aquí? pensó don Serapio, con la mayor estupefaccion.

—Acaba de entrar en la cocina.

—¡En la cocina!

—No vaya usted, caballero.

—Extraños misterios son estos que no comprendo, á fé mia.

—Es que si no le conoce á usted podria morderle.

—¡Cáspita! ¿con qué muerde?

—¡Ya lo creo!

—Me parece que esto es una calumnia grosera.

—¡Pero, caballero!

—Le prohibo á usted que siga hablando tan descortesmente de quién tiene sobrados títulos al respeto de usted.

—¿Al respeto mio? es usted muy original.

—¡Seor bellaco!

—Como haya algun desaguisado le atizo un puntapié.

—¡No ha de ser en los días de mi vida!

—Entónces, vaya usted, vaya usted á la cocina; afortunadamente está sin bozal... ojalá le arrime á usted un mordisco!

—¡Mordisco! ¡bozal! pero, ¿de quién demonios me está usted hablando?

—¡Pues! ¡del turco!

Don Serapio no quiso oir más y huyó del establecimiento renegando de todos los animales del globo, el mozo de café inclusive.

Poco despues llegaba á la esquina de su casa.

Leandra, que así se llamaba su vecina, estaba en el balcon, conversando con un jóven elegante, de maneras distinguidas y de no maleja figura.

Don Serapio se puso lívido de cólera; los celos acababan de despertarse tumultuosos en su corazon. ¿Quién era aquel jóven? ¡algun amante quizá!... algun seductor de oficio, que se habia propuesto robarle el amor de la casta doncella.

—Mi vecina se sonrie, dijo con mal comprimida cólera don Serapio; ¡ah infame! es necesario que tengamos una explicacion hoy mismo. La amo, sí, la amo y no he de permitir que un pisaverde insustancial venga á disputarme la palma en amorosa lucha. Esa jóven me conviene: tiene unas orejas deliciosas, y yo me muero por las orejas. En cuanto á él... ¡que tiemble! le voy á pasar de parte á parte; ni la guerra de Oriente será tan sangrienta como mi venganza.

Y don Serapio, que habia sido hasta entónces el hombre más pacífico del globo, habló de matar á medio mundo, en cuanto el pícaro amor empezó á hacerle cosquillas en el corazon.

Por fin el jóven del balcon se despidió de Leandra y poco despues salió á la calle.

—Una vez en ella, alzó los ojos y saludó á la jóven con una amable sonrisa.

Don Serapio se puso verde de cólera. El jóven echó á andar y nuestro solteron le siguió. En su alma rugia un infierno, que

no otra cosa son los celos. Por fin le alcanzó y le tocó en un hombro. El jóven volvió la cabeza.

—¿Qué se ofrece? dijo mirando con extrañeza á Don Serapio.

—¿Tiene usted sed? preguntó éste lanzando una mirada terrible á su rival.

—Dispense usted, caballero, pero yo no le conozco á usted, y ....

—Necesito hablar con usted al momento.

—En fin, si usted se empeña ....

Y entraron en un café.

—¿Qué toma usted? preguntó don Serapio.

—Cualquier cosa .... una horchata, ¿y usted?

—¿Yo? ¡yo necesito sangre!

—¡Hombre! ¡vaya un refresco!

—¡Es el refresco del amor ofendido!

—Pero, ¿está usted loco?

—¡Loco! ¡loco me parece que sí. Amo á una mujer, y esa mujer me vende. Mi corazon late por una jóven encantadora, y esa encantadora jóven se deja hacer la corte por otro ... por un papanatas.

—Pero ¿que tengo que ver yo con esas historias?

—¿Usted? ¡tiene que ver mucho!

—Caballero, le advierto á usted que mi paciencia se acaba.

—Hace un momento estaba usted en cierto balcon hablando con una jóven de ojos azules.

—Verdad.

—Pues bien, yo amo á esa jóven.

—¿Usted? ¿usted ama á esa jóven?

—¡Hola! parece que mi revelacion no le ha satisfecho á usted.

—¡Está usted loco!

—Confiese usted que tambien la ama.

—Lo confieso. Leandra es mi prometida y debo casarme con ella esta misma noche.

Don Serapio pegó un brinco.

—¡Esta misma noche! ¡imposible! esta noche será usted difunto y los muertos no se casan ... tienen esta buena costumbre.

—¿Y quién lo impedirá?

—¡La boca de mi pistola!

—¿Me propone usted un duelo?

—Sí, señor; le propongo á usted un duelo, y un duelo á muerte. Yo elijo para mí la pistola; usted elija el arma que más le cuadre ... el trabuco naranjero, el sable, lo que usted quiera.

—¡Sea la pistola!

A la hora convenida, Don Serapio se presentó en el campo del honor con sus padrinos, pero esperó inútilmente durante dos horas á su rival.

Cansado de conversar con sus amigos sobre la cuestion de Oriente, determinó regresar á su casa. La cólera ardia en su alma. Aquella burla grosera le habia sublevado la bilis.

Poco despues tomó una resolucion heróica.

—Es necesario que desbarate esa boda y que mate á mi rival, se dijo rechinando los dientes de rabia.

Y se fué á casa de su vecina.

Llamó con imperio, y un señor de respetable edad apareció en el dintel de la puerta.

—¿Qué se ofrece, caballero? díjole con exquisita cortesía.

—Necesito hablar con la jóven rubia, contestó don Serapio.

Aquel tono de familiaridad chocó al señor anciano, quien repuso con alguna acritud:

—Esa jóven rubia ... no está.

—¡No está! ¡entónces ha ido al templo á casarse! No importa, tal vez llegue á tiempo.

—Pero, ¿qué está usted diciendo, caballero? esa jóven rubia es mi mujer.

—¡Su mujer! ¡cielos! ¡entónces hoy se casa por segunda vez! ¡cáspita! ni la cuestion de Oriente ofrece tanto interés ni está tan complicada como este asunto.

¡Corra usted al templo!

—Es inútil, caballero, dijo la jóven Leandra, apareciendo de súbito ante los asombrados ojos de don Serapio; ha sido usted objeto de una broma por parte de mi hermano, y nada más.

—¡Pero es que yo la amo á usted!

—¡Caballero! gritó indignado el marido, salga usted inmediatamente de mi presencia ó le hago atar corto ...

Don Serapio no tuvo mas remedio que obedecer tan terminantes órdenes.

Pero al llegar á su casa tomó un pliego de papel y escribió lo siguiente al marido de la rubia:

«Caballero: Tiene usted sesenta años y puede decirse que está usted al borde del sepulcro: por lo tanto, espero que no verá con malos ojos que corteje á su señora de usted. Mis intenciones son honradas; deseo casarme con ella en segundas nupcias.»

Firmó la carta, la mandó á su destino y ahí le tienen ustedes suspirando noche y dia por la jóven rubia y esperando hace ya años la contestacion del marido de esta.

CASIMIRO PRIETO.

(Del Almanaque Sud-Americano.)

SUELTOS

—

Dar noticias en prosa—es ya mas viejo —que ponerse camisa—y usar sombrero; —es mas antiguo—que el rapé de las viejas—(vulgo polvillo.)

—

Por estas y otras causas—lectora bella, —virtuosa, inteligente,—sensible, etcétera —escribo en verso—esto que se me antoja —titular *Sueltos*.

—

En los últimos dias—veinte doncellas—salvo error ú omisiones—(estilo cuentas) —se han convencido—que el calor es la causa—de los suicidios.—Y sintiendo en la sangre—el que derrama—la atmósfera candente—que nos abrasa—es que han resuelto—por temor al suicidio—buscar el fresco. Pero, ¿cómo encontrarlo—si en sus viviendas—ni el mas leve airecillo—jamas penetra?—quedaba un medio:—buscarlo en otra parte—y asi lo han hecho. Mas, como eran doncellas—bastante tímidas—é iban á estar muy lejos—de sus familias—necesitaban—un guardian que por ellas—siempre velára. Y como estos se encuentran—en cada esquina—acechando la hora—de *auxiliar* niñas —veinte mancebos—han partido con ellas —*á tomar fresco.*

—

Enrique Rivarola—para Febrero—prepara un nuevo libro—de lindos versos. Buena noticia!—esclamará el que sepa—lo que es poesia.

—

Se anuncian para Marzo—tres casamientos:—el de Leticia Zinny—con un banquero—el de G. Plater—y el de una de las hijas—del señor Arce.

Las últimas son nóvias—segun me han dicho—una, de un abogado,—amigo mio—y la otra, creo—que lo és hace mucho—de un farmacéutico.

Son tres pollas tan lindas—estas porteñas—que sin que las adore—no hay quien las vea—en cambio, *ellos*—son (hablando en confianza)—bastante feos.

—

Va á publicarse un libro—de tres mil páginas—que *abarcará* la historia—de quince razas;—siendo tan grande—no van á haber cabezas—que á él ió *abarquen*.

—

Veinte sueltos me quedan—en el tintero —sobre robos, camorras—muertes é incendios—que no publico—por que me falta espacio—lector amigo.

AÑO IV--NUM. 27 BUENOS AIRES ENERO 29 DE 1882

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA APARECE LOS DOMINGOS ADMINISTRACION: URUGUAY 308

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, ENERO 29 DE 1882.

EL CÉSAR

—

Esta brillante fantasía acaba de sorprender agradablemente al escaso público literario de la mercantilista metrópoli del Plata.

La opinion está hecha ya entre las pocas personas que constituyen nuestro diminuto areópago literario.

La distinguida señora Josefina Pelliza de Sagasta era conocida entre nosotros como escritora galana, como chispeante cronista y como poetisa de rica y poderosa inspiracion.

El *César* ha venido á poner el sello á su reputacion bajo este último punto de vista, porque la fantasía que nos ocupa será siempre uno de los mas frescos y bellos laureles de su envidiable corona poética.

Desde luego, sémonos permitido dirigirle un franco y sincero aplauso por la eleccion del tema, circunstancia que en la generalidad de los casos, cuando se armoniza con las propensiones especiales y las aptitudes características de cada individuo, sirve para decidir el éxito de los trabajos literarios.

Tiene razon la inteligente señora de Sagasta.

La América, tierra privilegiada—donde todas las fuentes de la actividad política y artística conservan todavía la virginidad de sus inmensas selvas primitivas, ofrece horizontes lozanos á los que, como ella, rinden un culto ferviente ante los hoy casi solitarios altares de la estética.

No se crea, sin embargo, que pertenecemos al número de los ilusos que proclaman intemperantemente la absoluta independencia literaria de nuestra patria, pugnando por colocar murallas chinas que interrumpan por completo nuestras comunicaciones intelectuales con los pueblos del viejo mundo.

Por el contrario.

Sea mil veces bien venido todo cuanto nos mande la Europa pensadora y familiarizada ya con todos los desfallecimientos y todas las victorias, siempre que semejante comercio de ideas importe una conquista para la civilizacion ó un beneficio positivo para nuestros nacientes progresos.

Es prueba de insensatéz el solo hecho de pensar en cortar los hilos luminosos del telégrafo intelectual que nos vincula con nuestros hermanos del otro lado del Atlántico.

Si queremos precavernos, basta con tener el tino suficiente para desechar lo malo.

Todos sabemos que el socialismo contemporáneo nos amenaza con la peor de las tiranías—la tiranía de la demencia. Nadie ignora tampoco que ciertos sectarios estraviados de la comuna llevan su desenfreno hasta el extremo de hacer degenerar el pensamiento en una bacanal permanente. Pero esto no quiere decir que la Europa no sea el cerebro del mundo civilizado.

Por eso decimos y repetiremos mil veces que en lugar de las quiméricas murallas chinas que se proyectan, debemos abrir ámpliamente los brazos á las corrientes retornadoras del pensamiento moderno, cualquiera que sea su procedencia, porque las ideas no tienen patria ni pueden ser arbitrariamente clasificadas por mezquinas sub-divisiones geográficas.

En este órden de ideas, miraremos siempre con agrado y simpatía todos los trabajos científicos ó literarios que se inspiren en temas americanos, pero sin que esto importe militar bajo las pequeñas banderas de los pretensos emancipistas.

Tal nos ha sucedido con la preciosa fantasía de la señora Pelliza de Sagasta.

Su versificacion es fácil, fluida y correcta; su inspiracion llena de riqueza y de vigor; sus imágenes atrevidas, oportunas y nuevas. No trepidamos en decirlo—es un trabajo que firmaría con satisfaccion cualquiera de nuestros primeros poetas

Es verdad que tambien tiene defectos—pero como las manchas del sol, desaparecen ante la magestad y el esplendor del conjunto.

Nuestros lectores podrán juzgar al *César* por las bellísimas estrofas que van á continuacion de estas líneas.

A.

Enero de 1882.

FRAGMENTOS

—

El gigante impaciente
Murmura en el oído de la *Silfa*
Una voz, que modula tiernamente
Una endecha suavísima, ensayada
En el cordage celestial de un arpa
De las manos de un ángel escapada.

«Ah! qué bella!=le dice, te parece
A la cresta de la ola en la marea,
Por mecerte en mis brazos solamente
Volveria á la lucha y la pelea.

Entre un coral de pólipos azules
Un dia te bañaba en la orilla,
Y allí te ví jugar entre la espuma
Q'en blancos copos se desgrana y brilla.

Desde entonces, rondo=llevaba el hacha
Encadenada siempre á la cintura;
Si algun mónstruo del mar cerró mi paso
Allí su muerte la encontró segura.

Ya lo vés=he vencido=tú eres sola
El triunfo de mi afán y mis delirios,
Yo te daré=nenúfares y espumas,
Te haré lecho de esponjas y de lirios.

Tú eres Diosa del mar=yo soy monarca
Del volcan, de la tierra y las montañas,
Todo cede á mi voz en la comarca
Y es mi brazo invencible en las hazañas

Tiemblan hasta los riscos y las peñas,
Si escuchan rebramar mi voz potente,
Y asustadas las fieras se detienen
Y humillan ante mí su altiva frente.

Opresa bajo el fuego de mi planta
Se deshace la yerba en la pradera,
Y si enalzo mi talle, se oscurece
El monarca del orbe en su carrera.»

La pálida Nereida, estremecida
Bajo el impulso de la voz que aterra,
Sentia el abandono de la vida
Postrada de dolor sobre la tierra.

Sus ojos del color de la esmeralda
Guardaban un reflejo en la pupila,
Un iris de agua viva, suave, blanda
Inundacion de luz, dulce y tranquila.

Tendida sobre el césped del suelo
Parecia un lucero allí caído,
Un ángel espatriado desde el cielo
Y sobre el fango terrenal perdido.

Sus lucientes aletas se abatian,
Y su rubio cabello se secaba;
El coral de su boca se perdia
Y su talle de ninfa se doblaba.

Oh! compasion! Oh! vuélveme á las aguas,
Dijo su acento—triste, doloroso;
No ves que languidezco, que me muero
En la horrible quietud de este reposo?

Ah! llévame bajo la mar sublime,
Yo no puedo alentar sobre la tierra;
Mira como se secan mis cabellos,
La blanca escama que mi cuerpo encierra.

Jamàs!—encadenada eternamente
Vivirás á las grietas de estas peñas;
No volverás á tu soñado alcázar
Ni á contemplar sus azuladas breñas.

Los húmedos vapores de la noche
No vendrán á jugar en tu cabeza,
Y esas verbas marinas, que tu adoras,
No alfombrarán tu pié con su maleza.

Tu cetro de corales y de perlas
Y tu esquife levísimo de flores,
En vano esperarán sobre las ondas,
Porque eres tú el amor de mis amores.

Los Delfines vendrán á rescatarte,
Te querrán arrancar á mi cariño;
¡Pero yo tengo entre mis brazos fuerza
Para ahogarlos á todos como á un niño!

La Silfa moribunda y desmayada,
Cubierta en el estambre de su velo,
Fijaba entristecida la mirada
Sobre el relieve colosal del cielo.

Recordaba su mundo de bellezas
En las entrañas de la mar guardadas,
El mundo de su cetro y sus riquezas
Para siempre perdido á sus miradas.

Y la Diosa marina, contemplando
El horrible dragon que la adoraba,
Su frente entre las manos ocultando.
Con gritos de amargura sollozaba.

JOSEFINA P. DE SAGASTA.

FACUNDO HEREDIA

—

Novela original de J. P. de Sagasta.

—

(*Continuacion.*)

—¡Nicanor! repitió inclinando su talle y tendiéndole su mano.

—El asesino vaciló un segundo, luego tomando aquella mano entre las suyas, la cubrió de lágrimas y de besos, mientras que sus lívidos labios repetian balbucientes:

—Perdon, piedad, Maria, criatura noble y generosa, sálvame del oprobio.

—Si, si, dijo la jóven, si, te salvaré, bien castigada está tu culpa.

—Oh! nó, mi culpa es muy grande, he sido un cobarde, un mónstruo sin corazon; yo he estado loco Maria, yo he intentado contra tu vida, perdon, perdon!—y el miserable tornó á sollozar, siempre de rodillas á los pies de la jóven.

—Levántate, díjole Maria, sentémonos, tengo mucho que hablarte.

—Ay! gimió Arévalo, y sus rodillas volvieron á doblarse entumecidas; no puedo, no tengo fuerzas, dijo. Maria horrorizada ante la postracion que se habia apoderado de aquel hombre se sintió doblemente conmovida, afírmate, dijo poniendo sus dos brazos como punto de apoyo, afírmate, yo te sostendré.

—No puedo, me seria imposible estar de pié.

—No estarás de pié, nos sentaremos.

—¡Sentarse! y donde?

—¡Cómo, esclamó Maria buscando con los ojos, no hay en qué?

—Nicanor por toda respuesta, designó las pajas que le servian de lecho.

—Maria se horrorizó—¿y donde comes? dijo.

—Ayer no he comido, no pude alcanzar la vianda, el carcelero la puso léjos y fuéme imposible arrastrarme hasta ella.

—Pobre Nicanor, has pagado tu crimen, ya basta de martirio!

—Y tú me compadeces, tú me perdonas, cuando yo he sido tan perverso contigo! . . yo sueño, Dios mio! . .no puede ser cierto; tú me perdonas, tú me absuelves, y procuras salvarme, tú vienes, noble víctima, á salvar á tu verdugo, á consolarlo, á hacerlo vivir, á mezclar tus puras lágrimas de compasion sublime, con el llanto amargo del remordimiento! Oh! Maria, Maria, tú eres un ángel y yo soy un miserable criminal.

La jóven escuchaba á Nicanor, y veia claramente á aquella alma perversa, tornar al bien.

—Sí, yo te salvaré, dijo, confia y espera.

—Y que haré Maria, que haré, llevando en mi frente la mancha roja de tu inocente sangre, dime noble criatura, qué haré en la tierra?

—Ser bueno, practicar el bien amando á tus semejantes y no delinquiendo jamás.

—Y mi conciencia! . . como acallaré la voz del remordimiento, la voz de mi alma, que me gritará á todas horas: criminal! criminal!

—Creyendo firmemente en mi perdon y en el olvido eterno de tu culpa.

—Oh! Maria, Maria celestial, yo te dí la perfidia, la maldad, tú me das la nobleza y el perdon, yo te dí la muerte y tú me das la vida, yo te dí un puñal aleve y cobarde, y tú, angel ó espíritu divino, me das un bálsamo consolador, desviándome del crimen para aproximarme al bien, á la salvacion eterna.

Y Arévalo oprimió contra su corazon la blanca mano de su victima, besando con vehemente adoracion el manto que cubria á la jóven.

Esta se apartó,—es preciso que me vaya, le dijo, es necesario que te alimentes, que te fortalezcas, mientras tanto, yo me ocuparé de tí, adios, confia y espera, y Maria salió echando sobre su hermoso rostro el tupido velo . . . . .

. . . . . .

Algunos dias despues, siendo fin de año y como era de ley en aquellos tiempos, el superior tribunal absolvia al reo Nicanor Arévalo, en un acuerdo de gracia.

Nicanor estaba salvado y Maria risueña y feliz saboreaba la inmensa dicha de ser buena—la inapreciable felicidad de volver bien por mal obedeciendo á una hermosa ley de Dios:

Haz bien y no mires á quien.

¿Cómo habia hecho la jóven;—de que medios se habia valido para salvar al reo condenado al mayor y mas doloroso oprobio? Misterio es este, secreto es este que queda velado en el mas impenetrable

misterio, solo diremos: siempre hay medios que llevan á todos los fines y abren una brecha de luz donde solo parecian tinieblas. . . . . .

Un mes despues tenia lugar en la capilla de santa Maria una hermosa fiesta.

Facundo y Maria eran esposos. La jóven radiante de belleza y dicha, con su blanco vestido de clarin, (ella que podia con sus riquezas cubrirse de diamantes) con sus negros cabellos rizados, coronados de azahares arrancados del jardin por la mano de su hermana, abrazaba despues de concluida la ceremonia, á su padre, adoraba á su hermana, regenerada por ella, y encerrada en los brazos de Facundo, así como él lo deseaba en su primer encuentro, salia de Santa Maria en direccion al rancho de aquel. El caballo, inquieto, parecia adivinar los anhelos del corazon del hermoso gaucho, por que sus hijares se estremecian con el vertigo de la carrera, y cruzaba el campo con las crines tendidas al viento oyendo el rumor de la caricia mas pura y tierna . . . . . .

San Martin, Enero de 1882.

(Continuará.)

EL HUÉRFANO

(FRAGMENTO)

«De tanto padecer fueron quedando
Secos mis ojos, mústio el corazon. . .
Mis sueños se alejaron sollozando
Y hasta mis labios fueron olvidando
Su primer oracion!»

«Despues. . . . cuando la nieve de los años
Vaya agostando mi marchita fé,
Llegarán los amargos desengaños,
Porqué quizá se llamarán estraños
Los séres que yo amé!»

«Dónde están mis creencias, donde?..donde?.
Dónde, mis afecciones y mi hogar? . . .
Nada! nadie me escucha ó me responde...
Hasta la muda soledad se esconde
Con ánsias de llorar!» . . .

«Ah! huérfano me llaman, Dios del cielo!
¿Dónde nací? . . ¿Porqué nací, Señor?
Algo grande y sublime, aqui en mi frente,
Con misterioso fuego siento arder:
Parece que una voz secretamente
Me trajera en las álas del ambiente
Lo que ignoraba ayer!»

«Y recuerdo tambien en este instante,
Que una pálida frente conoci:
La huella del dolor en su semblante,
Y la pureza, en su mirada amante,
Al contemplarla vi.»

«Negros eran sus ojos y el cabello
Oscuro y reluciente era tambien:
Destello de otro mundo era el destello
Que irradiaba su rostro, triste y bello,
En torno de su sien!»

«Angel caído en su primer mañana
Buscando con afan la soledad
Cerró su cáliz, como flor temprana,
Apénas oye en la estension lejana
Rugir la tempestad!»

«¡Cuantas, cuantas espinas desgarraron
Su virgen ilusion que contemplé
La vez que nuestras almas se juntaron,
Como blancas palomas que anidaron
Bajo el mismo ciprés!» .

«Por eso, en la tiniebla de mi suerte,
Amé su luz, como la luz de Dios;
Y á pesar del olvido y de la muerte,
Quisiera que en la tumba me despierte
El éco de su voz!» . . .

«Soy huérfano, y asi como mi vida,
Mi triste juventud se abre al dolor;
Llevo en el alma la mortal herida . . .
Si es verdad que se acerca mi partida,
Perdóname, Señor!»

«Perdóname, pues he gemido tanto
Como pudo gemir mi corazon . . .
Mi bautismo de fuego fué mi llanto,
Y en la copa de hiel del desencanto
Bebí la inspiracion!»

«Jamás el hombre me llamó su hermano,
Ni un mendrugo tan solo me arrojó:
Pária sin nombre y sin hogar, en vano
Con su secreto, el insondable arcano
Mi frente coronó!»

«Sobre el mundo, cansado peregrino,
Solo humanas miserias encontré . . . .
En las horas amargas del destino,
Cual la paloma del Diluvio vino,
Me acarició y se fué!»

Las lágrimas, el tiempo ni la gloria,
Su angélica vision? . . .»

¡«Aunque todo es efímero en la tierra,
Perfume ó canto, mariposa ó flor:
Ni el hueco de la tumba que se cierra
Con profundo misterio . . . nada encierra
Tu inmensidad, amor!» . . .

LEOPOLDO DIAZ.

Enero de 1882.

LAS FLORES

La vida entera del hombre no es mas que una copia fiel de la naturaleza; en este inmenso escenario cuyos innumerables y diversos actores comprenden desde el enorme cetaceo hasta el microscópico infusorio vemos á menudo representarse las mismas escenas que en este otro reducido teatro, la vida cuyo actor único es el hombre: las mismas luchas y con ellas los mismos triunfos y derrotas; el mar pugnando por quebrantar el grillo de arena que lo encadena á su alveo, la luz triunfando en la aurora, de las tinieblas y dejándose vencer por ellas en el crepúsculo vespertino; el hombre ajitándose por salvar el límite de su impotencia, su conciencia batallando por disipar las nieblas de la ignorancia ó extinguiéndose en ellas; siempre lo mismo, solo hay diferencia en el móvil: por una parte el destino, por otra la libre voluntad. Una amiga mia ha comparado la vida del hombre al vuelo de un ave de paso, Selgas al fuego, Calderon de la Barca á un sueño, fenómenos todos de una misma causa: la naturaleza.

No es solo creacion soñadora de los poetas la cadena de luz que une con invisibles eslabones la vida de los séres orgánicos é inorgánicos: «no es el mundo un agregado incoherente de piezas discordantes; es un todo organizado en que cada parte tiene relacion con las demas y en que todas juntas concurren á un mismo fin con admirable armonia» (Jacques). La vida del hombre, parte de ese todo, tiene que estar ligada por relaciones mas ó menos íntimas con todas y cada una de las demas partes: aves, piedras, flores. Estas últimas, sobre todo,

las flores, desde el monstruo de la Guayana, la Victoria Regia, hasta el alga marina, ya aisladas, ya en conjunto se nos semejan; pero es, sobre todo, en esta última condicion, es decir, reunidas, cuando podemos notar mas esta correlacion misteriosa que existe entre ellas y nosotros: la diversidad y el contraste hacen mas patentes las analogias.

Penetrad en un jardin medianamente organizado: su unidad variada os recordará esa otra unidad de igual manera infinitamente diversificada que se llama vida humana. Cada cuadro mas ó menos poblado de ese jardin es un modelo de los de nuestra existencia: cada planta de las que ellos encierran, el de una familia humana; cada flor, el de una de sus criaturas; sus colores, su forma, su posicion, su movimiento, os pareceran otras tantas imágenes de los vicios y virtudes de los hombres. Mirad aquella magnifica rosa, de colores intensos, que deja caer sus redondas hojas como para ocultar las espinas que erizan su tallo: cuántas criaturas no habreis encontrado que han conseguido clavaros las espinas de sus maldades engañandoos con una apariencia llena de grandeza!

¿No veis en ella un modelo exacto de hipocresia? Bajad los ojos, mirad esa flor humilde que habeis hollado inadvertidamente por llegar á la rosa; aunque es muy pequeña y está muy oculta, si separais las hojas vereis que es una violeta; mientras la pisabais por alcanzar la tentadora rosa, ella perfumaba vuestras plantas, en tanto que aquella no os daba sino sus punzadas; ¿no encontrais en esta flor modesta la representacion de esas celestes virtudes que felizmente existen en la tierra, que os envuelven en el aroma de su inocencia y de su amor mientras las pisoteais por correr hácia la maldad que os seduce? Mirad mas léjos, aquella espléndida flor roja: es una dália, símbolo de esas criaturas frívolas que solo parecen ocuparse de su belleza y que felizmente no pueden causar daño sinó por su indiferencia; ¡cuántas veces habreis maldecido su frialdad para vuestro entusiasmo!

Seguid observando los diversos cuadros de flores y vereis: allí, una blanca azucena, emblema puro de ciertas almas que pasan por la tierra sin tocarla; aquí, una enredadera que se enlaza cariñosamente á un tronco, como modelo de ternura; mas allá, una sensitiva, virginea representacion del pudor y de ciertas almas que mueren al contacto del mundo. ¿Qué flor es esa de color pálido y hojas trémulas que contrasta notablemente con tantas flores de color intenso?

Parece una lágrima temblando entre sonrisas: es un lirio; al verlo allí tan melancólico y como solo entre aquella multitud, se recuerda involuntariamente al poeta en la sociedad humana. ¡Oh que variedad de ejemplos en tan reducido espacio! Aquí hallais de todo y á medida de vuestros deseos. ¿Os gusta lo fugitivo y perecedero?

Tomad esas amapolas que hoy recien abrieron y ya estan deshechas; ¿amais lo duradero é inmutable? Cortad esas siemprevivas y ajustad á su duracion la de vuestros sentimientos. No es difícil que halleis tambien aquí, como en el mundo, una planta parásita nutriendo su existencia á costa de la sávia de algun pobre árbol que tuvo la desgracia de prestarle apoyo.

Y sobre todo esto, para completar la representacion, vereis al jardinero entre las flores, como la fortuna entre los hombres, acariciará unas, llenarlas de cuidados que solo merecen por su espléndida apariencia, y para protejer á estas arrancar otras de ménos belleza, aunque de mas perfumes; arrojar allí una semilla, dar mas allá un azadazo, y andar, en fin, de aquí para allá, sin fijarse en ninguna parte, como las mariposas y picaflores, sus símiles.

C. F.

Enero de 1882.

AUSENTE DE TU LADO

—

Ausente de tu lado
Tierna paloma,
Años son los minutos,
Siglos las horas;
Mi triste vida,
Sollozo interminable
Que nunca espira.

Nada, nada sonrie
A mis miradas,
Que buscan anhelantes,
Con locas ánsias,
Ese misterio
Que envuelve entre sus tules
Tu pensamiento.

Cuando pienso en la vuelta
Que tanto ansio,
Sin darme cuenta, al aire
Lanzo un suspiro:
Es que en mi alma
La luz casi no brilla
De la esperanza!

Tú con tu indiferencia
Me das la muerte;
Ay! el amor que siento
Tú no lo sientes,
Por eso callas,
Oh mi querida Cyntia,
Cyntia adorada.

Que al menos los sollozos
De mi martirio
Tu compasion inspiren ....
Mudo y sombrio,
Huésped inquieto,
Me ajito yo en la noche
De mi tormento.

¿De qué sirven al hombre
Su amor y anhelos
Si nunca los traducen
Ardientes besos? ....
¡Beso tus cartas
Como los moribundos
La cruz sagrada!

ALEJANDRO V. MURGUIONDO.

Enero de 1882.

VICENTA MATURANA

—

Doña Vicenta Maturana y Vazquez, hija del mariscal de campo don Vicente Maturana y Altemir, caballero del órden de Calatrava, director general de artillería, y de doña Manuela Vazquez, naturales de Madrid, nació en Cádiz el 6 de Julio de 1703. A la edad de cuatro años pasó á Madrid, donde fué educada segun lo permitian las circunstancias de aquella época, y por cosa estraordinaria aprendió el frances y el dibujo. No tenia aun nueve años cuando ya hacia versos, pero sin estudio, y solo como por disposicion natural, y esta misma que pudo haberse desarrollado entonces, fué contrarrestada por ese fatal prurito, del que aun queda algo en España, de ridiculizar á las mujeres que por su talento é instruccion salen de la esfera comun, en general sobradamente ignorante. En Sevilla, donde pasó con sus padres en 1807, prosiguió la *Terpsicoris del Betis* (que este nombre

le daban sus apasionados á causa de su ligereza y singular gracia en el baile) cultivando en secreto sus felices disposiciones para la poesia, pudiendo decirse, que á si sola, á su aplicacion y á sus bien elegidas lecturas, ha debido nuestra apreciable poetisa las buenas calidades que los inteligentes reconocen en sus escritos.

Habiendo perdido á su padre en la guerra de la independencia, emigró á Portugal con su madre, que á los seis meses pagó tambien á la naturaleza. el fatal tributo, de manera que quedó en una tierna edad, huérfana y emigrada en un pais estraño, sin mas apoyo que el de una tia sexagenaria que la acompañó despues á Cádiz, donde obtuvo en 1811 una pension vitalicia por los méritos de su padre, á mas de la de su empleo. En 1816 entró de camarista de S. M. la reina, cuyo destino desempeñó hasta 1820 en que se casó con el coronel don Joaquin María Gutierrez Perez Galvez, oficial de la secretaría de la guerra, muerto en Perigueux el 1° de octubre de 1838. En 1825 publicó sin su nombre una novela titulada *Teodoro ó el Huérfano agradecido*; en 1829 una pequeña coleccion de poesías, que solo dió á la prensa para desvanecer una intriga cortesana que se le tendió con el objeto de privarla del particular favor de la reina doña María Josefa Amalia, suponiéndola autora de los versos que hacia la reina, lo que era falso, pues S. M. los componia fácilmente, limitándose á consultarlos con la señora Maturana.

En el mismo año publicó una novelita titulada *Sofía y Enrique*; y en 1838, el poema en prosa titulado el *Himno á la luna*. Ha publicado ademas algunos otros pequeños folletos en prosa y verso de que no haremos particular mencion por considerarlos su misma autora como distracciones ó meros desahogos de las amarguras que le han prodigado las desgracias de la patria, hasta el punto de traerla á su triste posicion actual, en un pais estrangero y rodeada de una numerosa familia.

EUGENIO DE OCHOA.

FRAGMENTOS DEL HIMNO A LA LUNA

I

. . . Pero, ¿porqué un velo sombrío rodea mi lira? Luna refulgente, antorcha de la noche, envíame uno de tus rayos plateados, arranca á mi mente imágenes arrapajizo techo parece llamarme el grito monótono del ave de Minerva. Junto á su puerta escucho murmurar el manso arroyuelo que corre chocando contra las blancas guijas que se oponen á su curso, y á cuyo traves se desliza regando la fresca yerba que crece á sus orillas; su curso es tan pacífico é inalterable como el de la vida del anciano que la habita, y que descubro sentado á su rústica puerta: sus blancos cabellos se agitan con el soplo juguetón de los céfiros nocturnos, y tu resplandor, ¡oh Febea! hace brillar su cabeza calva, que se inclina sobre el pecho, agobiada con el peso de los años. ¡Anciano respetable! tú no eres un sábio consumido entre los graves estudios; tú no eres un guerrero cubierto de sangrientos laureles, pero sí un hombre benéfico y virtuoso. Tu pobre morada fué siempre el asilo del triste y del necesitado, con el que partiste gozoso tu escasa fortuna; tú no viste una lágrima sin enjugarla, ni supiste un dolor sin esforzarte á mitigarle. La rectitud de tu juicio, la incorruptible firmeza de tu alma, te han hecho sin pretenderlo el juez de tu aldea y el árbitro de todas las querellas: la esposa desconsolada por la pasagera inconstancia de un esposo adorado, aprendió de tí la dulce tolerancia, las atenciones cariñosas, el perdon generoso, que volvió á sus brazos un esposo arrepentido: los tiernos amantes á quienes el interes, ó un necio capricho de sus familias iban á separar y á hacer desgraciados para siempre, te deben su dicha, y las palabras persuasivas, las enérgicas reflexiones, que ablandaron unos padres obstinados, ó reconciliaron dos familias divididas: en fin, el anciano afligido, la matrona desolada por la pérdida de un hijo que era su apoyo y su esperanza, han debido á tu sencilla y persuasiva elocuencia el ver correr sus lágrimas con menos amargura. Ochenta veces has visto, ¡oh Luna! sucederse las rosas de la primavera, las espigas y frutos del estío y otoño y los ateridos hielos del invierno, desde que este anciano respetable camina sobre la tierra, sembrando consuelos y beneficios, y ofreciendo el modelo de todas las virtudes. Su vida desconocida pasa como la corriente de los rios colocados en una isla desierta, que solo derraman la abundancia para bien de las aves que viven en sus márgenes ignoradas y fecundas. Tu nombre, anciano respetable, no pasará á las generaciones futuras, el mármol no mirada benévola, su reflejo divino esparce sobre tu modesto albergue la claridad de los cielos, el aura de paz y de contento le rodea; y tú, con las tres generaciones que te deben la existencia, y que son la gloria y la delicia de tu ancianidad, eres feliz en medio de la doméstica dicha y de la modesta virtud.

Pero ¿qué sonido hiere mi oido atento, y viene á interrumpir mis reflexiones? La flauta de un zagal se escucha al pié de la colina, repetida á lo lejos débilmente por un eco. Sentada al pié de esta encina, en cuyo tronco se apoya mi cabeza, me detendré á escucharla, y mis ojos adormecidos con grata molicie, creerán descubrir á Pan tocando su caramillo, y á las ninfas del bosque acudir á formar graciosas danzas. Ya creo descubrirlas al pie de una roca cubierta de musgo, y de la que se precipita una fuente bulliciosa formando blancas espumas, atentas á los suaves acentos que forma el dios campestre, enlazar sus manos torneadas y con pie mas lijero que el aura, recorrer con acordes y cadenciosos movimientos la pradera, cuya menuda yerba apenas huellan, hasta que una tropa de faunos acudiendo presurosa y mezclándose á la danza que desordena, une sus descompasados saltos, sus movimientos grotescos, y sus risas estrepitosas á los movimientos graciosos, á las ligeras vueltas, y á las malignas sonrisas de sus bellas campañeras. Tambien un sátiro con pie velloso se asoma á la entrada de su rústica gruta, y estendiendo los brazos perezosos, quiere asir á la ninfa mas cercana, que deslizándose con presto movimiento, le evita y huye á mezclarse con sus graciosas compañeras, mientras el sátiro burlado jura la venganza, cuando la ninfa descuidada se abandone al sueño en la floresta.

Tambien á tí, ¡oh Diana! creo verte tocando con un ramo de adormideras las sienes del amable Endimion, cuyos ojos, cansados de fijarse en tu disco, se cierran bajo la influencia de Morfeo, para recibir tus misteriosas caricias. Semejante, ¡bella Diosa! á la vestal herida por el dios de Citeres, que, abandonando el fuego sagrado, va á comprar á precio de la vida una caricia, tú te cubres de un velo de celages, y dejando el argentado carro que tus siervos fieles conducen por sí solos en el estrellado firmamento, bajas á las selvas sombrías donde reposa el amable objeto de tu ternura, que goza en medio

¡Oh luna! mi lira se detiene: yo la consagré desde mi infancia sobre el altar de la modestia, jamas sus ecos voluptuosos harán brotar sobre un rostro inocente las rosas del pudor: así, no temas que revele á los mortales los amorosos secretos que tú les ocultas con el doble velo de la noche y del misterio.—Tambien el eco grato de la flauta que me adormecia, ha cesado, y mis ojos al abrirse han visto desvanecerse todas las risueñss imágenes que me embelesaban, asi como al reflejo de la verdad se disipan mil veces todos los encantos de la vida.

II

¡Cuántos delitos, cuántos delirios, ha abortado la razon humana abandonada á si misma, y exaltada por las pasiones y por los estravíos de su idea! En las riberas del caudaloso Nilo, el ilustrado egipcio dobla la rodilla ante la vaca mugidora, y ofrece inciensos al espantoso cocodrilo, y el sangriento Odin recibe culto del escandinavo feroz. Los vicios mas vergonzosos son divinizados en la Grecia y á las orillas del Orinoco; ó bien en las abrasadas costas de la Nubia: una piedra informe, un tronco groseramente esculpido, es el fetiche o el minuta ante el cual el indio inculto ó el africano indolente se postran con estúpido respeto. Solo entre tantos errores parece el mas disculpable el del hombre que deslumbrado á la vista del sol y de los astros les dobló la rodilla, y tomó estas obras maravillosas de la potente diestra del Hacedor supremo por la misma Divinidad. Entre todas tú, ¡oh Luna! como la mas bella, como la mas resplandeciente y benéfica despues del sol, recibiste mas particular culto, viendo erigirse en tu honor los soberbios templos de Efeso y de Epidauro, con otros infinitos que son un testimonio de su reconocimiento á tus beneficios y al influjo que ejerces sobre las plantas y los frutos de la tierra. Quizás llegará el dia en que estendidos mas y mas con la perseverancia y el estudio, los conocimientos humanos, se nos revele el modo con que tus emanaciones atraen y diversifican los jugos de la tierra; cómo, circulando por los árboles y las plantas, asi como por el secreto seno de las minas, haces brotar la flor brillante y aromática que encanta nuestra vista y recrea nuestro olfato; cómo completas el desarrollo y madurez de la fruta sazonada y deliciosa que satisface nuestro paladar con tan variados sabores; cómo, en fin, endureces los metales y las piedras brillantes, objetos de la codicia y anhelos del hombre. Tal vez, tambien, llegaremos á conocer si es un rayo de luna el que hace amar á la palmera, que balanceando sus flexibles ramas, parece saludar al compañero, sin cuya inmediacion permaneceria estéril, y privada de los racimos de dorados dátiles que caen suspendidos al rededor de su elevado y airoso tronco; ó bien si á sus órdenes los céfiros recorren las praderas, llevando en sus alas invisibles el polvillo fecundo que pasa de unas flores á otras, haciéndolas que se reproduzcan, ó bien las pequeñas semillas que van á cubrir de verdor un paraje lejano del que las produjo. Sobrado sabemos ya del poder de la luna, para que el diestro jardinero y el labrador activo consulten su cambiante faz para elegir el momento de sus trabajos, que confian á su influjo, mientras el sol alumbra otro horizonte. Tambien varias flores quieren, hermosa Febea, brillar para tí sola. Míralas como permanecen cerradas, hasta que al acercarse la noche abren su cáliz, cuyos bellos matices te muestran, plegándose con presteza al presentarse en el Oriente los primeros rayos del dia.

Tambien el ruiseñor melodioso, ese Orfeo de los bosques, consagra con preferencia sus cantos á la luna. Si medio oculto en el follaje descubre en medio de la noche tu plateada faz por entre las trémulas hojas, que con susurro blando parecen hacer un coro á sus brillantes trinos, su voz se eleva, torrentes de armonia parten de su pico torneado, y embelesado en sus propios conciertos, parece se empeña en superar con nuevos trinos, los que acababan de parecer inimitables; las aves todas enmudecidas y cediéndole la palma, le escuchan silenciosas, hasta que como si fuese propiedad del mérito el ser sofocado por la envidia y la ignorancia, la ronca y monótona voz de la rana viene á mezclarse á sus cantos embelesadores, logrando que ofendido de tan importuna competencia, enmudezca y se aleje, dejando el campo á su despreciable rival, que envanecida, juzgando un triunfo el que es solo signo de desprecio, une su voz á las de sus cenagosas compañeras, aturdiendo el bosque con sus ecos de victoria.

VICENTA MATURANA.

A LA MARQUESA DE SANTIAGO

—

¡Si yo un hijo tuviera,
Blanco, rubio, con ojos muy rasgados;
Y que se sonriera
Miéntras su madre y yo del mundo aislados
Cantáramos al borde de la cuna,
Ya no quisiera yo mayor fortuna!

Esto pensaba, viéndome soltero,
En las noches de Enero, en que aterido
Al volver del gran baile, con el alba,
Me tendia en mi lecho fementido
Puesta la mano en la naciente calva.
¡Cuántas, cuántas pasé mirando al techo
Horas eternas en desierto lecho!

Yo entónces recorria
Los recuerdos del baile ó de la orgia,
Las impresiones en monton del dia
Y el temor del siguiente,
Que habia de pasar entre la gente,
Visitando señoras,
Fomentando amistades tentadoras,
Comiendo en el hotel ó en el casino,
Gastando un dineral en pan y en vino
Y en guisotes menguados,
Tan mal servidos como bien pagados;
Vistiéndome tres veces;
Yendo al teatro á celebrar sandeces
Y á sentarme de espalda al escenario
Para mirar con sin igual descoco
A la linda mitad de un millonario,
Que me tenia con sus guiños loco;
Aprovechando entero el intermedio,
Yendo al palco de al lado y al de enmedio
A ver á la condesa ó la duquesa
Y á decirles piropos de cumplido;
Acabado el teatro, ir á otro *nido*
A tomar dulce té con las amigas;
Urdir de amor diabólicas intrigas;
Murmurar *sotto voce*;
Ir al *Veloz* á completar la noche,
Jugar al *Baccarrat*: perder cien duros,
Cenar frio á las tres; pasar apuros
Para hallar al sereno
Que me ha de abrir la puerta de mi casa,
Con un frio glacial que me traspasa,
Y volver á encontrarme, solo y harto,
Desierto el lecho y sin calor el cuarto!

. . . . . .

«¡Si yo tuviera un hijo!»
Esto pensaba yo, y hablando *in mente*,
Con este pensamiento siempre fijo,
Recordando el pasado y el presente,
Pedia un porvenir á mi ventura,
Viendo en mi corazon negra amargura;
Porque yo padecia
Nostalgia de un estado indiferente:
Porque la libertad, con serlo, hastia

Si no le da calor la tiranía
De un lazo de cariño permanente.
¿Qué me importan á mí ni el sol ni el cielo,
Ni el aire fresco en riguroso estío,
Ni el dilatado suelo
Que holla mi planta y que contemplo mio,
Porque nadie mis ímpetus domina,
Ni esclavo soy de obligacion ninguna,
Si sólo al fin mi corazon declina
Feliz sin dicha y rico sin fortuna?

. . . . . .

Mecian una cuna,
En esas noches de Diciembre frio,
En un cuarto que habia sobre el mio;
Y siempre que á dormirme comenzaba,
Oía que sonaba
La cuna de madera,
Cantando un villancico una niñera,
Con voz sentida y persistente empeño
De darme envidia y de quitarme el sueño.
¡Con qué afan me casé, querida hermana!
Tú no sabes aún todo lo entero
Del sí que di cuando á la fe cristiana
Respondí en el altar aquel «¡Si quiero!»
Y á no haber sido por mover la risa
De los oyentes y la curia toda,
Debi añadir: «Y quiero y me precisa,
Si ha de valer mi boda,
Un niño rubio, que al cumplirse el año,
Me recompense del soñar de antaño.»
(Pero este asunto, que á tu alcance fio,
No era asunto del cura, sino mio.)
Y hénos aquí que en el amor del fuego
Fundiendo amantes el feliz cariño,
La noche larga en plácido sociego
Juntos pasamos contemplando al niño.
Ella le mece, y con amante anhelo
Yo invento coplas y en su faz respiro,
Y en el vaiven de la crugiente cuna
Es blando arrullo el maternal suspiro,
Dormido al dulce susurrar del canto
Sonrie acaso porque yo le velo;
¡Tiene mi niño misterioso encanto,
Rubio como los ángeles del cielo!
Ayer mi solo afan era tenerle.
«¡Si yo un hijo tuviera!»
Hoy mi solo temor es ya perderle.
¡Ay! si se me muriera!

EUSEBIO BLASCO.

MISCELANEA

—

El incendio acaecido el miercoles pasado en la Boca del Riachuelo, fué fecundo en acontecimientos lamentables.

Segun uno de nuestros escritores, historiador y hombre de estado, toda batalla tiene sus héroes desconocidos, á quienes, tarde siempre, corona de honores y bendiciones la posteridad agradecida.

Creemos del caso hacer mas estensivo este aserto y sacarlo del límite de sangre de las batallas, en vista de la siguiente y verídica relacion:—

A los primeros gritos de fuego! lanzados en la casa de los señores Corti y Riva, el cabo 1° de la Seccion 19ª Ruperto Herrera, de faccion en las calles de Suarez y Defensa, acudió, prestando desde ese momento los mas importantes auxilios.

Primero, arrojando baldes de agua, luego, conduciendo una bomba con que trataba de detener los progresos del fuego, y por último logrando alcanzar, sobre un techo, un puesto de suma importancia para dominar el devastador elemento y de no menos peligro para el que lo ocupaba.

Varias veces se habia insistido que descendiera y con celo digno de encomio lo habia rehusado otras tantas.

Por fin sucedió lo que los demas asistentes temian: la llama quemó la parte baja del edificio, viniendo este al suelo con estrépito terrible y arrastrando en su caida al digno agente de la autoridad policial.

A poco surjia de en medio de ardientes escombros para caer, casi exánime, en brazos de sus compañeros.

Como esto fué en el primer momento del incendio, ninguno de los diarios de esta capital lo consigna.

Deseamos que estas líneas atenuen el desencanto que debe haberse apoderado, al conocimiento de este hecho, del héroe desconocido que jime en la *acompañada soledad* del «Hospital Buenos Aires.»

***

En uno de los últimos números del *Gil Blas*, hallamos lo siguiente:

«Ha sucedido en estos dias á M. de M. . . . un sportman muy conocido, cuya madre, la condesa de Condeixa, una rica portuguesa, acaba de instalarse en Paris, una aventura bastante curiosa y que recuerda por varios aspectos la que le sucedió al baron de Besenval.

M. de M. . . , que monta todos los dias un caballo tordillo rucio, se vió detenido, durante su paseo en el bosque, por un carruaje que pasaba, en el cual apercibió á una mujer hermosa y jóven que se inclinaba ligeramente para admirar su cabalgadura.

Volver á galopar, alcanzar el carruaje y arrojar á la dama la rosa que llevaba en el ojal, fué para M. de M. . . . cosa de un instante.

Pero repentinamente se abre la portezuela del carruaje, sale de él un señor, y con mucha cortesía pide se le diga el nombre del galante caballero que acababa de ofrecer una flor á su señora, flor que, por otra parte, era encantadora para ella, á fin de que dos de sus amigos pudiesen ir á darle las gracias ese mismo dia.

Inmediatamente M. de M . . . . que es un aficionado al florete, saca su tarjeta y la entrega al señor, que se retira en seguida.

En el mismo dia, se presentaron dos caballeros en casa de M. de M . . . . á pedirle explicaciones sobre la galanteria para con la señora de X, que es una de las mujeres mas lindas de Paris.

M. de M . . . dió á estos señores, con su cortesía habitual, las esplicaciones pédidas y encargó á su turno á dos amigos que lo representasen.

Habrá duelo?»

***

A mas de la señorita Borghi Mamo, Tamagno, Batistini, Castelmary etc. han sido contratadas por el señor Ferrari las siguientes primeras damas: Scalchi, Soli, Gabbi Adalgisa, Gargano Josefina y la Bordato.

***

Con la promesa de favorecernos con algunos trabajos en prosa, hemos recibido de la distinguida señorita Celestina Funes varias composiciones poéticas que empezaremos á publicar en el próximo número.

***

Ha sido objeto de innumerables aplausos un drama puesto por primera vez en escena, el 24 de Diciembre, en el teatro de la *Gaité*, en Paris, sacado de la novela de Victor Hugo titulada «El noventa y tres.»

***

Romerito ha publicado en la «Tribuna Nacional» la historia de su primer amor.

No dá el verdadero nombre de la dama, no por discrecion, sino porque

diz ser muy feo el de *Justa*, pareciéndole mas poético el de *Elina*, conque bautiza á su adorada, hija, segun las ideas que manifiesta, de un concubinato entre la naturaleza y la divinidad.

Recomendamos la lectura de esta página íntima á todos los que se encuentren en el caso de derramar «Una lágrima de amor.»

Se nos asegura que el jóven Don Matias Godoy vá á contestar las opiniones de *Romerito*.

No se contenta este jóven con la asignacion de un origen tan impuro á la mujer amada. Fueron las caricias de Dios, dice, las que la formaron y coros angélicos, los que la arrullaron al nacer.

La discusion promete ser interesante.

En oportunidad volveremos sobre ella.

Chalchal.

***

Para que sea exhibido en la Exposicion continental que se abre el 15 del próximo Febrero, los alumnos del Colegio Nacional del Rosario van á enviar un gran mapa de varias repúblicas americanas, entre las que figura perfectamente dibujada, y con arreglo á los últimos tratados con Chile, la República Argentina.

Ha sido ejecutado bajo la hábil direccion del profesor de Geografía de ese establecimiento, nuestro inteligente colaborador D. Eudoro Diaz.

Tambien los jóvenes Servando Gallegos y José Otero, piensan remitir desde la misma ciudad varios cuadros de dibujo natural, entre los que figura uno cuyo asunto es la huida á Egipto de los padres de Jesús.

***

Dice «La Tribuna Nacional» que mientras una polémica ardiente y apasionada traia preocupados á los espíritus, la atencion pública casi ha pasado indiferente ante otra de género distinto, pero que en vez de la política y las personalidades, tenia por objeto la ciencia.

Ha sido la discusion entre dos naturalistas preocupados en un afan noble y elevado.

El Dr. Eduardo Hollmberg y el señor Otto Schnyder han traido al debate importantes cuestiones que se refieren al desarrollo y porvenir de la ciencia entre nosotros.

La obra botánica del Dr. Lorentz ha sido el propósito ostensible de la polémica, pero en realidad se han puesto de relieve problemas importantes de actualidad y se han producido consideraciones dignas de ser tenidas en cuenta para el desarrollo y el impulso que necesita el pensamiento argentino.

Terminada la polémica, el Dr. Hollmberg se lanza á otro género de investigaciones.

Hoy debe ausentarse para las Sierras del Tandil, con el objeto de hacer una esploracion que aumentará el caudal de conocimientos sobre las riquezas zoológicas que se encuentran esparcidas en aquella hermosa zona de territorio. Es posible que alcance hasta la Sierra de la Ventana, punto hasta donde no han dirigido aun sus pasos los naturalistas argentinos.

Dignas de encomio son estas tentativas viriles de los jóvenes argentinos, en su afan de ensanchar los conocimientos.

Hollmberg es uno de ellos.

***

Entre los diferentes objetos que han sido remitidos de Corrientes para la Esposicion, ha venido una tremenda batata que pesa cuarenta libras.

Habiendo necesidad de preservarla del polvo y encontrándose que lo único capaz de contenerla, por sus colosales dimensiones, es el sombrero del señor Santino, se ha tratado de adquirirlo por una considerable cantidad de dinero, pero el distinguido profesor no ha querido desprenderse de él por temor de no encontrar otro que venga bien á su cabeza y por ser un recuerdo de su tatarabuelo, que desea conservar.

En vista de la negativa del señor Santino, nosotros indicamos la boca de una de nuestras vecinas como á propósito para guardar el monstruoso vegetal correntino, pero se nos objetó que corria peligro de ser tragado entero.

Es una lástima que no se encuentre un continente capaz de contener y preservar del polvo tan hermosa y gigantesca batata.

***

Al escritor holandés Douwes Dekker, pertenecen los pensamientos que van á continuacion.

—

No soy de la opinion de *Larochefoucauld*, que la hipocresia es el homenaje que el vicio rinde á la virtud. Ella es simplemente el homenaje al interes.

—

Soy adversario de los *derechos proteccionistas*, pero me gustaria un impuesto fuerte ó si quereis llamarlo así, multa!—sobre ese artículo pernicioso, que es «citar palabras ajenas.»

A fé, á fé os digo: todas esas citas no son mas que pereza y engaño! Pereza,—porque con ellas uno quiere evitarse el trabajo de trabajar por si mismo. Engaño,—porque con ellas se hace admirar la falsificacion por la multitud estúpida.

—

Cuando un poeta hace versos, hay errores en ellos, por ejemplo: en los de *Shakespeare*. El que hace versos sin errores, no es mas que un *fabricante de versos* (poetastro) *Boileau* y muchos otros.

—

Cada virtud tiene hermanas bastardas, que deshonran á la familia.

—

Un pobre diablo que pensaba que «escribir» era un oficio, vino á preguntarme que es lo que debia hacer para obtener marchantes.

—Escribir mal, le contesté.

—

—Vé, hijo mio, con cuanta sabiduria la Providencia ha hecho todo. Esos pájaros ponen sus huevos en sus nidos. Los pajarillos nacerán en el tiempo que habrá gusanillos y moscas para alimentarse; entonces ellos cantarán un himno de gracias al Creador que confunde á sus criaturas con beneficios. . . .

—Los gusanillos cantarán tambien, papá?

—

Dos chicos cayeron al agua; uno fué salvado *«por la bondad de Dios.»*

El otro se ahogó . . . .

¿Por la *maldad* de Dios?

—

—¿Creeis ser un génio?

—Si.

—Ese descaro es demasiado genial para no creeros.